

EL AMOR DEL ALMA

O

MEDITACIONES SOBRE LA
PASION DE JESUCRISTO

EL AMOR DEL ALMA

O

MEDITACIONES SOBRE LA
PASION DE JESUCRISTO

EL AMOR DEL ALMA

O

MEDITACIONES SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO

por

San Alfonso M.^a de Liguorio
Doctor de la Iglesia

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 34

SEVILLA-3

Con licencia eclesiástica

ISBN 84-86162-21-1

Depósito Legal B-24822

Printed in Spain.

Impreso en España

EMEGE Industrias Graficas. C Londres 98 Barcelona 36



San Alfonso M.^a de Liguorio,
Doctor de la Iglesia

INTRODUCCION

Resumen bibliográfico de San Alfonso M.^a de Liguorio

Nació en Nápoles el 27 de septiembre de 1697 y murió a la edad de 91 años en 1787.

A los pocos días de nacer, un siervo de Dios, San Francisco de Jerónimo, cogiéndolo en brazos exclamó en tono profético: «Este niño será obispo, vivirá cerca de cien años y hará grandes cosas por Dios».

Estudió la carrera de jurisprudencia consiguiendo ya a los 16 años el birrete doctoral en ambos derechos, necesitando dispensa especial por su corta edad. Ejerció la abogacía con tanto éxito que en ocho años ganó todos los pleitos. Pero el Señor que lo quería para su servicio permitió su primer fracaso en un pleito defendiendo al Duque de Orsine. Entonces fue cuando Alfonso desengañado de las falacias del mundo tomó la seria resolución de abandonarlo y dedicarse por completo al servicio de Dios.

«A todos nos obliga por igual el precepto del amor, y, precisamente, la verdadera santidad consiste en el amor a Jesucristo, nuestro soberano Bien, nuestro Redentor y nuestro Dios». Así escribía el Santo y a esto encaminó por completo su vida entera. El celo por la salvación de las almas le movió a fundar la congregación de misioneros del Santísimo Redentor. Durante muchos años él fué el primer misionero, recorriendo pueblos y ciudades. Es un apóstol humil-

de, resuelto, inflamado de amor a Dios y a las almas que prodiga su piedad y su tiempo en el confesionario, en el púlpito, en la catequesis a los niños...

A pesar de su resistencia tuvo que aceptar por obediencia al Papa la dignidad episcopal. Luchó por la reforma del seminario y del clero, siendo sus pastorales exponentes de su preocupación y su celo por la santidad del sacerdocio y la salvación de las almas.

Gran escritor

Su celo por la salvación de las almas que tan caras habían costado al Redentor le hacía no contentarse con que le oyeran cientos o miles de personas. Jesucristo murió por todas y era preciso salvarlas a todas. Pensó en los libros, en grandes ediciones de libros populares que pudieran llevar su voz y el mensaje evangélico a todos los rincones de la tierra, y, decididamente se hace escritor. Escribe cómo hemos de amar a Jesucristo, qué razones tenemos para amar a Jesucristo y cuánto es lo que merece Cristo que le amemos. Entre los muchos libros que escribió se destacan por su popularidad Las Glorias de María, Las Visitas al Santísimo Sacramento, La Práctica de Amor a Jesucristo, El Amor del Alma, Las Reflexiones sobre la Pasión de N. S. Jesucristo, La Preparación para la Muerte, y El Gran Medio de la Oración.

En la «Civiltà Cattolica» se dice que San Alfonso M.^a de Liguori «sobrepasa con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de los últimos siglos». Nuestra madre la Iglesia lo ha reconocido así al distinguirlo con el glorioso título de «Doctor de la Iglesia». Entre todos los innumerables santos que han

prestigiado la Iglesia solamente 32 han sido honrados con este glorioso título.

Algunos se preguntarán: ¿Qué significa el título de Doctor de la Iglesia? ¿Qué pretende nuestra madre la Iglesia al honrar a ciertos santos con este glorioso título? Lo que significa y lo que pretende la Santa Iglesia al honrar a ciertos santos con esta distinción, no es más que tratar de garantizarnos su doctrina manifestándonos que sus escritos tienen la plena aprobación de la Iglesia. Un santo significa un héroe en la virtud y en el amor de Dios, y un doctor de la Iglesia significa un maestro de doctrina segura a quien podemos seguir con plena seguridad.

Entre los 32 doctores de la Iglesia hay tres que se destacan entre todos por su sabiduría y la importancia de sus escritos. Estos son: En la edad antigua o primeros años del cristianismo San Agustín; en la edad media Santo Tomás de Aquino, y en la edad moderna San Alfonso M.^a de Ligorio.

San Alfonso fué un entusiasta de Santa Teresa de Jesús a quien llama su *abogada* y *maestra*. Como veremos, la cita continuamente en sus obras. Para San Alfonso M.^a de Ligorio, después de las Sagradas Escrituras nada era tan importante como la doctrina de Santa Teresa a quien amaba, admiraba e imitaba. Por su parte, Santa Teresa escribió algo que nosotros podemos muy bien aplicar a San Alfonso. Dice la Santa: «Aquellos libros cuyos autores no eran muy autorizados no me gustaba leer». Y ¿qué autor más autorizado que S. Alfonso Doctor de la Iglesia a quien se le denomina: «*Doctor Celosísimo*», «*Escritor Inspirado*», «*Martillo de Herejes*», «*Príncipe de Moralistas*», «*Patrono de Confesores*» y «*Maestro de Santidad*», etc. etc.?

La doctrina de San Alfonso

Dos razones tenemos muy especiales para confiar plenamente en la doctrina de San Alfonso. La primera es por razón de su santidad. Según él, un santo no puede menos de decir claramente la verdad.

Ha habido autores que han dicho que ciertas expresiones de alabanza que algunos santos dirigieron a la Virgen, eran exageraciones que no podían tomarse a la letra ni aceptar su significado. A esto responde el Santo: «El exagerar las cosas o usar hipérboles es ir contra la verdad, lo cual no hicieron los santos que hablaron con el espíritu de Dios que es espíritu de verdad» (Glorias de María).

La segunda razón para seguir al santo es su sabiduría, aprobada y recomendada por la Iglesia al concederle el honroso título de Doctor.

Ya en vida, cuando al papa Benedicto XIV le consultaban algún problema difícil aconsejaba seguir el consejo del P. Alfonso de Liguorio. Los elogios que los siguientes papas, cardenales, obispos y escritores han hecho de San Liguorio en estos últimos siglos son innumerables y no pueden ser más elogiosos, como pueden verse en el c. 2 del «*Acta Doctoratus*». Razón tuvo, pues, S. S. Gregorio XVI para afirmar que todos pueden seguir con paso firme y seguro los caminos literarios de la doctrina alfonsiana que con paso firme nos encamina de la tierra al cielo (Bula de Canonización).

San Alfonso no era un autor que escribiera corriendo y a la ligera. El mismo confesaba: «En cada libro suelo trabajar el doble que los demás escritores, porque me gusta documentarme bien de cuantos autores tengo a mano». «En este esfuerzo del Santo

—dice un autor— estriba nuestro descanso, y en este su afán, nuestra seguridad, porque en esta preocupación de exponer la más aquilatada doctrina está la tranquilidad de nuestra conciencia».

Dice San Alfonso en su obra «La Selva» que una sola palabra de un santo suele hacer mucho más bien a las almas que un largo discurso de un sacerdote corriente. Pues ya que en vida de ellos no sabemos cuáles son santos, aprovechémonos de sus escritos que harán muchísimo bien a nuestras almas. Elijamos siempre para leer libros de autores santos, y principalmente santos de la talla de San Alfonso, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús, etc. porque estos además de su santidad, tenemos la seguridad que nuestra madre la Iglesia nos da de su doctrina al haberlos honrado con el glorioso título de *Doctores de la Iglesia*.

* * *

Relación de obras de San Alfonso M.^a de Liguorio que pueden pedirse a nuestra Editorial:

Práctica de Amor a Jesucristo

Preparación para la Muerte

El Gran Medio de la Oración

Las Glorias de María, 1.^a Parte

Las Glorias de Maris, 2.^a Parte

El Amor del Alma

La Santidad Sacerdotal (La Selva)

Reflexiones sobre la Pasión de Jesucristo

Conformidad con la Voluntad de Dios

Visitas al Santísimo Sacramento

y la Vida de San Alfonso M.^a de Liguorio

AVISO AL LECTOR

Amado lector: te prometí en mi obra de LAS GLORIAS DE MARÍA darte otra que tratara del *Amor de Jesús*; pero a causa de mis corporales achaques, no me ha permitido mi Director espiritual componerlo. Apenas si me ha permitido dar a la estampa estas breves Reflexiones sobre la Pasión del Salvador; mas a fe que en ellas he compendiado los principales pensamientos que tenía recogidos sobre el particular, a excepción de algunas cosas que tenían relación con la Encarnación y Nacimiento del Señor, con el designio, si para ello alcanzo licencia, de publicar un librito con la Novena de Navidad. Confío, sin embargo, que te ha de agradar esta mi obrita, por tener recopilados y en buen orden los principales pasajes de las Santas Escrituras que tratan del amor que JESUCRISTO nos manifestó en el decurso de su Pasión; pues no hay cosa que más mueva al cristiano al amor divino como las mismas palabras de Dios entresacadas de los libros santos. Amemos, pues, con todo corazón a JESUCRISTO, por ser nuestro Dios, nuestro Salvador y todo nuestro bien; por esto te convido a meditar todos los días sobre su dolorosa Pasión, porque en ella encontrarás todos los motivos que te puedan mover a esperar la vida eterna y alcanzar el amor de Dios, en lo cual está cifrada nuestra salvación.

Todos los santos tuvieron especial devoción a JE-

SUCRISTO y a su Pasión, y por este camino llegaron a muy subida santidad. El Padre Baltasar Alvarez decía, como se lee en su vida, «que nadie pensase haber hecho cosa de provecho si no llegaba a grabar en su corazón la imagen de JESÚS crucificado; y por eso su meditación más frecuente y regalada era ponerse a los pies del crucificado, y allí se recreaba meditando de modo especial tres cosas: la pobreza, los desprecios y los dolores de JESUCRISTO, y se entretenía escuchando las lecciones que JESÚS le daba desde la Cátedra de la Cruz. También tú puedes confiadamente llegar a la santidad si, a ejemplo de los Santos, procuras meditar con frecuencia lo que hizo y padeció tu adorable Redentor.

Pídele que te inflame en su santo amor, y pídeselo también a María, tu Reina y Señora, que se llama la Madre del Amor Hermoso. Y cuando le pidas este gran don del amor, ruégote por favor que se lo pidas también para mí, que para verte santo me he impuesto el trabajo que aquí te ofrezco; yo te prometo hacer por ti otro tanto, a fin de que un día, en el Paraíso, podamos abrazarnos en las mismas llamas de caridad y declararnos por fieles servidores de nuestro amantísimo Señor, en compañía de los elegidos, para contemplar cara a cara y amar eternamente a nuestro amantísimo Salvador JESUCRISTO. Amén.

EL AMOR DEL ALMA

o reflexiones y afectos sobre la Pasión de Jesucristo

INVOCACIÓN A JESÚS Y A MARÍA

¡Oh Salvador del mundo, amador de las almas y el objeto más digno de todos nuestros afectos! Con vuestra Pasión habéis querido conquistar nuestros corazones, y para declararnos el amor infinito que nos tenéis, habéis llevado a cabo la obra de la redención, que, si para nosotros ha sido causa de un cúmulo de gracias y bendiciones, a Vos os acarreó sin cuento de penas y de ignominias. «Y para que de nuestra mente no cayera jamás la memoria de tan grande beneficio, instituyó, dice SANTO TOMÁS, el adorable Sacramento de la Eucaristía, dejando a los fieles en alimento su cuerpo sacratísimo» (1). Y antes ya lo había declarado SAN PABLO por estas palabras (2): *Todas las veces que comiereis este pan, anunciaréis la muerte del Señor.* Con tan grandes prodigios de amor habéis logrado que muchas almas, inflamadas en santos ardores de caridad, renunciassen a todos los bienes de la tierra, para consagrarse a vuestro amor. ¡Oh Señor amabilísimo; oh JESÚS mío!, haced que jamás me olvide de

(1) Off. Corp. Chr., 1. 2. Lec. IV del Breviario.

(2) I. Cor., XI, 26.

vuestra Pasión, y que yo, aunque pecador rebelde y miserable, vencido al fin por tantas pruebas de vuestro cariño, me rinda y determine a entregaros mi corazón, en señal de agradecimiento por el excesivo amor que Vos, Dios mío y Salvador mío, me habéis manifestado. Acordaos, JESUS mío, que soy una de aquellas ovejas por la cual descendisteis del cielo a la tierra para sacrificar vuestra vida divina. Bien sé que después de haberme redimido con vuestra muerte no habéis dejado de amarme, y que todavía me tenéis el mismo acendrado amor que os inclinó a morir por mí. No permitáis, Dios mío, que yo responda con ingratitud a los deseos que tenéis de que os ame, siendo así que Vos sois digno de infinito amor.

Y vos, ¡oh, Santísima Virgen María!, que tanto padecisteis en la Pasión de vuestro Hijo, impetradme por vuestros merecimientos la gracia de experimentar una partecita de aquella compasión que tanto os afligió en la muerte de JESÚS, y encended en mi corazón una centella de amor, que fue el verdugo que martirizó vuestro afligido corazón.

«¡Oh, Señor mío JESUCRISTO! Yo os suplico que la fuerza de vuestro amor, más ardiente que el fuego y más dulce que la miel, se apodere de mi alma, para que muera en aras de vuestro amor, ya que por amor mío os habéis dignado morir» (3).



Nadie llega al Padre sino por mí

CAPITULO PRELIMINAR

DEL GRAN PROVECHO ESPIRITUAL QUE SE SACA MEDITANDO LA PASIÓN DE JESUCRISTO.

I. La Pasión de Cristo nos inflama en su amor. — El amador de las almas, nuestro adorable Redentor, declaró que había bajado del cielo a la tierra para encender en el corazón de los hombres el fuego de su santo amor. *Fuego vine a traer a la tierra*, dice SAN LUCAS, *¿y qué he de querer sino que arda?* (1). ¡Ah! ¡y qué incendios de caridad no ha levantado en muchas almas, especialmente al patentizar por los dolores de su pasión y muerte el amor inmenso que nos tiene! ¡Cuántos enamorados corazones ha habido que en las llagas de Cristo, como en hogueras de amor, se han inflamado de tal suerte, que para corresponderle con el suyo no titubearon en consagrarle sus bienes, su vida y todas sus cosas, superando con gran entereza de ánimo todas las dificultades que les salían al paso para estorbarles el cumplimiento de la ley divina, guiados por el amor de JESUS, que, no obstante ser Dios, quiso padecer tanto por amor nuestro!

¿Y qué es lo que nos aconseja el Apóstol para correr sin cansarnos por el camino que nos conduce al cielo? *Pues considerar*, nos dice, *considerar atentamente a aquel Señor, que sufrió tal contradicción*

(1) Luc., XII, 49.

de los pecadores contra su misma persona, a fin de que no desmayéis perdiendo vuestros ánimos (2).

Por esto el enamorado SAN AGUSTÍN, o quien quiera que sea el autor de esta oración, contemplando a JESÚS crucificado y cubierto de llagas, exclama: «Graba, Señor, tus llagas en mi corazón, para que me sirvan de libro donde pueda leer tu dolor y tu amor; tu dolor, para soportar por ti toda suerte de dolores; tu amor, para menospreciar por el tuyo todos los demás amores.» Porque teniendo ante mis ojos el retablo de los muchos trabajos que por mí, Dios santo, has padecido, sufriré con paz y alegría todas las penas que me sobrevengan, y en presencia de las pruebas de infinito amor que en la cruz me diste, ya nada amaré ni podré amar fuera de ti.

II. Los Santos aprendieron en la Pasión de Cristo a padecer y amar de veras. — ¿De dónde, decidme, sacaron los Santos valor y entereza para soportar tantos géneros de tormentos, de martirios y de muertes, sino de la Pasión de JESÚS Crucificado? Al ver SAN JOSÉ DE LEONISA, religioso capuchino, que querían atarle con cuerdas, porque el cirujano tenía que hacerle una dolorosa operación, el Santo, tomando en las manos el Crucifijo, exclamó: «¡Cuerdas!, ¿para qué las quiero yo? Aquí tengo a mi Señor Jesucristo clavado en la cruz por mi amor, estas son las cadenas que me atan y me obligan a soportar cualquier tormento por su amor.» Y tendido en la mesa, sufrió la operación sin exhalar una queja (3) pensando en JESÚS, que, como profetizó ISAIAS, guardaba *silencio, sin abrir siquiera la boca, como el*

(2) Hebr., XII, 3.

(3) Z. BOVERIO, *Anales de los Capuchinos*, A. 1612, núm. 155.

corderito que está mudo delante del que le esquila (4). ¿Quién podrá decir que padece sin razón al ver a JESUS *despedazado por nuestras maldades?* (5). ¿Quién rehusará sujetarse a obediencia, so pretexto de que le mortifica, al recordar que JESÚS *fue obediente hasta morir?* (6). ¿Quién se atreverá a hurtar el cuerpo de la humillación viendo a JESÚS tratado como loco, como rey de burlas y como malhechor; al verle abofeteado, escupido y clavado en un patíbulo infame?

Y ¿quién podrá amar a las criaturas y olvidarse del amor de JESÚS al verle morir sumergido en el piélago de dolores y desprecios para ganar nuestro amor? Un devoto solitario pedía al Señor que le enseñase el camino más seguro para llegar a la conquista de su perfecto amor. Y el Señor le reveló que para conseguir su intento el medio más a propósito era meditar con frecuencia los dolores de su Pasión. Lloraba SANTA TERESA y se lamentaba porque algunos libros le habían enseñado a dejar la meditación de la Pasión de Cristo, por ser impedimento que podía estorbarle la contemplación de la divinidad. Al caer la Santa en la cuenta del engaño exclamó: ¡Oh, Señor de mi alma y bien mío, JESUCRISTO crucificado!, no me acuerdo vez de esta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia. ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que Vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde me vinieron a mí todos los bienes, sino de Vos?...» Y luego añade: «Y veo ya claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta

(4) **Is.**, LIII, 7.

(5) **Ib.**, V. 5.

(6) **Phil.**, II, 8.

Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita» (7).

Por esta razón decía el PADRE BALTASAR ALVAREZ que por ignorar los tesoros que tenemos en JESUCRISTO se pierden muchos cristianos: movido de este parecer, su meditación más frecuente y regalada versaba sobre la Pasión de Cristo, en la cual se recreaba, meditando de modo especial la pobreza, los desprecios y los dolores de JESUCRISTO, y exhortaba a sus penitentes a que meditasen a menudo la Pasión del Redentor, diciéndoles que no creyesen haber hecho cosa de provecho si no llegaban a grabar en su corazón la imagen de JESÚS CRUCIFICADO (8).

III. El Crucifijo, escuela de santidad. — «Si quieres, alma devota, crecer siempre de virtud en virtud y de gracia en gracia, procura meditar todos los días de la Pasión de JESUCRISTO.» Esto es de SAN BUENAVENTURA, y añade: «No hay ejercicio más a propósito para santificar tu alma que la meditación de los padecimientos de JESUCRISTO».

SAN AGUSTÍN añade «que vale más una lágrima derramada en memoria de la Pasión de Cristo que hacer una peregrinación a Jerusalén y ayunar a pan y agua durante un año» (9). En efecto, si nuestro amantísimo Salvador padeció tantos trabajos, fue para que de continuo los recordásemos, porque pensando en ellos es de todo punto imposible que no ardamos en las llamas de su santo amor. *La caridad de Cristo*, dice SAN PABLO, *nos hace fuerza* (10). Pocos

(7) **Vida**, cap. 22. **Obras**, I, 165-169.

(8) Ver LUIS DE LA PUENTE. **Vida**, cap. III, 2.

(9) Citado por Bernardino de Bustos, O. M. **Rosarium Sermonum**, p. II. Sermo 15.

(10) **II Cor.**, V. 14.

son los que aman a JESUCRISTO, porque son también pocos los que se detienen a pensar lo mucho que por nosotros padeció; al paso que no puede vivir sin amarle el que con frecuencia medita en su dolorosa Pasión, *porque la caridad de Cristo nos fuerza a amarle*; de tal modo se sentirá apretado por su amor, que no podrá resistir a las caricias de un Dios tan enamorado de los hombres y que tanto ha padecido por ellos.

IV. El Crucifijo, escuela de divina sabiduría. — El Apóstol SAN PABLO decía que sólo ambicionaba saber la ciencia del Crucificado, es decir, el amor que nos manifestó desde el madero de la cruz. *No me he preciado de saber otra cosa entre vosotros, escribe a los Corintios, que a JESUCRISTO, y éste crucificado* (11). Y a la verdad, ¿en qué libro podemos aprender la ciencia de los Santos, que consiste en amar a Dios, mejor que en JESÚS crucificado? El gran siervo de Dios FRAY BERNARDO DE CORLEON, religioso capuchino, no sabía leer; al ver que sus hermanos de religión le querían enseñar, BERNARDO pidió consejo al Crucifijo, y JESUCRISTO desde la cruz le respondió: «Te sobran los libros; no te hacen falta lecturas; Yo soy libro abierto donde puedes leer de continuo el amor que te he manifestado» (12). El asunto más grande y más digno de nuestra meditación durante la vida y por toda la eternidad es la muerte de un Dios por amor del hombre.

Visitando cierto día SANTO TOMAS A SAN BUENAVENTURA, le preguntó de qué libro había sacado tan excelente y copiosa doctrina como ponía en sus obras.

(11) I Cor., II, 2.

(12) *Vida de Fray Bernardo de Corleón*, por GABRIEL DE MODIGLIANA, l. I, cap, XII.

SAN BUENAVENTURA le presentó un Crucufijo, ennegrecido ya por los muchos besos que le había dado y le dijo: «Este es el libro que me dicta todo lo que escribo; lo poco que sé, aquí lo he aprendido» (13).

Todos los Santos han aprendido en el libro del Crucifijo el arte de amar a Dios. FRAY JUAN DE ALVERNIA no podía detener las lágrimas que brotaban de sus ojos con sólo ponerlos en las llagas de JESÚS (14). Cuando FRAY JACOBO DE TUDERTO oía leer la pasión del Redentor, no sólo derramaba torrentes de lágrimas, sino que henchía los aires con gritos desgarradores, que daban claro indicio del incendio de amor divino que ardía en su pecho (15).

Estudiando SAN FRANCISCO DE ASÍS los dolores de JESUCRISTO, llegó a trocarse en serafín de amor (16). Tantas lágrimas derramó meditando las amarguras de JESUCRISTO, que estuvo a punto de perder la vista (17). Encontráronle cierto día hechos fuentes los ojos y lamentándose a grandes voces. Cuando le preguntaron qué tenía respondió: «¡Qué he de tener!... Lloro los dolores y las ignominias de mi Señor, y lo que me causa mayor tormento, añadió, es ver la ingratitud de los hombres que no le aman y viven de El olvidados (18). Bastábale oír el balido de un cordero para romper en amargas lágrimas y suspiros pensando en la muerte de JESUCRISTO, cordero sin mancha, sacrificado en el ara de la cruz por nuestros pecados (19), y por esto el Santo enamorado del divino Crucificado, no se

(13) WADINGO, *Anales Minorum*, año 1260, n. 20.

(14) WADINGO, *Anales Minorum*, año 1259, n. 7.

(15) WADINGO, *Anales Minorum*, año 1238, n. 38 y 40.

(16) S. BUENAVENTURA, *Legenda S. Francisci*, capítulo XIII, n. 3. Obras VIII, 1898, pág. 542.

(17) MARCOS DE LISBOA, *Crónica de S. Francisco*, p. 1, lib. 1, Cap. 86.

(18) MARCOS DE LISBOA, *Crónicas de S. Francisco*, p. 1, l. 1, cap. 86.

(19) S. BUENAVENTURA, *Legenda S. Francisci*, capítulo VIII, n. 6.

cansaba de exhortar a sus hermanos a que pensasen siempre en la Pasión de JESÚS (20).

JESÚS crucificado debe ser el libro en el cual, a ejemplo de los Santos, debemos leer de continuo, para aprender a aborrecer el pecado, y a inflamarnos en el amor de un Dios tan amante; porque en las llagas de Cristo leeremos la malicia del pecado, que le condenó a sufrir muerte tan cruel e ignominiosa para satisfacer a la Justicia divina, y las pruebas de amor que JESUCRISTO nos ha tenido, sufriendo tantos dolores cabalmente para declararnos lo mucho que nos amaba.

Pidamos a María, Madre de Dios, que nos alcance de su Hijo la gracia de entrar en aquellas hogueras de amor donde se han inflamado tantos corazones, a fin de que, purificados de todos los afectos terrenos, podamos arder en aquellas felices llamas que santifican a las almas en la tierra y las hacen bienaventuradas en el cielo. Amén.

(20) MARCOS DE LISBOA, *Crónicas de S. Francisco*, loc. cit.

CAPITULO PRIMERO

DEL AMOR QUE JESUCRISTO NOS HA MANIFESTADO,
QUERIENDO SATISFACER EL MISMO A LA JUSTICIA
DIVINA POR NUESTROS PECADOS.

I. Jesucristo ofrece su vida por el esclavo. — La historia nos refiere un suceso en el cual se pone de manifiesto tan gran prodigio de amor, que será la admiración de todos los siglos. Un rey, señor de muchos estados, tenía un solo hijo, tan santo, tan amable y tan agraciado, que formaba las delicias de su padre, el cual le amaba como a sí mismo. El joven príncipe alimentaba en su corazón entrañable cariño a uno de sus esclavos. Mas aconteció que el esclavo cometió un crimen, que debía expiar con la muerte. Al saberlo, el príncipe se ofreció a morir por el culpable, y el rey justiciero y celoso de sus derechos, convino en dar la muerte a su hijo idolatrado para librar al rebelde del merecido castigo. De este modo subió al cadalso el hijo inocente, y el esclavo culpable quedó en libertad.

Pues bien, este suceso, sin segundo en los anales de la humanidad, está consignado en el santo Evangelio; en él leemos que el Hijo de Dios y Señor del Universo, se dignó tomar carne humana y pagar con su muerte la pena eterna, que el hombre merecía por haber sido rebelde a su Hacedor. *Se ofreció*, dice ISAIAS,

porque El mismo lo quiso (1). Y el Padre Eterno consintió que su Hijo muriera en cruz para salvarnos a nosotros, desventurados pecadores. *A su propio Hijo no perdonó*, añade SAN PABLO, *sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros* (2). ¿Qué te parece, alma devota, de este amor del Hijo y del Padre?

¡Amadísimo Redentor mío!, ¡conque para alcanzarme el perdón de los pecados habéis querido sacrificar vuestra vida en el ara de la cruz! ¿Qué os daré yo en agradecimiento de tan gran beneficio? Con mil títulos me habéis obligado a amaros, y si no os amase con todo mi corazón sería un monstruo de ingratitud. Vos habéis puesto a mi servicio vuestra vida divina; yo, aunque miserable pecador, os ofrezco también la mía. Sí, Dios mío, a lo menos lo que me resta de vida quiero emplearlo en amaros, obedeceros y complaceros.

II. Jesucristo ofreció su vida por el esclavo pecador.

Amemos, mortales, amemos a nuestro Redentor, que a pesar de ser Dios no tuvo por caso de afrenta cargarse con nuestros pecados para satisfacer con sus penas los castigos que por ellos merecimos. *Es verdad*, dice ISAIAS, *que El mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades* (3). Dice a este propósito SAN ANSELMO «que el Señor, para criarnos, apeló a su omnipotencia; mas para redimirnos y librarnos de la muerte puso por fundamento sus dolores y trabajos» (4).

¡Oh JESÚS, Salvador mío!, es tanto lo que os debo, que no podría saldar mis deudas ni aunque mil veces

(1) **Is.**, LIII, 7.

(2) **Rom.**, VIII, 32.

(3) **Is.**, LIII, 4.

(4) **In Io.**, tr. 15, n. 6.

derramara por Vos mi sangre, ni diese mil veces la vida. Si yo pensase como debo en el amor que durante vuestra Pasión me habéis manifestado, ¿cómo podría dejar de amaros para amar las criaturas? Pues bien, por aquel amor que me teníais en lo alto de la cruz, otorgadme la gracia de amaros con todo mi corazón. Os amo, bondad infinita, os amo sobre todas las cosas; sólo os pido vuestro santo amor.

Pero, ¿cómo es esto, torna a preguntar SAN AGUSTIN, cómo es posible que vuestro amor, ¡oh Salvador del mundo!, haya podido llegar a tal extremo que siendo yo el pecador hayáis Vos pagado la pena de mi crimen? (5). Y ¿qué os importaba que todos fuésemos condenados y castigados como merecíamos? ¿Por qué habíais de expiar nuestros pecados padeciendo en vuestra carne inocente y morir para librar-nos de la muerte eterna? «¡Oh, buen JESÚS!, exclama SAN BERNARDO, ¿qué interés os mueve a obrar así? Nosotros estábamos condenados a muerte, ¿y Vos pagáis las deudas?; nosotros somos los pecadores, y ¿Vos la víctima? ¡Oh, acción sin ejemplo, oh, gracia no merecida, oh, amor incomprensible, por ser sin tasa ni medida!» (6).

De antemano nos había dicho ISAÍAS que nuestro adorable Redentor debía padecer muerte de cruz y *ser conducido como oveja al matadero* (7). ¡Qué asombro, oh Dios mío, no debió causar a los ángeles el ver a su inocente Señor que era llevado como víctima que se había de sacrificar en el ara de la cruz por amor del hombre! ¡Qué espanto no causó en el cielo

(5) Med. c. VII.

(6) Cfr. LOHNER, **Bibliotheca** concionatoria, tit. 110. **Passio Christi**, III, n. 1.

(7) Is., LIII, 7.

y en el infierno ver a todo un Dios ajusticiado y pendiente de la cruz por los pecados de sus criaturas!

III. Cristo quiso con sus dolores librarnos de la maldición y purificarnos de las manchas de nuestros pecados. — JESUCRISTO, dice SAN PABLO, *nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición; pues está escrito: maldito todo aquel que es colgado en un madero* (8). Glosando estas palabras, SAN AMBROSIO dice: «Quiso pasar por la maldición y afrenta de la cruz para que tú fueses bendito en el reino de los cielos» (9).

¡Oh amadísimo Salvador mío!; para alcanzarme las divinas bendiciones, quisisteis morir deshonrado en el patíbulo de la cruz, maldecido de todos y de todos abandonado, hasta de vuestro eterno Padre, que por esto os visteis obligado a exclamar: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me habéis desamparado?* (10). Explicando SIMON DE CASIA estas palabras, dice: «JESÚS quedó desamparado en las agonías de su Pasión, para que Dios no nos abandonase en nuestros pecados» (11). ¡Oh, prodigio de bondad! ¡Oh, exceso del amor de Dios para con los hombres! Y ¿cómo puede haber, JESÚS mío, almas que esto crean y no os amen?

JESUCRISTO *nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre* (12). Ved, oh mortales, a qué extremos de amor llegó Cristo, puesto que para limpiar las manchas de nuestros pecados quiso prepararnos un baño de salud con su propia sangre. «Ha ofrecido por nosotros su sangre, dice un docto escritor, que

(8) Gal. III, 13.

(9) Epis. 47 ad Sabinum.

(10) Matth., XXVII, 46.

(11) Libr. 13 de P. D.

(12) Apoc., I, 5.

clama mejor que la de Abel: la sangre de Abel pedía justicia; la de Cristo demanda misericordia» (13). «Pero, oh, buen JESÚS!, exclama SAN BUENAVENTURA, ¿qué es lo que habéis hecho? ¿Adónde os han llevado vuestros transportes de amor? ¿Quién soy yo para que os hayáis prendado de mí?» (14). ¿Por qué habéis querido padecer tanto por mi amor? ¿En tan grande estima lo teníais, que lo quisisteis comprar a tanto precio? Todo esto ha sido obra de vuestro infinito amor. Sea por siempre bendito y alabado.

Vosotros, todos los que pasáis por este camino, paraos a contemplar si hay dolor como el mío (15). El Seráfico Doctor considera estas palabras de JEREMÍAS como pronunciadas por nuestro Redentor cuando estaba agonizando en la Cruz por nuestro amor, y exclama: «Yo, Señor, me detendré a considerar si hay amor semejante al vuestro». Es decir, bien veo y entiendo, afligidísimo Señor mío, cuánto habéis padecido en el infame madero de la Cruz; pero lo que más me fuerza a amaros es el entender el amor que con tanto padecer me habéis manifestado, obligándome a responder a vuestro afecto con el mío.

IV. Cristo padeció por todos y cada uno de nosotros. — El pensamiento que más encendía a SAN PABLO en el amor de JESUCRISTO era considerar que no sólo murió por todos los hombres en general, sino también por él en particular. *Me amó, exclamaba, y se entregó por mí a la muerte* (16). Esto mismo podemos decir todos nosotros, porque, como asegura SAN JUAN CRISOSTOMO, «Dios ama con tan entrañable amor

(13) CONTENSON, L. 10, d. 4, c. 1.

(14) Stim. div. am., p. 1, c. 13.

(15) Thren., I, 12.

(16) Gal., II, 20.

a cada hombre en particular como a todo el Universo» (17). De suerte que, si bien JESUCRISTO padeció por todos, yo estoy obligado a amarle como si únicamente hubiera padecido por mí.

Ahora bien; si JESÚS hubiera muerto únicamente para salvarte a ti, dejando a todos los demás envueltos en la general ruina, ¿cuán grande no debiera ser tu agradecimiento para con El?; pues has de advertir que le debes estar más agradecido por haber muerto para salvar a todos. Si únicamente hubiera padecido por tu amor, ¿qué género de aflicción dejaras de experimentar al considerar que tus parientes, tus padres, tus hermanos y amigos se habían de condenar, y que después de la muerte habías de vivir separado de ellos eternamente? Si en compañía de toda tu familia hubieras caído en la más ominosa esclavitud, y viniera un corazón compasivo a rescatarte a ti sólo, ¿no le suplicarías con mil ruegos y lágrimas que librase también de tan duro cautiverio a tus padres y hermanos? Y si por complacerte accediese a ello, ¿no se lo agradecerías? Por esto puedes decir a JESUCRISTO con todas las veras de tu corazón:

¡Amadísimo Redentor mío!, esta obra admirable de caridad habéis llevado a buen término sin que yo os la pidiera; pero no sólo me habéis rescatado a mí de la muerte con el precio de vuestra sangre, sino también a mis parientes y amigos, de suerte que, fundamentalmente, puedo esperar gozar en su compañía de Vos en el Cielo por toda la eternidad. Gracias os doy, Señor mío, y espero dároslas en el Cielo y amaros eternamente en aquella patria bienaventurada.

V. Jesucristo, como Pastor de nuestras almas, ha

(17) In Gal., II, 20.

muerto por darnos la vida. — ¿Y quién podrá jamás acertar a comprender el amor que el Verbo divino nos tiene a cada uno de nosotros? El de Cristo vence al amor que un hijo tiene por su madre, y el que una madre profesa a su hijo. Así nos lo advierte SAN LORENZO JUSTINIANO cuando dice: «La inefable caridad que nos tiene el Verbo de Dios sobrepuja a todo afecto maternal y filial; y no hay palabras que nos puedan decir el amor que tiene a cada uno de nosotros» (18). De suerte que como el Señor reveló a SANTA GERTRUDIS, estaría dispuesto a morir tantas veces cuantas son las almas que hay en el infierno, si todavía fueran susceptibles de redención (19).

¡Oh, JESÚS!, digno de ser amado con infinito amor, ¿por qué los hombres os aman con tan menguado amor? Dadles, pues, a conocer lo que por cada uno de ellos habéis padecido, el amor que les habéis manifestado, el deseo que tenéis de que todos correspondan a vuestro amor, y, finalmente, las inefables cualidades que tenéis para que de Vos se enamoren. ¡Oh, JESÚS MÍO!, daos a conocer, haceos amar.

Yo soy el buen Pastor, dice JESUCRISTO, *y el buen pastor da la vida por sus ovejas* (20). Pero, Señor, ¿dónde dar con pastores semejantes a Vos? Los pastores, que todos conocemos, dan muerte a sus ovejas para conservar ellos la vida, mientras que Vos, Pastor amorosísimo, habéis sacrificado vuestra vida divina para devolverla a vuestras amadas ovejas; y en el número de estas ovejas, ¡oh, Pastor amadísimo!, tengo yo la gran ventura de encontrarme. ¿Quién no advierte por esta razón cuán obligado estoy a amaros y a dar mi vida por vuestro amor, ya que habéis muer-

(18) De Tr. Chr. Ag., c. 5.

(19) Revelaciones, l. 7, c. 19.

(20) Io., X, 11.

to por mí de modo especial? ¿Por qué no poner toda mi confianza en vuestra preciosa sangre, derramada para borrar las manchas del pecado? Bien puedo decirlos con ISAÍAS: *Te alabaré, ¡oh, Señor!, porque Dios es el Salvador mío; viviré lleno de confianza, y no temeré* (21). ¿Cómo, ¡oh, Dios mío!, podré desconfiar de vuestra misericordia al contemplar vuestras llagas? Vayamos, pobres pecadores, y acudamos a JESÚS, que ha convertido su cruz en trono de misericordia, logrando aplacar a la divina Justicia, irritada contra nosotros. Si hemos ofendido a Dios, JESUCRISTO ha hecho penitencia por nosotros; lo único que nos pide es que nos arrepintamos de nuestros pecados.

¡Amadísimo Salvador mío!, ¡a qué extremo os ha llevado la piedad y el amor que me habéis tenido! Delinque el esclavo, y Vos, Señor, os ofrecéis a pagar la pena de su delito. Si pienso, pues en mis pecados, debo temblar por los castigos que me han merecido; pero, al recordar vuestra Pasión y muerte, tengo más fundados motivos de esperar que de temer. ¡Oh, sangre preciosa de Cristo, tú eres el fundamento de toda mi esperanza!

VI. La Pasión de Cristo nos obliga a amarle. — Pero si la sangre de Cristo es fuente de confianza, nos obliga también a consagrar todos los afectos del corazón a nuestro amoroso Redentor. *¿Por ventura ignoráis, dice SAN PABLO, que ya no sois de vosotros, puesto que fuisteis comprados a gran precio?* (22).

¡Oh, JESÚS mío!, sin manifiesta injusticia no puedo disponer de mí y de mis cosas, porque habiéndome comprado con vuestra muerte, he venido a ser pro-

(21) Is., XII, 1-2.

(22) 1 Cor., VI, 19-20.

piedad vuestra; mi cuerpo, mi alma y mi vida ya no son míos, son vuestros, con absoluto dominio y señorío.

Por tanto, sólo en Vos espero, ¡oh, Salvador mío!, sólo a Vos quiero amar, ¡oh Dios crucificado y muerto por mí! No tengo que ofreceros más que esta alma, rescatada con vuestra sangre, y esto es lo que os ofrezco. Ya que sólo Vos sois el objeto de todos mis deseos, dadme licencia para amaros, ¡oh Salvador y Dios mío!, mi amor y mi todo. Hasta ahora he mostrado mi agradecimiento a los hombres, sólo con Vos he sido ingrato, mas al presente os amo, y lo que más me atormenta es haberos disgustado en mi pasada vida. ¡Oh JESÚS mío!, dadme confianza en vuestra Pasión y arrancad de mi corazón todos los afectos que a Vos no vayan dirigidos. Sólo a Vos quiero amar, puesto que merecéis todo mi amor que tanto habéis hecho por cautivarlo. ¿Quién podrá rehusar amaros, al considerar que sois el Hijo amadísimo del Eterno Padre, y que por vuestro amor habéis querido acabar la vida con muerte tan cruel e ignominiosa?

¡Oh, María, Madre del Amor Hermoso!, por los méritos de vuestro inflamado corazón, impetradme la gracia de gastar toda mi vida en amar a vuestro Hijo, que siendo por sus cualidades digno de infinito amor, ha querido conquistar a tanta costa el afecto de un pecador tan miserable como yo.

¡Oh JESÚS mío!, amor de las almas, os amo, os amo, os amo; pero os amo demasiado poco; dadme más encendido amor, dadme más llamas de amor, que me obliguen a vivir de continuo inflamado en vuestro amor; verdad es que yo no merezco tan grande gracia, pero la merecéis Vos, bondad infinita. Amén, así lo espero, así sea.

CAPITULO II

JESUCRISTO QUISO PADECER TANTOS TRABAJOS POR NUESTRO AMOR, PARA MANIFESTARNOS EL GRANDE AMOR QUE NOS TIENE.

I. La Cruz, manifestación del amor de Cristo. — Según CICERÓN, «hay dos cosas que dan a conocer al verdadero amante: hacer bien a la persona amada y padecer por ella, y esto de padecer es la prueba más palmaria del amor. Harto había manifestado Dios al hombre el amor que le tenía otorgándole tantos beneficios, pero no estaba satisfecho el corazón de Dios con sólo manifestar al hombre con favores el amor que abrigaba en su pecho; quiso hallar otro medio de darle a entender hasta dónde llegaba su amor, y por eso quiso vestirse de la naturaleza humana, para padecer y morir por el hombre. Esto es de SAN PEDRO CRISÓLOGO, que dice: «Pareció a Cristo haber hecho bien poco si no manifestaba su amor padeciendo toda suerte de trabajos» (1). Y ¿qué medio más a propósito podía inventar nuestro Dios para declararnos su amor infinito que hacerse hombre y padecer por nosotros? «No había medio mejor que éste para darnos pruebas de su amor» (2), escribe a este propósito SAN GREGORIO NACIANCENO.

(1) Sermón 69.

(2) Ep. 101 ad Cledonium.

¡Amadísimo JESÚS mío!, demasiado habéis sufrido para manifestar vuestro amor y cautivar mi afecto con vuestra bondad; por esto os haría gravísima injusticia si os amase con tibieza, o si dividiese mi amor entre Vos y las criaturas.

La prueba más patente del amor que nos tiene JESUCRISTO es, según CORNELIO ALAPIDE (3), presentarse a nuestra vida cubierto de llagas, crucificado y muerto por nosotros. Ya antes había dicho SAN BUENAVENTURA que Jesús en su Pasión nos dio a entender su amor incomparable, llevado hasta los últimos límites (4). Cuando el Redentor quiso morir por nuestra salvación se puso de manifiesto hasta dónde llegaba el amor que un Dios tenía a sus criaturas. *Apareció, dice SAN PABLO, la benignidad y amor de Dios, nuestro Salvador, para con los hombres* (5).

¡Oh Dios enamorado del hombre!, ahora comprendo cómo todas vuestras llagas están pregonando el amor que me tenéis; ¿quién podrá resistir a tantas pruebas de vuestro amor y negaros el suyo? Razón tenía SANTA TERESA para exclamar: «¡Oh Señor y verdadero Dios mío!, quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran verdad es ésta!» (6).

II. La mayor prueba de amor, dar la vida por el amado. — Ciertamente que JESUCRISTO podía salvarnos sin padecer y llevando en la tierra vida cómoda y regalada; pero no lo quiso, pues como dice SAN PABLO: *Propuéstole gozo, se abrazó con la cruz* (7). Renunció las riquezas, los placeres y las honras munda-

(3) In 1 Cor., 1, 25.

(4) De pass., c. 41, n. 132.

(5) Tit., III, 4.

(6) S. TERESA, Exclamaciones del alma a Dios, XIV. Obras IV, 287.

(7) Hebr., XII, 2.

nas, y se escogió vida pobre, que acabó con muerte cargada de afrentas y de dolores. ¿Por qué hacer tan extraña elección? ¿No hubiera sido suficiente para salvar al mundo y a infinitos mundos una breve oración dirigida a su Eterno Padre en favor del hombre, puesto que, siendo de valor infinito, podría luego alcanzarle el perdón? ¿Por qué padecer tantos trabajos y muerte tan cruel, que, como dice un autor, «la violencia del dolor le arrancó el alma del cuerpo?» (8). ¿Para qué entregarse a tantos extremos de dolor, cuando sólo se trataba de redimir al hombre? Responde SAN JUAN CRISÓSTOMO, y dice: «Lo que bastaba para la redención, no bastaba para manifestarnos su amor» (9). Una simple plegaria de Cristo era harto suficiente para redimirnos, pero no lo era para declararnos el amor que nos tenía. De este parecer es también SANTO TOMÁS, quien dice: «Sufriendo Cristo por amor, satisfizo a la divina justicia más de lo que reclamaba la ofensa hecha por el género humano (10). Amándonos el Redentor con amor entrañable, quería que le correspondiésemos con el nuestro, y para lograr su intento no perdonó fatigas y trabajos hasta darnos a entender que apenas podía hacer más para conseguirlo. «Quiso padecer mucho, dice SAN BERNARDO, a fin de recabar del hombre que le amase con todo su corazón» (11).

¿Qué mayor prueba de cariño puede darse a un amigo que dar la vida por su amor? *Nadie tiene amor más grande*, dice JESUCRISTO, *que el que da la vida por sus amigos* (12). «Pero Vos, amantísimo Salvador

(8) CONTENSON, *Theologia mentis et cordis*, l. 10, d. 4, c. 1, sp, 1.

(9) *In epist. ad Ephes.* hom. 3, n. 3.

(10) P. 3, q. 48, a. 2.

(11) *In Cant.*, s. 11, n. 7.

(12) *Ioan.*, XV, 13.

mío, exclama SAN BERNARDO, habéis hecho más; vuestra caridad os llevó a dar la vida, no por vuestros amigos, sino por vuestros más rebeldes enemigos» (13). Esto nos lo recuerda también SAN PABLO cuando escribe: *Lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que aun cuando éramos enemigos suyos, fue cuando al tiempo señalado murió Cristo por nosotros* (14).

Vos, JESÚS mío, habéis querido morir por mí, siendo yo vuestro enemigo; ¿podré resistir todavía a tanto amor? Ya que suspiráis porque os ame, os amo sobre todas las cosas; sólo a Vos quiero amar, sin consentir que mi corazón se apegue al amor de las criaturas.

III. El amor, primera causa de la pasión de Cristo. — El fin principal que se propuso JESUCRISTO en su Pasión fue el manifestarnos su amor y conquistarse el nuestro con la memoria de los trabajos que había padecido por nosotros. «Esta fue, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO, la primera causa de la Pasión del Señor: dar a entender cuánto amaba Dios al hombre, pues quería ser más amado que temido» (15). «Por medio de la Pasión, añade SANTO TOMÁS, hemos llegado a rastrear la grandeza del amor que Dios tiene al hombre» (16). Que es lo que ya había dicho SAN JUAN por estas palabras: *En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que el Señor dio su vida por nosotros* (17).

¡Oh JESÚS mío, Cordero sin mancha sacrificado por mí en el ara de la cruz!, haced que no pierda el

(13) Serm. de P. Dom., n. 4.

(14) Rom., V. 8, 9.

(15) De pass., S. 6.

(16) P. 3, q. 46, a. 3, c.

(17) I Jo., III, 16.

fruto de tantos trabajos vuestros; obrad de suerte que alcance el fin por el cual tanto habéis padecido. Estrechadme con las dulces cadenas de vuestro amor, a fin de que jamás me aparte de Vos. ¡Dulcísimo JESÚS mío!, no permitáis que me separe de Vos!

Dice SAN LUCAS (18) que, hablando Moisés y Elías en el monte Tabor de la Pasión de Cristo, la llamaron exceso; «exceso de dolor y exceso de amor», añade SAN BUENAVENTURA. Con razón, pues, fue llamada exceso la Pasión de JESUCRISTO, porque fue exceso de dolor y de amor. ¿Qué más pudo padecer, añade un piadoso escritor, de lo que padeció? Llevó su amor hasta los últimos límites» (19). La ley de Dios nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos; pero JESUCRISTO, dice SAN CIRILO, «amó a los hombres más que a sí mismo» (20).

¡Amado Redentor mío!, vuestro amor llegó al extremo de amarme más que a Vos mismo, puesto que para salvarme habéis querido perder vuestra vida divina, de valor infinitamente mayor que la vida de los hombres y ángeles juntos. «Me amasteis más que a Vos mismo, os diré con SAN AGUSTÍN, ya que habéis querido morir por mí» (21).

«¡Oh Dios de infinito amor!, exclama el abad GUERRICO, por el amor del hombre os habéis prodigado a Vos mismo, si es lícito hablar así. Pues qué, ¿no es admirable prodigalidad dar no sólo vuestros bienes, sino entregaros a Vos mismo para rescatar al hombre?» ¡Oh prodigio, oh exceso de amor, digno tan sólo de una bondad infinita! (22). «Y ¿quién hu-

(18) Luc., IX, 31.

(19) Contenson, l. X, d. 4, c. 1, spec. 1.

(20) In Ioan Ev., lib. 9.

(21) So. an. ad D. c. XIII.

(22) In Pent., Sermo I, 1.

biera jamás podido sondear la inmensidad de vuestro amor, añade SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, y acertar a comprender que amabais tanto a miserables gusanillos que por ellos os ofrecierais a padecer muerte de cruz? Tan grande amor, añade el mismo Santo, excede a toda medida, no cabe en humana inteligencia» (23).

Si tanto nos agrada vernos amados de un gran personaje, mayormente si puede levantarnos a gran fortuna, ¿cuánto más grato y dulce no ha de ser vernos amados de todo un Dios, que puede proporcionarnos una vida eterna? En la antigua ley podía el hombre dudar de que Dios le amase con ternura; mas después de haberle visto suspendido de un patíbulo derramando toda su sangre y muriendo por nosotros, ¿cómo podemos dudar de que nos ame con toda la ternura de su corazón? Mira, alma mía, mira a JESÚS pendiente de la cruz cubierto de heridas; por las abiertas llagas se descubre el incendio de amor que arde en su enamorado pecho. «Por las llagas del cuerpo, dice SAN BUENAVENTURA, se descubren los secretos del corazón» (24).

¡Amantísimo JESÚS mío!, muévase a compasión mi alma al veros morir en este infame madero saturado de oprobios; pero me siento a la vez consolado y abrasado en vuestro amor, al contemplar a través de vuestras llagas el cariño que me profesáis. Serafines de la gloria, ¿qué pensáis del amor de nuestro Dios, *que me amó y se entregó a sí mismo por mí?* (25).

IV. El amor de Cristo llegó hasta la locura de la Cruz. — Cuando los gentiles oían que Cristo había

(23) In festo Natalis Domini, concio 3, n. 7.

(24) In Cant., s. 61, n. 4.

(25) Gal., II, 20.

muerto crucificado por los hombres, no lo podían creer y lo tenían por gran locura. *Nosotros predicamos a Cristo crucificado*, dice SAN PABLO; *lo cual para los judíos es motivo de escándalo, y parece una locura a los gentiles* (26). ¿Cómo es posible, decían, convenirse de que un Dios omnipotente, que de nadie necesita para ser feliz, haya pensado hacerse hombre y morir en una cruz para salvar al hombre? Esto sería lo mismo que creer en un Dios vuelto loco por amor de los hombres; y apoyados en estas razones rehusaban dar crédito a las enseñanzas de los Apóstoles. Mas la gran obra de la Redención, que los gentiles tenían por locura, y así la llamaban, fue llevada a cabo, como nos atestigua la fe, por Nuestro Señor. Hemos visto, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, a la Sabiduría eterna, al Unigénito de Dios, como loco de amor por el excesivo amor que tiene a los hombres» (27). En efecto, dice el CARDENAL HUGO, parece una gran locura de amor que Dios haya muerto por la salvación de los hombres» (28).

El B. JACOPONE, que mientras vivió en el siglo se había distinguido tanto por su mucho saber, al hacerse franciscano quedó tan prendado del amor de Cristo, que al parecer había perdido el juicio. Cierta día se lea apareció nuestro amoroso Salvador y le dijo: «Pero JACOPONE, ¿por qué haces semejantes locuras?» «¿Por qué las hago? —respondió—; porque Tú me las has enseñado. Si soy loco, añadió, más lo eres tú, que has querido morir por mí.

Del mismo modo hablaba SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI en sus arrobamientos. «¡Oh Dios de amor!, exclamaba; ¡oh Dios de amor!, veo que amáis

(26) 1 Cor., 1, 23.

(27) Serm. de nativ. D. Obras, Venecia 1721, p. 328.

(28) In 1 Cor., cap. 1. v. 23.

demasiado a vuestras criaturas (29). Y arrebatada en éxtasis cierto día, tomó un Crucifijo en sus manos y se puso a correr por el monasterio gritando: «¡Oh amor, oh amor!, no me cansaré jamás, Dios mío, de llamaros amor». Y dirigiéndose a las religiosas, sus hermanas, les decía: «¿No sabéis, hermanas amadísimas, que mi JESÚS es todo amor?; digo más, ¿que está loco de amor? Loco de amor, lo digo y lo diré siempre, eres loco de amor, JESÚS mío» (30). Y añadía que, cuando llamaba a JESÚS *amor*, quería que todo el mundo la oyese, para que todos conociesen y amasen el amor de JESÚS. A las veces se ponía a tocar las campanas, para que todas las gentes del mundo (a lo menos, este era su afán) viniesen, a ser posible, a adorar y amar a JESÚS (31).

Sí, dulcísimo Redentor mío, razón tenía (permitidme que os lo diga) esta vuestra amadísima esposa para llamaros loco de amor. Pues qué, ¿no es una gran locura que hayáis querido morir por mí, por un vil gusano de la tierra, que os había de ofender y hacer traición? Pero ya que Vos, Dios mío, habéis llegado a tales extremos en el amor, ¿cómo es que no me embriago en el amor vuestro? Al contemplaros pendiente de la cruz, muerto por mí, ¿cómo puedo pensar en otras cosas fuera de Vos?; ¿cómo puedo amar nada fuera de Vos? Sí, Dios mío, mi soberano bien, el más amable de todos los bienes, os amo más que a mí mismo. De hoy en adelante os prometo amaros a Vos Sólo, y pensar siempre en el amor que me habéis manifestado muriendo por mí, anegado en un mar de dolores.

¡Oh azotes, espinas, clavos, cruz, llagas, trabajos

(29) PUCCINI: **Vida**; Florencia, 1611, p. I, cap. XI.

(30) PUCCINI: **Vida**; Florencia, 1611, p. I, cap. XII.

(31) PUCCINI: **Vida**; Florencia, 1611, p. I, cap. XII.

y muerte de mi JESÚS, bien veo que me forzáis y obligáis a amar a quien tanto me amó! ¡Oh Verbo encarnado, oh Dios enamorado de los hombres, mi alma se ha enamorado de Vos; quisiera amaros tanto, que mi mayor gusto fuera agradaros a Vos, dulcísimo Señor mío; y ya que tanto deseáis mi amor, os aseguro que yo no quiero vivir sino para agradaros; mi ambición es hacer cuanto me pidáis. Ayudadme, JESÚS mío, haced que os agrade en todo y siempre, mientras viva y después de mi muerte.

¡Oh María, Madre mía!, rogad a JESÚS por mí, a fin de que me conceda su amor, puesto que no alimento en mi corazón más deseo que amar a JESÚS en ésta y en la otra vida. Amén.

CAPITULO III

JESUCRISTO QUISO POR NUESTRO AMOR PADECER DESDE EL PRINCIPIO DE SU VIDA TODAS LAS PENAS DE SU PASIÓN.

I. Jesucristo, desde la Encarnación, sufrió más que los mártires. — Baja del cielo a la tierra el Verbo divino para hacerse hombre, y entra en el mundo con tantas ganas de padecer por nuestro amor, que no quiso pasar ni un momento sin sufrir a lo menos con la aprensión. Apenas fue concebido en el seno de María, se presentaron en su mente todos los trabajos que había de padecer en su Pasión, y para impetrarnos el perdón de los pecados y la gracia divina, los ofreció al Eterno Padre, a fin de satisfacer con sus penas todos los castigos que nuestros pecados merecían; con este intento comenzó desde entonces a padecer todo lo que más tarde había de sufrir en su amarguísima muerte.

¡Amorosísimo Redentor mío!, y yo entretanto, ¿qué he hecho, qué es lo que por Vos he padecido? Aunque por espacio de mis años estuviese padeciendo los tormentos que han tolerado todos los mártires, sería bien poco comparado con aquel primer instante en que os ofrecisteis y comenzasteis a padecer por mi amor.

Grandes dolores e ignominias tuvieron que sufrir los mártires, pero no duraron más tiempo que lo que

duró su martirio; al paso que JESUCRISTO no cesó de padecer desde el primer instante de su existencia todos los tormentos de su Pasión; porque desde aquel momento quedó dibujado a su vista todo el retablo de las ignominias y humillaciones que recibiría de los hombres. Razón tenía para exclamar por boca del Profeta; *Siempre tengo a la vista mi dolor* (1).

¡Oh JESÚS mío!, tan grande era vuestro afán de padecer por mi amor, que antes de tiempo quisisteis comenzar a sufrir; y yo vivo tan hambriento de los placeres de la tierra. ¡Cuántos disgustos os he dado por dar gusto a mi cuerpo! Señor, por los trabajos que habéis padecido, arrancad de mi corazón todos los afectos terrenos. Por amor vuestro me propongo abstenerme de todo género de satisfacciones (*nómbrales*).

II. Cristo sólo consigo quiso ser cruel, no ocultándose las penas. — La infinita misericordia de Dios no permite que de antemano conozcamos las pruebas a que nos ha de someter. Si el delincuente condenado por la justicia a vil garrote hubiera conocido al nacer el suplicio que le había de quitar la vida, ¿podría gozar un momento de expansión y de alegría? Si Saúl hubiera tenido siempre delante de sí la espada que debía atravesarle el pecho, si Judas hubiera vivido con el lazo en la mano del cual un día se debía de colgar, ¿quién no advierte las angustias y agonías que padecerían entrambos? En cambio, nuestro amantísimo Redentor, desde que comenzó a vivir, comenzó a tener ante su vista los azotes, las espinas, la cruz y los demás ultrajes que recibiría en su Pasión junto con la muerte amargísima que los hombres le preparaban.

(1) Ps. XXXII, 18.

Cuando veía las víctimas que se sacrificaban en el templo, no ignoraba que todas ellas eran figura del sacrificio que el Cordero sin mancha había de ofrecer en el altar de la cruz. Cuando se detenía a contemplar los muros de la ciudad de Jerusalén, no se le ocultaba que allí debía perder la vida, anegado en un mar de dolores y de ignominias. Cuando miraba a su adorada Madre se figuraba que la veía agonizando de dolor al pie de la cruz en la cual iba El a morir.

De suerte que la horrible presencia de tantos males traían de continuo amargada vuestra vida, ¡oh JESÚS mío!, aun antes de que se acercara el tiempo de vuestra pasión. El amor que me teníais os dio alientos para aceptar y sufrir tantos trabajos.

III. La previsión del pecado aumentó las penas de Cristo. — ¡Oh JESÚS pacientísimo! La consideración de todos los pecados de los hombres y especialmente de los que yo había de cometer contra vuestra divina Majestad, contribuyó a que vuestra vida fuese la más angustiosa de cuantas hay y habrá en el mundo. Pero, ¡oh Dios mío! ¿en qué ley, por cruel y bárbara que sea, está escrito que todo un Dios ame con tan entrañable amor a sus criaturas, y luego estas criaturas se desdeñen de amarle, y le insulten y le ofendan? ¡Ah, Señor!, dadme a entender la grandeza de vuestro amor, para que en adelante no os lo pague con ingratitud. ¡Oh JESÚS mío!, si os amase de veras, ¡cuán dulce y agradable me sería el padecer por Vos!

Cierto día se apareció Cristo crucificado a Sor Magdalena Orsini y la alentó a sufrir en paz la tribulación que desde largo tiempo la aquejaba. La sierva de Dios le respondió: «Vos, Señor, habéis estado pendiente de la cruz sólo tres horas, y yo vengo padeciendo largos años esta tribulación.» «¿Qué dices,

ignorante, qué dices? —repuso Cristo en tono de reprensión—; desde el primer instante que fui concebido en el seno de mi Madre padecí en el corazón todo lo que más tarde padecí en la cruz» (2).

Y yo, amadísimo Redentor mío, en presencia de tantas angustias que por mí sufristeis en toda la carrera de vuestra vida, ¿cómo puedo quejarme de las cruces que me mandáis para labrar mi felicidad eterna? Gracias os doy por haberme redimido a costa de tanto dolor y para manifestarme tanto amor. Para animarme a soportar con resignación los trabajos de la vida, habéis querido cargaros con todos ellos. ¡Oh JESÚS mío, haced que con frecuencia me acuerde de vuestros dolores, a fin de que esté siempre dispuesto a padecer por vuestro amor.

IV. Cristo, desde el principio de su vida, varón de dolores. — *Grande como el mar es tu quebranto*, dice JEREMÍAS (3); y así como las aguas del mar son todas saladas y amargas, así también la vida de JESUCRISTO estuvo cargada de amarguras y privada de todo consuelo, como lo reveló a Santa Margarita de Cortona (4). Y así como en el mar van a descargar sus aguas todos los ríos de la tierra, así también todos los dolores de los hombres cayeron sobre el Corazón de Cristo; que por esto dice por boca del Salmista: *Sálvame, Dios mío, porque las aguas han penetrado hasta mi alma...; llegué a alta mar y sumergióme la tempestad* (5). Como si dijera: Sálvame, Dios mío, porque la aflicción ha entrado hasta lo más secreto de mi alma y estoy su-

(2) P. BUENAVENTURA BORSELLI, O. P. **Vida**, Roma, Tinassi, 1668, cap. XV, pág. 66.

(3) **Thr.**, II, 13.

(4) FR. JUNCTO BEVEGNAS, **Vida**, cap. V, 13.

(5) **Ps.**, LXVIII, 2, 3.

mergido en una tempestad de ignominias y de dolores interiores y exteriores.

¡Amadísimo JESÚS mío, mi amor, mi vida y mi todo! Si miro por de fuera vuestro sacratísimo cuerpo, no veo más que llagas; si penetro en vuestro adorable y desolado corazón, no hallo más que amarguras y crueles agonías que lo despedazan. ¿Quién, JESÚS mío, podrá ofrecerse a padecer tanto y a morir por vuestras criaturas, sino Vos, que sois bondad infinita? Pero como Vos sois Dios, amáis como Dios, es decir, con un amor que con el vuestro jamás puede compararse.

«Para salvar al esclavo, dice SAN BERNARDO, ni el Padre perdonó al Hijo, ni el Hijo se perdonó a sí mismo» (6). ¡Oh infinita caridad del Señor! Por una parte, el Padre Eterno obligó a JESUCRISTO a satisfacer por los pecados de todos los hombres, pues como dice Isaías: *Cargó el Señor sobre El todas nuestras iniquidades* (7); y por otra parte, JESUCRISTO, para salvar a los hombres del modo más amoroso posible, quiso satisfacer por sí mismo y con todo rigor de justicia todas las deudas que el hombre había contraído con Dios. Con este fin, cargó sobre sí, como dice Santo Tomás, todos los dolores y vituperios en sumo grado (8). Por esto ISAÍAS lo llamó *el despreciado, el desecho de los hombres, el varón de dolores* (9). Y lo llamó así con razón; porque a la vez que JESUCRISTO fue atormentado en todos los miembros y sentidos del cuerpo, fueron afligidas con indecibles amarguras todas las potencias del alma; de suerte que las penas interiores sobrepujan con mucho a

(6) Serm. de P. N., n. 4.

(7) Is., LIII, 6.

(8) Sum. th. III, q. 46, a. 4-6.

(9) *ibid.*, 3.

los trabajos exteriores. Míralo, pues, con las carnes desgarradas, ensangrentado, tratado como mago, seductor y loco, abandonado de sus amigos, perseguido, finalmente, por todos, hasta acabar su vida en un patíbulo infame.

¿Sabéis lo que he hecho por vosotros? (10), nos dice el Redentor. Señor, bien sé lo que habéis hecho y padecido por mí; pero también sabéis que hasta ahora nada he hecho por Vos. ¡JESÚS mío!, ayudadme a padecer por Vos algún trabajo, antes de que me sorprenda la muerte. Avergüénzome de presentarme ante vuestra presencia; pero no quiero seros ingrato en adelante, como hasta aquí lo he sido. Ya que os habéis privado por mi amor de toda suerte de placeres, renuncio por el vuestro a todos los deleites de los sentidos. Habéis sufrido por mí sin cuento de dolores; yo, en pago, quiero sufrir por Vos todos los trabajos de mi vida y las agonías de mi muerte, según fuere de vuestro agrado. Habéis sido abandonado; yo consiento en verme abandonado de todos, con tal que Vos, único soberano bien mío, no me abandonéis. Habéis sido perseguido; yo acepto todo género de persecuciones. Vos, finalmente, habéis muerto por mí; yo quiero morir por Vos. ¡Oh Jesús mío!, mi tesoro, mi amor, mi todo, os amo; pero dadme más amor. Amén.

(10) **Io.**, XIII, 12.

CAPITULO IV

DEL GRAN DESEO QUE TUVO JESUCRISTO DE PADECER Y MORIR POR NUESTRO AMOR.

I. Cristo suspirando por el momento de su Pasión. Sobremanera tierna, amorosa y llena de bondad fue la declaración que hizo el Redentor de su venida al mundo, cuando dijo: *Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué he de querer, sino que arda?* (1). Vine a encender en las almas el fuego del amor divino, y todo mi afán es ver abrasados en estas sagradas llamas a todos los corazones de los hombres. Y luego añadió que ambicionaba ser bautizado con bautismo de sangre, no ya para purificarse de las manchas de sus propios pecados (puesto que era impecable), sino para borrar los nuestros, ya que los venía a expiar con sus trabajos. «Se llama bautismo la Pasión de Cristo, dice SAN BUENAVENTURA, porque con su sangre quedan purificadas nuestras almas» (2). Para darnos a entender nuestro amoroso Redentor las ansias vivísimas que tenía de morir por nosotros, con dulces y abrasadas expresiones de amor nos dice que sentía indecibles angustias porque se retardaba el tiempo de su Pasión, tan grande era el deseo que tenía de padecer por nuestro

(1) Luc., XII, 49.

(2) In Ev. S. Luc., cap. XII, n. 71.

amor. Estas son sus admirables palabras: *Con un bautismo tengo de ser bautizado; y ¡cómo traigo en prensa mi corazón hasta que no se cumpla!* (3).

¡Oh Dios enamorado de los hombres! ¿qué más podíais hacer y decir para ponerme en la obligación de amaros? ¿Qué provechos podíais sacar de mi amor, que para conquistarlo quisisteis morir, y tanto suspirabais por la muerte? Si uno de mis criados hubiera manifestado deseos de morir por mí, con sólo esto se hubiera conquistado mi amor: y ¿podré yo vivir sin amaros con todo mi corazón, a Vos, Rey mío y Dios mío, que habéis muerto por mí y habéis tenido tan grandes deseos de padecer para conquistar mi amor?

II. Cristo suspiraba por la hora de su Pasión, para declararnos su amor. — *Sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, como amase a los suyos, los amó hasta el fin* (4). Aquella hora de su Pasión la llamaba el Redentor *hora suya*, porque, como escribe un piadoso escritor, siempre, y durante toda su vida, había sido la hora por El deseada; porque padeciendo y muriendo por el hombre, quería darle a entender el amor infinito que le tenía. «Al que ama, es siempre agradable la hora en que se padece por el amado» (5); porque el padecer por él es el medio más a propósito para que el amante descubra su amor, y de esta suerte cautive el afecto del amado.

¡Amado JESÚS mío!, conque para demostrarme vuestro infinito amor no habéis querido confiar a otro la empresa de mi redención! ¡Tanto os importaba mi amor, que para conquistarlo quisisteis padecer tanto

(3) Luc., XII, 50.

(4) Io., XIII, 1.

(5) BARRADAS, S. J., *In Concord.* IV. Ev. t. 4, l. 2; c. V.

por mí! ¿Qué más hubierais podido hacer si trataseis de ganar el amor de vuestro Eterno Padre? ¿Qué más hubiera padecido un esclavo para ganar el afecto de su amo, de lo que Vos habéis padecido para cautivar el corazón de un esclavo tan vil e ingrato como yo?

Ved a nuestro amoroso Salvador en la víspera de ser inmolado en el ara de la cruz por nuestra salvación, en aquella memorable noche que precedió a su pasión; oigamos lo que dice a los discípulos en la última cena que celebra con ellos. *Con deseo he deseado, dice, comer con vosotros este cordero pascual* (6). «Voz es ésta, clamor es éste, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, del amor inmenso que nos tenía» (7). Como si nuestro amabilísimo Redentor hubiera dicho. Sabed, oh hombres, que esta noche, en la cual va a dar principio mi amarguísima Pasión, ha sido el tiempo por el cual he suspirado toda mi vida; porque con mis dolores y afrentosa muerte os daré a entender cuánto os amo, y, a la vez, os forzaré a amarme del modo más poderoso que tengo a mi disposición. Dice un autor que en la Pasión de Cristo se unió con el amor el poder divino: el amor quiso amar al hombre hasta los límites que podía señalar la Omnipotencia, y la Omnipotencia secundó al amor hasta colmar sus deseos.

¡Oh Soberano Señor!, os habéis entregado a mí por entero; ¿cómo rehusaré yo amaros con todo mi corazón? Creo que habéis muerto por mí, y, creyéndolo, ¿cómo os amo tan poco que con tanta facilidad me olvido de Vos y de cuanto por mí habéis padecido? Y ¿por qué, Señor mío, por qué, aun ahora pensando en vuestra Pasión no me inflamo en vuestro santo amor?, ¿por qué no me entrego todo a Vos, como

(6) Luc., XXII, 15.

(7) De Tr. Chr. Ag., c. 2. Obras. Venecia, 1721, p. 229.

tantas almas santas, que al meditar vuestros dolores quedaron presas de vuestro amor y a Vos se consagraron por entero?

Decía la Esposa de los Cantares que cuando su divino Esposo la introducía en la sagrada bodega de su Pasión, de tal modo se embriagaba en el divino amor, que, como desmayada, tenía que buscar algún alivio a su llagado corazón. *Metióme, dice, el rey en la secreta bodega del vino y ordenó en mí la caridad. Fortalecedme con flores, confortadme con manzanas, porque desfallezco de amor* (8). ¿Cómo es posible que el alma se ponga a considerar la Pasión de Cristo, los dolores y las agonías que tanto martirizaron el cuerpo y el alma de nuestro adorable Salvador, y no quede herida con otras tantas saetas de amor y forzada con suave violencia a amar al que tanto la amó?

¡Oh Cordero sin mancilla!, cuando os contemplo clavado a la cruz, ensangrentado, desfigurado y destrozadas vuestras carnes, me parecéis hartamente hermoso y amable; porque las llagas que veo como esculpadas en vuestro cuerpo son otras tantas señales y pruebas del amor que me tenéis. ¡Ah!, si todos los hombres se parasen a considerar el estado lamentable en que aparecisteis un día en Jerusalem, ¿quién podría no prendarse de vuestro amor? Amadísimo Señor mío, permitid que os ame, pues os quiero consagrar mi voluntad y todos mis sentidos. ¿Cómo podré yo rehusaros nada, ya que Vos me habéis dado vuestra sangre, vuestra vida y todo cuanto sois?

III. Por amor se puso en manos de sus verdugos. Era tan grande el deseo que tenía JESÚS de padecer por nosotros, que en la víspera de su muerte, no sólo

(8) Cant., II, 4, 5.

de buen grado se fue al Jardín de los Olivos, donde sabía muy bien que habían de prenderle los judíos, sino que también, al advertir que se acercaba Judas a prenderle, en compañía de un buen grupo de soldados, dijo a sus discípulos: *Levantaos y vámonos porque se acerca el que me ha de entregar* (9). Quiso salirles al encuentro, como si vinieran a ofrecerle la corona de un gran imperio, y no la corona del martirio y de la muerte en cruz.

¡Dulcísimo Salvador mío!, salís al encuentro de la muerte con ansias vivísimas de dar la vida por mí porque queréis conquistar mi amor; y yo, Dios mío, ¿no desearé morir por Vos para daros pruebas del amor que os tengo? Sí, JESÚS mío, muerto por mi amor, yo también deseo morir por Vos; todo os lo ofrezco: mi sangre y mi vida; y pronto estoy a morir por Vos como y cuando os agrade. Aceptad el sacrificio que os ofrece este miserable pecador, que, si hasta aquí os ha ofendido, ahora os ama más que a sí mismo.

Antes de exhalar el último suspiro, dijo JESUCRISTO desde lo alto de la cruz: *Sitio*: «Tengo sed». «Esta sed, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, procede del ardor de la caridad» (10), no tanto de la falta de humor en su sacratísimo cuerpo. Con aquel lamento quiso el Señor darnos a entender que padecía sed, no tanto natural, como sed de padecer por nuestro amor y el ardiente deseo de que le correspondiésemos con el nuestro en agradecimiento de las penas que por nosotros había sufrido. De ese parecer es también SANTO TOMÁS, cuando dice: «Por esta *sed* nos manifiesta el encendido deseo que tenía de salvar el género humano» (11).

(9) Marc., XIV, 42.

(10) De Tr. Chr. Ag., c. 19. Obras. Venecia, 1721, p. 273; c. 2.

(11) In Io., 19, lect. 5.

¡Amabilísimo Redentor mío!, ¿es posible que tan grande bondad quede sin ser correspondida? Suele decirse que amor con amor se paga; pero vuestro amor, ¿con qué otro amor podrá pagarse? Sería menester que otro Dios muriese por Vos para corresponder al amor que os llevó a morir por nosotros. Además, ¿cómo podéis decir, Señor mío, que ponéis vuestras delicias en vivir con los hombres, si no recibís de ellos más que injurias y malos tratamientos? ¡Ah!, es que el amor ha trocado en delicias y venturas los dolores y vituperios que por nosotros habéis padecido.

¡Oh Redentor amabilísimo, no quiero resistir por más tiempo a las finezas de vuestro amor: os entrego todo mi corazón; Vos sólo sois y seréis siempre el único amor de mi alma. Os hicisteis hombre para dar la vida por mí. Yo quisiera tener mil vidas para poder ofrecéros las todas. Os amo, bondad infinita, y quiero amaros con todas mis fuerzas; quiero hacer cuanto pueda para agradaros. Siendo inocente habéis padecido tantos trabajos por mí, y yo, pecador, que he merecido el infierno, quiero sufrir por Vos cuanto queráis. Ayudadme, JESÚS mío, con vuestros méritos a poner en práctica este deseo, que Vos me habéis dado. ¡Oh Dios de infinito amor, en Vos creo, en Vos espero, os amo.

¡Oh María, Madre mía!, interceded por mí. Amén.

CAPITULO V

DEL AMOR QUE JESUCRISTO NOS MANIFESTÓ AL INSTITUIR LA EUCARISTÍA ANTES DE MORIR.

I. La Eucaristía prenda de amor. — Sabiendo JESÚS *que era llegada la hora en que había de partirse de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, que tenía en el mundo, los amó hasta el fin* (1). Sabiendo nuestro amantísimo Salvador en la última noche de su vida que se acercaba el anhelado momento de padecer por amor del hombre, no consintió su corazón el dejarnos solos en este valle de lágrimas; de suerte que, para no separarse de nosotros por la ausencia de la muerte, quiso permanecer con nosotros en el Santísimo Sacramento del altar, dándonos al mismo tiempo a entender que después de habernos dado este don infinito ya no le quedaba más que darnos para manifestarnos su amor. Explicando CORNELIO ALAPIDE, con el Crisóstomo y Teofilacto, aquellas palabras de San Juan: *Los amó hasta el fin*, se expresa así: «Hasta el fin», es decir, «con amor sumo y extremado» (2). En este Sacramento, Jesucristo hizo el último esfuerzo de amor en favor de los hombres. «Extremó, dice el abad Guérnico,

(1) **Io.**, XIII, 1.

(2) **Comm. in Ioan.**, in h. 1.

en beneficio de sus amigos, todas las fuerzas de su amor». Con más energía se expresan todavía los Padres del Concilio de Trento, los cuales, hablando del Sacramento de la Eucaristía, dicen que JESUCRISTO quiso por este medio como derramar sobre los hombres todos los tesoros y riquezas que su pecho atesoraba (3). Por esto el angélico Doctor tenía sobrada razón para llamar a la Eucaristía «sacramento de amor, prenda de caridad» (4), y SAN BERNARDO, la llamaba «amor de los amores» (5). SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI decía que después de comulgar puede pronunciar el alma aquellas palabras de Cristo: *Consummatum est*, todo está acabado; es decir: Después de haberseme dado en la Comunión, Dios nada más tiene que darme (6). Cierta día preguntó la Santa a una de sus novicias en qué había pensado después de la Comunión. «En el amor de JESÚS», repuso la interpelada. «Sí, replicó la santa, cuando se piensa en el amor, ya no se puede pensar en otra cosa, es necesario detenerse a considerar el amor infinito de Dios» (7).

¡Oh Salvador del mundo!, ¿qué pretendéis alcanzar del hombre llevando vuestra bondad a entregarle por alimento vuestro cuerpo sacratísimo? Después de haberle dado este augusto Sacramento, ¿qué más podéis darle para ganar su amor? ¡Oh Dios amantísimo!, iluminadme y dadme a conocer hasta dónde ha llegado el exceso de vuestra bondad, que os movió a convertiros en alimento de mi alma en la santa Comunión. Ya que Vos os habéis entregado a mí por entero, justo es que yo os consagre mi corazón.

(3) Ses. XIII, c. 2.

(4) Opusc. 58, cap. V y XXV.

(5) Obras, Basilea, 1552, col. 188.

(6) PUCCINI, Vida, Florencia, 1611; p. IV; cap. IV.

(7) EEPARI, S.J., Vida, cap. XLVIII.

Sí, JESÚS mío, a Vos totalmente me entrego; os amo sobre todas las cosas y deseo recibirlos en mi corazón para amarlos con más entrañable amor. Venid, pues, venid con frecuencia a mi alma, para tomar posesión de ella. ¡Dichoso yo si pudiera con verdad exclamar como SAN FELIPE NERI al comulgar por viático, el cual, en los transportes de la alegría, dijo: «He aquí mi amor; he aquí mi amor; dadme mi amor!» (8).

II. El amor movió a Jesucristo a unirse a nosotros en la Comunión. — *El que come mi carne, dice JESUCRISTO, y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él* (9). Dice San Dionisio Areopagita que el amor aspira siempre a unirse con el objeto amado; y porque el alimento se convierte en sustancia del que lo come, por eso quiso Jesucristo convertirse en alimento a fin de que en la Comunión viniésemos a ser con El una misma cosa. *Tomad y comed, dice JESUCRISTO, éste es mi cuerpo* (10). Es como si dijera, nota SAN JUAN CRISÓSTOMO: «Recíbeme en tu pecho, para que entre ambos haya la unión más completa y perfecta» (11). Así como dos pedazos de cera derretidos, añade SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, se unen entre sí de admirable manera, así también entre JESÚS y el alma que comulga se obra tan estrecha unión, que JESÚS está en ella y ella en JESÚS (12). ¡Oh, cuán admirable es tu amor, amadísimo Redentor mío y JESÚS mío, pues a tanto llegó que nos has querido incorporar a tu carne virginal, como dice SAN LORENZO JUSTINIANO, de suerte que tu corazón y

(8) BACCI, *Vida*; l. IV, cap. 1, n. 4.

(9) *Io.*, VI, 57.

(10) *Matth.*, XXVI, 26.

(11) *Hom.* 15, in I *Tim.*

(12) *In Ev. Ioan.*, l. X, n. 2.

el nuestro no formen más que un solo corazón» (13).

«En ninguna otra acción, dice SAN FRANCISCO DE SALES hablando de la Eucaristía, en ninguna otra acción puede considerarse a JESUCRISTO ni más tierno ni más amante que en ésta, en la cual se aniquila, por decirlo así, y se convierte en manjar nuestro deleitoso, para entrar en nuestras almas y unirse estrechamente al corazón de sus hijos» (14). Los ángeles no se atreven a fijar sus miradas en Señor de tan grande majestad; y sin embargo, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO: A El nos unimos hasta quedar hechos un cuerpo y una carne con Cristo.

¿Qué pastor ha habido en el mundo, prosigue diciendo el Santo, que haya alimentado a sus ovejas en su propia sangre? Mas, ¿por qué hablar de pastores? ¡Si hasta la mismas madres buscan nodrizas que amamanten a sus hijos! Esto no lo sufrió el amor de JESUCRISTO, sino que nos une a El y nos alimenta con su propia sangre.» Y añade: «Nos amaba con tan entrañable amor, que El mismo se unió a nosotros para que El y nosotros no fuésemos más que uno: esto es de amadores amantes por todo extremo» (15).

¡Oh amor infinito, digno de infinito amor!; ¿cuándo lograré amaros, JESÚS mío, con el encendido amor que me habéis amado? ¡Oh alimento divino, oh Sacramento de amor!, ¿cuándo alcanzará a cautivarme vuestro amor? De vuestra parte nada habéis perdonado para conseguirlo; pero yo de la mía siempre prometiendo, y nunca comienzo; desde hoy quiero empezar a amaros de veras; pero es menester que me ayudéis con vuestra gracia. Iluminad mi inteligencia, inflamad mi corazón, desprendedme de las cosas de

(13) *De Inc. div. am.*, c. 5. *Obras*, Venecia 1721, p. 621, col. 2.

(14) *Introd. a la vida dev.*, p. 2, c. 21.

(15) *Hom. 60. Hom. 61. Obras*, Venecia 1574.

la tierra y no permitáis que ponga obstáculo a los esfuerzos que hace vuestro amor para ganar el mío. Os amo con todo mi corazón, y por complaceros a Vos, mi vida, mi amor y mi todo, quiero desprenderme de todo. Quiero unirme a Vos con frecuencia en este Sacramento, para despegar mi corazón de todas las cosas y amaros a Vos solo, Dios mío. Espero de vuestra bondad el necesario socorro para llevar a cabo mi deseo.

«Hemos visto a la misma Sabiduría, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, al Verbo eterno, como loco de amor por el excesivo amor que tiene a los hombres» (16). «Porque, ¿no parece insigne locura, como lo hace notar SAN AGUSTÍN, el decir: *comed mi carne, bebed mi sangre?*» (17). ¿Qué más pudiera haber pedido al Criador su criatura? «Este exceso de amor, dice SAN DIONISIO, nos autoriza a decir que el Criador de todas las cosas llevó a tales extremos su amor, que salió fuera de sí», puesto que le obligó a hacerse hombre y alimento de los hombres (18). —Pero, Señor, que esto no conviene a vuestra majestad—. El amor, responde por JESÚS SAN PEDRO CRIÓLOGO, cuando se propone hacer bien y darse a conocer al amado, no busca razones en qué apoyarse, y va, no donde conviene, sino donde le conduce su deseo.

¡Oh JESÚS mío!, ¡cuánto me avergüenzo al recordar mi pasada conducta! Vos, bien infinito, amable sobre toda ponderación y prendado de mi alma, me convidáis con vuestra amistad, y yo he ido en pos de bienes mezquinos y deleznable, y por abrazarme con ellos a Vos abandoné. ¡Oh Dios mío!, descubridme cada vez más la grandeza de vuestra bondad para que

(16) Serm. de Nat. Dom.

(17) In Ps. 33.

(18) De div. Nom., c. IV.

os ame con más entrañable amor y haga cuanto en mi mano esté para agradaros. ¡Oh Señor mío!, ¿quién más hermoso, más bueno, más santo y más agradable que Vos puede pretender mi amor? Os amo, bondad infinita; os amo más que a mí mismo, y quiero vivir sólo para amaros, por ser digno de todo mi amor.

III. Circunstancias en que Jesucristo instituyó la Eucaristía.— Considerando SAN PABLO el tiempo en que nuestro Salvador nos dio el Santísimo Sacramento, don tan grande que, en sentir de CLEMENTE V (19), vence a todos los demás, puesto que, a pesar de ser omnipotente, no puede darnos más, como asegura SAN AGUSTÍN (20), dice el Apóstol: *Cuando los hombres trataban de quitar la vida a Cristo, tomó el pan y, dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo, que será entregado por vosotros* (21). En la misma noche en que los hombres tramaban contra JESUCRISTO para atormentarle y quitarle la vida, pensó nuestro amantísimo Redentor en instituir el Sacramento de la Eucaristía, dándonos a entender que su amor era tan grande, que en vez de entibiarse con tamañas injusticias era entonces más ardiente y generoso.

¡Oh Señor amorosísimo!, ¿cómo habéis podido amar tanto a los hombres que quisisteis permanecer con ellos en la tierra para convertirlos en su alimento, sabiendo que os lo habían de pagar con tanta ingratitud?

Consideremos, además, las ansias vivísimas que tuvo JESUCRISTO durante su vida de que llegase aquella noche memorable en la cual había determinado

(19) Concilio Viennensi. Clementinarum, lib. 3, tit. 16.

(20) LOHNER, Biblioth. concion., tit. 52, 3.

(21) 1 Cor., XI, 23, 24.

dejarnos la prenda inestimable de su amor. Bien se echa esto de ver en las palabras que pronunció al instituir este inefable Sacramento. *Con deseo he deseado, dijo, comer con vosotros esta Pascua* (22). «Voz es ésta, clamor es éste, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, que revelan el amor inmenso que nos tenía» (23). En el corazón de JESÚS se conserva todavía el mismo amor, para corresponder al que le tienen las almas enamoradas de su bondad. «No hay abeja, dijo un día el Señor a Santa Matilde, que con tanta avidez se arroje a libar las flores para hacer la miel como me lanzo yo a las almas que me desean» (24).

¡Oh amante enamorado de las almas!, ¿qué mayores pruebas de amor podíais darme para obligarme a amaros? Gracias, pues, sean dadas a vuestra bondad, ¡Oh JESÚS mío!, unidme estrechamente a vuestro corazón y haced que en adelante os ame con toda la ternura de mi alma. Los otros pueden contentarse amándoos con amor apreciativo y predominante; bien sé que no pedís más; pero yo no me daré por satisfecho sino cuando os ame con todo mi corazón, cuando os ame más que al amigo, al hermano, al padre y al esposo. ¿Cuándo daré yo con un amigo, un hermano, un padre o un esposo que me amen tanto como me amáis Vos, Criador mío, Redentor mío, y Dios mío, que por mi amor habéis dado vuestra sangre y vuestra vida, acabando por entregaros a mí en este Sacramento de amor? Os amo, pues, JESÚS mío, con toda mi alma; os amo más que a mí mismo; lo único que os pido es que me deis la gracia de amaros con más intenso amor.

(22) Luc. XXII, 15.

(23) Obras, Venecia, 1721, p. 229.

(24) P. JUAN LANSPERGIO: *Revelaciones de Santa Matilde*, l. II, cap. IV.

IV. Jesucristo en la Eucaristía pide nuestro amor. — Dice SAN BERNARDO (25) que Dios nos ama con el fin de ganar nuestro amor; y por eso dice nuestro amoroso Salvador que ha venido a la tierra para inflamarla en llamas de caridad (26). ¡Oh, y qué incendios de amor levanta Jesucristo en las almas por medio de este divino Sacramento! El P. FRANCISCO OLIMPIO, religioso teatino, decía que no hay cosa que más inflame nuestros corazones en el amor divino como la santa Comunión (27), y ESIQUIO llama «fuego divino» (28) a JESÚS encerrado en el Sagrario. SANTA CATALINA DE SIENA vio cierto día en manos de un Sacerdote a JESÚS sacramentado bajo la forma de una hoguera de amor y se maravillaba de que el fuego no abrasase a toda la tierra (29). SAN GREGORIO NISENO y el abad RUPERTO decían que el altar es aquella bodega misteriosa de la cual habla la esposa de los Cantares (30) ; allí quedaba embriagada de tal suerte en el amor divino, que se olvidaba de las cosas de la tierra. *Introdújome el Rey, dice la Esposa, en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad. Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor* (31).

¡Oh adorable Sacramento, único amor de mi corazón!, haced que me acuerde siempre de Vos, hasta el punto de que, olvidándome de todo, os ame a vos solo sin tregua ni descanso. Habéis llamado tanto, JESÚS mío, a la puerta de mi corazón, que habéis al

(25) Serm. 83 in Cant., n. 4.

(26) Luc., XII, 49.

(27) JOSE SILOS, *Vida del Venerable*, l. II, cap. V.

(28) *De temperamentia et virtute*, Centuria I, n. 100.

(29) RAIMUNDO DE CAPUA, O. P. *Vida*, p. II, cap. VI, n. 3.

(30) *In Cant. cant.*, l. I.

(31) *Cant.*, II, 4, 5.

fin logrado entrar en él como lo espero; y una vez que habéis tomado posesión de él, arrojad fuera todos los amores que a Vos no vayan dirigidos. Mandad como dueño y señor, de suerte que con toda verdad pueda decir con el Profeta: *¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, oh Dios de mi corazón, Dios, que eres la herencia mía por toda la eternidad?* (32). Vos solo seréis siempre el único Señor de mi corazón, el único dueño de mi voluntad. Vos solo seréis mi herencia y todo mi tesoro en el tiempo y en la eternidad.

El profeta ISAÍAS nos exhorta a publicar por todas partes las amorosas invenciones que ha hecho Dios para ganarse el amor del hombre. *Sacaréis, dice, agua con gozo de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Dad gracias al Señor e invocad su nombre; anunciad a las gentes sus designios* (33). Y ¿qué es lo que ha inventado el Señor para recabar nuestro amor? Clavado en la cruz nos abrió tantas fuentes de gracias cuantas fueron las llagas que abrieron los verdugos en su adorado cuerpo; de suerte que para alcanzar las gracias, basta que se las pidamos con confianza; y no contento con esto, se ha puesto a nuestra disposición en el Santísimo Sacramento.

¡Oh hombre!, exclama SAN JUAN CRISÓSTOMO, ¿por qué eres tan mezquino y regateas el amor a un Dios que «te dio todo sin reservarse nada?» (34). Esto lo ha hecho JESUCRISTO en la Eucaristía, añade SANTO TOMÁS, «nos ha dado todo cuanto es y cuanto tiene» (35). «Aquel Dios inmenso, añade SAN BUENAVENTURA, que no cabe en el mundo, se hace

(32) Ps. LXXII, 25, 26.

(33) Is., XII, 3, 4.

(34) In Mat. hom. 25.

(35) De beat., c. III.

nuestro prisionero» (36) cada vez que por la comunión le hospedamos en nuestro pecho. Este pensamiento sacaba fuera de sí a SAN BUENAVENTURA, el cual, arrebatado en éxtasis de amor, decía; «JESÚS ha querido hacerse huésped inseparable de mi corazón» (37); y puesto que mi Dios se ha puesto al servicio de mi amor, añadía el Santo (38), justo es que yo gaste todas mis fuerzas en servirle y amarle.

Decidme, amadísimo JESÚS mío, ¿qué más podíais hacer para obligarme a amaros? Y ¿habré de proseguir correspondiendo con ingratitud a vuestro amor como hasta aquí? No lo permitáis, Señor; habéis dicho que el que se alimenta de vuestra carne en la Comunión vivirá por la virtud de vuestra gracia. Ya que os dignáis recibirme a vuestra mesa, haced que mi alma viva siempre de vuestra vida; duélome con todo mi corazón de haber menospreciado vuestros favores en lo pasado, y al mismo tiempo os doy gracias porque me dais tiempo de llorar mis ingratitudes y amaros en este mundo. En lo que me resta de vida quiero amaros con todo mi corazón y agradaros cuanto pueda. Socorredme, JESÚS mío, y no me abandonéis; salvadme por vuestros merecimientos y otorgadme la singular merced de amaros en esta y en la otra vida.

¡Oh María Madre mía! no me neguéis vuestra protección y ayuda.

(36) Expl. miss., c. IV.

(37) In dedic. ecl Ser. 2.

(38) In Circ., l. 3, 4.

CAPITULO VI

DEL SUDOR DE SANGRE Y DE LA AGONÍA QUE PADECIÓ JESÚS EN EL HUERTO.

I. Del temor de Jesús en el Huerto. — Luego que nuestro amorosísimo Salvador llegó al Huerto de Getsemaní, quiso dar comienzo a su dolorosa Pasión, dando licencia al temor, a la angustia y a la tristeza, que le acometiesen en tropel con todo género de tormentos y aflicciones. *Comenzó*, dicen los Evangelistas, *a atemorizarse y angustiarse, a entristecerse y contristarse* (1).

Comenzó, pues, por experimentar gran temor de la muerte y de los trabajos que a las pocas horas tendría que padecer. Comenzó a temer, y ¿por qué? ¿No se había ofrecido voluntariamente a pasar por toda suerte de cruces y padecimientos? *¿No fue ofrecido en sacrificio*, como dice Isaías, *porque El mismo lo quiso?* (2). ¿No había suspirado con ansias vivísimas por el tiempo de su Pasión, hasta el punto de decir: *Con gran deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua?* (3). ¿Por qué, pues, atemorizarse en tanto extremo al aproximarse la muerte, que le obligue a pedir a su Padre que le libre de ella, por estas palabras: *Padre mío, si es posible, no me hagas beber*

(1) Marc., XIV, 33; Matth., XXVI, 37.

(2) Is., LIII, 7.

(3) Luc., XXII, 15.

este cáliz? (4). «Pide que pase este cáliz para darnos a entender que era verdadero hombre», dice SAN BEDA, el Venerable (5). Dispuesto estaba nuestro amantísimo Redentor a morir por nosotros, para manifestarnos con su muerte el amor que nos tenía; mas a fin de que los hombres no creyeran que había tomado cuerpo fantástico, como lo soñaron más tarde algunos herejes, o bien que en virtud de su dignidad, había muerto sin experimentar dolor alguno, dirigió esta oración a su Eterno Padre, no para que la despachase favorablemente, sino para darnos a entender que moría como hombre y con gran temor de la muerte y de los dolores que la habían de acompañar.

¡Oh amabilísimo JESÚS mío!, quisisteis quedaros con nuestro temor, para comunicarnos la fortaleza necesaria de soportar los trabajos de la vida. Que todas las generaciones os bendigan por tanta piedad y tanto amor, y que todos los corazones de los hombres os amen tanto como Vos lo deseáis y merecéis.

II. De la amargura de Jesús en el Huerto. — Comenzó después a experimentar grande amargura por los trabajos que le aguardaban. Cuando sentimos algún disgusto, las mismas alegrías se convierten en amargos sinsabores. ¡Qué angustias, y qué pesares, por consiguiente, no debieron atormentar a Jesucristo al ver en espíritu el horrible aparato de tormentos interiores y exteriores que tan cruelmente habían de martirizar su alma benditísima y su sagrado cuerpo! Entonces pasaron por su imaginación todos los dolores que debía sufrir: las burlas y sarcasmos de judíos y romanos, las injusticias que habían de cometer los

(4) *Matth.*, XXVI, 38.

(5) *In Marc.*, 14.

jueces de su causa y, sobre todo, la muerte cruel e ignominiosa que le aguardaba, siendo en ella abandonado de todos, de Dios y de los hombres, sumergido en un mar de dolores y de menosprecios. Todo este tropel de ignominias le arrancó aquel grito de angustia con el cual pidió auxilio a su Eterno Padre. ¡Oh JESÚS mío, os compadezco en vuestros dolores, os doy gracias y os amo!

En esto, dice SAN LUCAS, se le apareció un ángel del cielo, confortándole (6). «Esta ayuda y socorro, dice SAN BEDA, lejos de mitigar, le aumentó el dolor». En efecto, el ángel le alentó a padecer todavía más por la gloria de Dios y por el alma del hombre.

¡Amado Señor mío!, ¡cuántos sudores os costó este primer combate! En el decurso de vuestra Pasión, los azotes, las espinas y los clavos os atormentaron cada cual a su tiempo; pero en el Huerto los dolores de toda vuestra Pasión os asaltaron en tropel para atormentaros y afligiros; y los aceptasteis todos por mi amor y para mi provecho. ¡Oh Dios mío!, ¡cuánto me pesa de haber menospreciado vuestro amor y haber contrariado mi voluntad por ir en pos de mis emponzoñados placeres! Hoy los detesto como el mayor de los males y de todo corazón me arrepiento por haberos ofendido. JESÚS mío, perdonadme.

III. De la tristeza de Jesús. — Junto con el temor y la amargura asaltó indecible tristeza y aflicción de espíritu. Pero, Señor, ¿no sois Vos el que tanta alegría comunicó a vuestros mártires, que llegaron hasta despreciar los tormentos y la muerte? SAN VICENTE, según el testimonio de San Agustín, al ser martirizado, conversaba con tanta alegría, que, al parecer, uno era

(6) Luc., XXII, 43.

el que hablaba y otro el que sufría (7). Tendido SAN LORENZO sobre las parrillas, era tanto el gozo interior que experimentaba su alma, que, desafiando las iras del verdugo, le decía: «Vuélveme y come.» Y Vos, JESÚS mío, que inundasteis de alegría el corazón de vuestros mártires, ¿quisisteis padecer en vuestra Pasión tan grandes tristezas y amarguras?

¡Oh JESÚS mío!, alegría del Paraíso, que colmáis de gozo al cielo y a la tierra!, ¿por qué os veo ahora tan triste y afligido?, ¿por qué decís que vuestra alma siente las agonías de la muerte? ¿Por qué, Redentor mío, por qué?... Ya lo comprendo; no fueron tantos los dolores de vuestra Pasión como los pecados de los hombres, y los míos más en particular, los que os causaron angustias mortales.

IV. La causa principal de las agonías de Cristo. — El Verbo divino, amando a su Padre infinitamente, aborrecía el pecado, por conocer bien su malicia, con infinito aborrecimiento. Y para desterrar el pecado del mundo, y para que no fuese ultrajada la majestad de su Padre, bajó del cielo a la tierra y se hizo hombre, dispuesto a sufrir una muerte cruel e ignominiosa. Pero al entender que después de su trabajo y desvelos se habían de cometer tantos pecados en el mundo, este dolor, en concepto de SANTO TOMÁS (8), venció en intensidad y sentimiento al dolor que experimentaron todos los penitentes de sus propias culpas, y sobrepujo todas las congojas que pueden atormentar el corazón humano. La razón es clara: porque el sufrimiento en el hombre va siempre mezclado con algún

(7) Serm. 275, de San Vicente, n. 1.

(8) P. 3, g. 46, a. 6, ad 4.

alivio y consuelo, mientras que el dolor de JESÚS fue puro, sin ningún refrigerio ni lenitivo (9).

¡Ah!, si yo os amase, JESÚS mío, si yo os amase, me bastaría considerar lo mucho que por mí habéis padecido, para que se me tornasen agradables y llevaderos todos los dolores y los oprobios y molestias del mundo. Inflamadme en vuestro santo amor, a fin de que sufra con alegría, o a lo menos con paciencia, los pocos trabajos que me enviéis. No permitáis que me sorprenda la muerte antes que pueda manifestaros mi agradecimiento por las muchas finezas de vuestro amor. En todas las tribulaciones que me sobrevengan, mi deseo será repetiros sin cesar: Jesús mío, abrázome con estas penas y trabajos para manifestaros mi amor; quiero sufrir para agradeceros y complaceros.

Nos habla la historia de muchos penitentes que, iluminados por la luz divina, llegaron a comprender la malicia de sus pecados, muriendo en el acto de puro dolor. Ahora bien, ¿quién acertará a entender las angustias que acosaron al corazón de JESÚS al pasar por delante de sus ojos todos los pecados del mundo, todas las blasfemias y sacrilegios, todas las deshonestidades y mil otros géneros de culpas que se habían de cometer en el mundo después de su afrentosa muerte? Pues bien, todos estos crímenes, a manera de bestias feroces, se lanzaron sobre el corazón de JESÚS, para despedazarlo y consumirlo. Por esto nuestro amorosísimo Redentor, en las tristezas y agonías del Huerto, exclamaba: ¿Conque es éste, ¡oh mortales!, el pago que vais a dar al amor infinito que estoy demostrando? ¡Ay, si yo advirtiese que para responder a mi cariño aborrecierais el pecado y comenzaseis a amarme, ¡con cuánto gozo y alegría me lanzaría a la muerte por vosotros!

(9) Contenson, L. 10, d. 4, c. 1, sp. 1.

Pero considerar que a mis muchas fatigas habéis de responder con pecados, y al advertir que mi entrañable amor ha de tener por recompensa la más negra ingratitud, esto es, lo que me da congojas de muerte, esto es lo que me hace sudar viva sangre. Por esto dice el Evangelista: *Y vínole un sudor como de gotas de sangre, que chorreaba hasta el suelo* (10). Este sudor de sangre, fue tan copioso, que, según SAN LUCAS, tiñó primero los vestidos de JESÚS y después regó la tierra en abundancia.

¡Oh amorosísimo JESÚS!, en el Huerto yo no veo los azotes, ni las espinas, ni tampoco los clavos, que rasguen vuestra carne sacrosanta; pues, ¿cómo os veo bañado en sangre desde la cabeza hasta los pies? ¡Ah!, es que mis pecados fueron la prensa cruel que, a puros pesares y tristezas, hicieron brotar de vuestro Corazón sangre en tanta abundancia; es que yo entonces fui uno de vuestros más crueles verdugos, contribuyendo con mis pecados a atormentaros con bárbara crueldad. Bien lo sé, JESÚS mío: si yo hubiera pecado menos, menos hubierais tenido que padecer, de suerte que vuestros dolores se acrecentaron en aquella sazón al compás de los placeres que gusté al ofenderos. ¿Cómo, pues, no muero de dolor al entender que he pagado el amor que me habéis manifestado en vuestra Pasión contribuyendo a vuestros pesares y agonías? ¿Cómo he tenido valor para atormentar un corazón tan amante, que me ha dado tantas pruebas de amor? Ya que no puedo proporcionaros mejor consuelo que arrepintiéndome de haberos ofendido, me arrepiento, JESÚS mío, y detesto mis pecados de todo corazón. Dadme un dolor tan vivo y tan intenso, que me haga

(10) Luc., XXII, 44.

llorar hasta el fin de mi vida los disgustos que os he dado a Vos, mi Dios, mi amor y mi todo.

V. De la oración de Jesús en su agonía. — *Y se postró JESÚS en tierra caído sobre su rostro (11).* Sintiéndose el Señor con el peso de todos los pecados del mundo, se postró en tierra para rogar por los hombres, como si se avergonzase de levantar los ojos al cielo, al considerar que pesaban sobre El tantos crímenes.

¡Oh Redentor mío!, os veo transido de dolor, con el rostro cubierto de mortales agonías, y no os cansáis de orar (12). Decidme, Señor, ¿por quién rogáis? Entonces no tanto rogabais por Vos como por mí ofreciendo al Padre Eterno vuestras eficacísimas oraciones, unidas a vuestros dolores, para alcanzarme el perdón de mis pecados. *El cual, en los días de su carne mortal, como dice SAN PABLO, ofreciendo plegarias y súplicas con grande clamor y lágrimas a Aquel que Podía salvarle de la muerte, fue oído en vista de la piedad filial con que obedecía a su Padre (13).* ¡Oh Redentor mío!, ¿cómo habéis podido amar con tan entrañable amor al que tanto os ha ofendido?, ¿cómo habéis podido soportar por mí tantos trabajos, previendo como preveíais las ingratitudes con que os había de responder?

¡Oh afligido Señor mío!, dadme parte en los dolores que entonces sufristeis por mis pecados; los detesto en este instante y uno este aborrecimiento al que experimentasteis en vuestra agonía. Olvidaos, Salvador mío, de mis pecados; porque hasta el infierno

(11) Matth., XXVI, 39.

(12) Luc., XXII, 43.

(13) Hebr., V, 7.

sería poco para expiarlos; acordaos solamente de las penas que por mí sufristeis. ¡Oh JESÚS, amor mío! Vos sois todo mi amor y toda mi esperanza; os amo, Señor, con toda mi alma y quiero amaros siempre. Por los méritos del tedio y de la tristeza que experimentasteis en el Huerto de Getsemaní, dadme fervor y alientos para emprender todo lo que entienda ser de vuestra gloria. Por los merecimientos de vuestra agonía, esforzad mi alma para que resista a todas las tentaciones de la carne y del infierno; dadme la gracia de encomendarme siempre a Vos y de repetir siempre: *Cúmplase vuestra voluntad y no la mía* (14). Amén.

(14) Marc., XVI, 36.

CAPITULO VII

DEL AMOR QUE JESÚS NOS HA MANIFESTADO SU- FRIENDO TANTOS MENOSPRECIOS DURANTE SU PASIÓN.

I. Jesús abandonado de todos. — Dice BELARMINO que los corazones nobles y generosos son más sensibles a los menosprecios e ignominias que a los dolores del cuerpo (1); porque si éstos martirizan la carne, aquéllos atormentan el alma; y así como el alma vence en nobleza y dignidad al cuerpo, así también siente más las penas y trabajos. Ahora bien, ¿quién podría imaginarse que el más augusto personaje del cielo y de la tierra, que el Hijo de Dios, al venir al mundo para hacerse hombre por amor a los hombres, fuese tratado con tanta vileza e inhumanidad como si fuese el último y el más infame de todos los mortales? *Nosotros le hemos visto despreciado*, dice ISAÍAS, *y tratado como el desecho de los hombres* (2). El monje HERVEO afirma que Jesucristo quiso padecer en su Pasión tantas deshonras y afrentas, que llegó hasta los últimos límites de la humillación (3).

¡Oh Señor de todo el universo!, a pesar de ser el rey más poderoso del mundo, habéis querido ser el

(1) *De gemitu columbae*, l. 2, cap. III.

(2) *Is.*, LIII, 2.

(3) *In Phil.*, 2.

más despreciado de todos los hombres, para enseñarme a amar los desprecios. Ya que habéis querido por mi amor sacrificar vuestra honra, estoy dispuesto a padecer por vuestro amor las afrentas que reciba.

¿Qué género de afrentas dejó de padecer JESUCRISTO durante su Pasión dolorosa? Hasta sus mismos discípulos le abandonaron y afrentaron: uno de ellos le hizo traición y lo vendió por un puñado de dinero; otro renegó de El varias veces y afirmó públicamente que no lo conocía, confesando de este modo que se avergonzaba de haberle antes conocido; los demás discípulos, al verle preso y maniatado, huyeron y le abandonaron; pues, como dice SAN MARCOS: *Entonces sus discípulos, abandonándole, huyeron todos* (4).

¡Oh menospreciado JESÚS mío!, ¿quién sacará la cara por Vos, si desde el momento que os ven preso vuestros mejores amigos huyen y os abandonan? ¡Ah, Dios mío!, que tan grande deslealtad no acabó con vuestra Pasión. ¡Cuántos hay que después de haber entrado a vuestro servicio, y haber sido favorecidos con abundantes gracias y muy señalados favores, os dejan y os abandonan por viles intereses, por respetos humanos, por emponzoñados placeres! El que se halle en la cuenta de estos ingratos, que diga con lágrimas de arrepentimiento: Perdonadme, ¡amadísimo Jesús mío!, que ya no volveré a ofenderos; antes prefiero perder mil veces la vida que perder vuestra gracia, Dios mío, mi amor y mi todo.

II. Prisión de Jesus. — Judas, al llegar al Huerto con una compañía de soldados, se adelanta, abraza a su Maestro y le besa. JESÚS lo consiente; pero, conociendo su pérfido intento, se queja amorosamente

(4) Marc., XIV, 50.

a Judas y le echa en cara su traición, diciéndole: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* (5). Entonces la chusma vil que acompañaba a Judas se lanzó contra JESÚS y le ató como a un malhechor. *Y los ministros de los judíos, dice SAN JUAN, prendieron a Jesús y lo ataron* (6).

Pero... ¿qué es lo que veo? ¡Un Dios maniatado! Y ¿por quién? Por unos gusanos de la tierra salidos de las manos del mismo Dios. Angeles del Paraíso, ¿qué decís? Y Vos, JESÚS mío, ¿cómo permitís que os aten las manos? «¡Oh Rey de reyes y Señor de los que dominan!, os diré con SAN BERNARDO, ¿qué tienen que ver las cadenas de los esclavos y de los malhechores con Vos, que sois el Santo de los santos?» (7).

Pero si el atrevimiento de los hombres llega a tanto, ¿por qué no rompéis las ataduras y os libráis de los tormentos y de la muerte que os preparan? ¡Ah, ya lo entiendo, Señor, ya lo entiendo; no son tanto las ligaduras como vuestro acendrado amor el que os tiene maniatado y os arrastra a padecer y morir por nosotros. «¡Oh caridad inefable, exclama SAN LORENZO JUSTINIANO, sólo tú has tenido poder bastante para atar a todo un Dios y conducirlo a la muerte por el amor del hombre!» (8).

III. Jesús, conducido al palacio de Caifás. — «Mira, cristiano, dice SAN BUENAVENTURA, a aquellos perros rabiosos, que hacen presa en el mansísimo Cordero, el cual les sigue sin hacer resistencia alguna; el uno le coge, el otro le ata las manos, éste le da em-

(5) Luc., XXII, 48.

(6) Io., XVIII, 12.

(7) De Pass., c. 4.

(8) Ling. vit de Car., c. 6.

pellones, aquél le hiere» (9). Así, maniatado nuestro dulcísimo Salvador, es conducido prisionero a la casa de Anás y después al palacio de Caifás. Este malvado Pontífice le hizo preguntas relacionadas con sus discípulos y con la doctrina que había predicado; a las preguntas respondió Cristo diciendo: «que no había hablado en secreto, sino a la faz del mundo; y que muchos de los que estaban allí presentes podían decirle lo que había enseñado» (10). Al oír esta respuesta tan comedida, *uno de los asistentes dio una bofetada a JESÚS, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice?* (11). «Angeles del cielo, exclama SAN JERÓNIMO, ¿por qué calláis? ¿Es que la paciencia inefable de vuestro Rey os corta el habla y os hace enmudecer?» (12).

¡Oh JESÚS mío!, respuesta tan justa y moderada, ¿pudo jamás pagarse con tan grande afrenta en presencia de gente tan calificada? El indigno Pontífice, lejos de castigar la audacia del indigno ministro, la alaba o a lo menos le da muestras de aprobación; y Vos, Señor mío, pasáis por todo a trueque de expiar los ultrajes que con mis pecados hice a la Majestad divina. Gracias, JESÚS mío, gracias. Eterno Padre, perdonadme por los méritos de JESUCRISTO.

Luego el indigno Pontífice le preguntó si realmente era Hijo de Dios. *Yo te conjuro de parte de Dios vivo,* le dijo, *que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios* (13). JESUCRISTO, por respeto al nombre de Dios, contestó afirmativamente. A tal respuesta, el Sumo Sacerdote rasgó las vestiduras, diciendo que

- (9) **Med. v. Ch.**, c. 75.
- (10) **Io.**, XVIII, 20, 21.
- (11) **Ib.**, 22.
- (12) **Hom.** 83, n. 3.
- (13) **matth.**, XXVI, 63.

había blasfemado; y todos los allí presentes a una voz gritaron: *Reo es de muerte* (14).

Con razón, JESÚS mío, con razón os declararon reo de muerte, una vez que habéis tomado el encargo de expiar mis pecados, que me habían condenado a muerte eterna; pero ya que con vuestra muerte me habéis dado la vida, justo es que la emplee en vuestro servicio y, si fuera menester, la pierda por vuestro amor. No quiero ya vivir para satisfacer mis caprichos y antojos, sino para amaros con todo mi corazón. Ayudadme con vuestra gracia.

IV. Jesús, escupido y abofeteado. — *Luego comenzaron a escupirle en la cara y a maltratarle a puñadas* (15). Después de haberle proclamado reo de muerte, la soldadesca, considerando a Cristo como hombre infame y condenado al suplicio, pasó toda la noche dándole bofetadas y puntapiés, mesándole la barba y también afeando su rostro con inmundas salivas. Mofándose de El llamándole falso Profeta y diciéndole: *Cristo, profetízanos, adivina, ¿quién te ha herido?* (16). Todo lo que le estaban diciendo, lo había profetizado el Señor por ISAÍAS: *Entregué mis espaldas a los que me azotaban, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no oculté mi rostro a los que me escarnecían y escupían* (17). El devoto TAULERO asegura haber leído en San Jerónimo que la sacrílega orgía de aquella horrible noche sólo se conocerá en todos sus pormenores en el día del juicio final (18).

(14) *Ib.*, 66.

(15) *Ib.*, 67.

(16) *Ib.*, 68.

(17) *Is.*, L. 6.

(18) *Meditaciones sobre la Vida y Pasión de Jesucristo*, cap. XVII.

Hablando SAN AGUSTÍN de las ignominias padecidas por Cristo, dice: «Si esta medicina no cura la hinchazón de nuestra soberbia, no acierto a dar con otro remedio» (19).

¡Oh JESÚS mío!, ¿cómo siendo Vos tan humilde soy yo tan soberbio? Iluminadme, Señor, dadme a entender quién sois Vos y quién soy yo.

Entonces le escupieron en el rostro. ¿Puede darse mayor género de afrenta que escupir a uno en el rostro? «Al último de los ultrajes, dice ORÍGENES, pertenece el recibir esputos» (20). ¿Dónde, en efecto, se suelen arrojar los esputos sino en los más inmundos lugares? Y Vos, JESÚS mío, ¿toleráis que se os escupa en la cara? Aquellos malvados os maltratan dándoos bofetadas y puntapiés; os injurian escupiéndooos en el rostro y prodigándoos toda suerte de afrentas, ¿y calláis?, ¿y no les amenazáis? No porque, como dice el Apóstol (21), *cuando le maldecían no retornaba maldiciones, cuando le atormentaban, no prorrumpía en amenazas, antes se ponía en manos de aquel que injustamente le sentenciaba.* Como cordero inocente, humilde y lleno de mansedumbre, lo sufría todo sin proferir una queja, ofreciéndolo al Eterno Padre para alcanzar el perdón de nuestros pecados. Ya lo dijo ISAÍAS: *Guardaré silencio sin abrir siquiera su boca, como el cordero que está mudo delante del que le esquila* (21). Meditando cierto día Santa Gertrudis sobre las afrentas que recibió JESUCRISTO en su Pasión, comenzó a alabarle y bendecirlo, cosa que agradó en extremo al Señor, pues le dio rendidas y amorosas gracias.

(19) Serm., 77.

(20) In Matth., tr. 35.

(21) Petr., I, II, 23.

¡Oh Señor mío ultrajado! Vos sois el Rey del cielo y el Hijo del Altísimo; lejos de merecer vilipendios y afrentas, sois digno de que todas las criaturas os adoren y bendigan. Yo os adoro, pues, os bendigo y os doy gracias; os amo con todo mi corazón y me arrepiento de haberos ofendido. Ayudadme, tened compasión de mí.

V. Jesús, tratado como loco. — A la mañana siguiente los judíos conducen a JESUCRISTO a la presencia de Pilatos, exigiéndole que lo condene a muerte. Pilatos, sin embargo, lo declaró inocente, diciéndoles: *Yo no hallo delito alguno en este hombre* (23). Y para librarse de las molestias de los judíos, que seguían pidiendo la muerte del Salvador, lo envió a Herodes, quien se holgó mucho de ver a JESÚS en su presencia, esperando que para librarse de la muerte haría uno de tantos prodigios que la fama pregonaba del insigne taumaturgo; con este fin le puso muchas preguntas. Mas JESÚS, que no pretendía librarse de la muerte, y ni creía digno a aquel rey malvado de escuchar sus respuestas, calló y no le contestó. Entonces el soberbio rey, con todos los de su séquito, lo despreció, y para burlarse de él lo vistió de ropa blanca, y lo volvió a enviar a Pilatos (24). «Y burlándose de Él como si fuera un loco, dice el CARDENAL HUGO, lo cubrió con blanca vestidura». Y SAN BUENAVENTURA añade: «Lo despreció como a impotente, porque no hizo ningún milagro; como a ignorante, porque no respondió palabras; y como a estúpido, porque no se defendió» (25).

(22) Is., LIII, 7.

(23) Luc., XXIII, 4.

(24) Luc., XXIII, 11.

(25) Com. in Luc. XXIII, 11, c. 23, n. 13.

¡Oh Sabiduría eterna!, ¡oh Verbo divino!; ¡sólo os faltaba la ignominia de pasar por loco y falto de razón! ¡Tanto os apretaba el afán de salvarnos, que por amor nuestro quisisteis, no sólo ser vituperado, sino saciado de oprobios y maldiciones! Ya lo profetizó JEREMÍAS: *Presentará su mejilla al que le hiriere, y le hartarán de oprobios* (26). Y ¿cómo llega a tanto vuestro amor por los hombres cuando en correspondencia sólo recibís de ellos desprecios e ingratitudes? Pero, ¡ay!, que yo soy uno de estos ingratos, que os he ultrajado tanto o más que Herodes; pero JESÚS mío, no me castigéis como a Herodes privándome de oír la voz de vuestras divinas inspiraciones. Herodes no quiso reconocer vuestra divina Majestad, yo confieso que sois mi Dios; Herodes no os amaba, yo os amo más que a mí mismo; no me privéis, pues, de oír la voz de vuestras inspiraciones, como lo tengo merecido por las ofensas que os he causado. Decid qué es lo que de mí queréis, puesto que con el auxilio de vuestra gracia estoy dispuesto a llevarlo a cabo.

VI. Jesús, pospuesto a Barrabás, recibe otras afrentas. — JESÚS fue de nuevo presentado a Pilatos, y el gobernador lo presentó al pueblo para preguntarle a cuál de los dos quería que librase en aquella Pascua: a JESÚS o a Barrabás, el homicida. El pueblo, a gritos, contestó: *No a éste, sino a Barrabás* (27). Replicóles Pilatos: *¿Pues qué he de hacer con Jesús?* Dicen todos: *Sea crucificado*. Y el Presidente: *Pero, ¿qué mal ha hecho?* Mas ellos comenzaron a gritar diciendo: *Sea crucificado* (28). ¡Ay, Dios mío!, que la mayor parte

(26) Thr., III, 30.

(27) io., XVIII, 40.

(28) Matth., XXVII, 22.

de los hombres prosiguen hoy gritando: no a éste, sino a Barrabás, cada vez que menosprecian a Cristo por un placer carnal, por puntillos de honra, por un desahogo de cólera.

¡Oh Señor mío!, bien sabéis que hubo un tiempo en que os causé la misma injuria, cuando preferí seguir mis gustos, mil veces malditos, a vuestra gracia. Perdonadme, JESÚS mío, que ya estoy arrepentido del mal que hice en lo pasado, y en lo por venir Vos seréis preferido en esto. Os amo y os quiero más que a todas las cosas del mundo, y antes que abandonaros prefiero perder mil veces la vida. Dadme la santa perseverancia; no me neguéis vuestro santo amor.

Más adelante hablaremos de los ultrajes que recibió JESUCRISTO hasta que acabó su vida en el Calvario; pues, como dice SAN PABLO: *Sufrió en la cruz, sin hacer caso de la ignominia* (29). Entretanto consideremos con qué exactitud se cumplió en nuestro amoroso Redentor lo que predijo el Salmista por estas palabras que puso en sus labios: *Soy un gusano, y no un hombre; y el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe* (30). Y llegó a morir deshonorado, ajusticiado en un patíbulo a manos de verdugo, y colocado entre dos malhechores, para que *fuese confundido con los facinerosos*, como predijo ISAÍAS (31).

¡Oh Señor!, exclama SAN BERNARDO, Vos el más noble de todos los príncipes, comparado con los hombres más villanos; Vos, el Soberano de excelsa Majestad, envilecido; Vos, la gloria de los ángeles, trocado en oprobio de los hombres» (32). «¡Oh gracia

(29) Hebr., XII, 2.

(30) Ps. XXI, 7.

(31) Is., LIII, 12.

(32) Serm. de Pass. n. 3.

y fortaleza del amor divino, prosigue diciendo SAN BERNARDO, que el soberano Señor de todo lo criado se haya humillado hasta ocupar el último lugar! Y ¿quién ha logrado esto? Lo ha conseguido el amor» (33); el amor que Dios tiene a los hombres; con lo cual quiere manifestarles que les ama, y que, a su ejemplo, deben sufrir con paz y alegría los desprecios y las injurias. *Cristo padeció por nosotros*, dice SAN PEDRO, *dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas* (34). Como le preguntase a San Eleázaro su esposa cómo podía llevar sufriendamente tantas injurias como le hacían, respondió: «Póngome a considerar los desprecios que por mí padeció JESUCRISTO, y comparando mis afrentas con las tuyas, veo que las mías son nada comparadas con las que El, siendo Dios, padeció por mí» (35).

¡Oh JESÚS mío!, ¿cómo en presencia de un Dios tan ultrajado por mi amor no sé sufrir por el vuestro el más pequeño desprecio? ¡Ser a la vez pecador y soberbio! Y ¿de dónde, JESÚS mío, puede proceder esta soberbia? Por los méritos de vuestros desprecios sufridos por mí, dadme la gracia de sufrir con paciencia y alegría las injurias y afrentas que reciba. Ayudado de vuestra gracia, propongo de hoy en adelante no lamentarme de mi suerte, y aceptar con rostro alegre todas las injurias que me hagan. Cuando tuve el atrevimiento de menospreciar vuestra majestad infinita, otro género de afrentas merecía yo, las afrentas que padecen los condenados en el infierno. Amadísimo Redentor mío, abrazándoos con tantos menosprecios por mi amor, me habéis tornado dulces y amables

(33) Serm. 64.

(34) Petr., II, 21.

(35) WADINGO, *Anales minorum*, año 1319, n. 5.

las mayores ignominias. Para agradaros y complaceros, propongo hacer todo el bien posible al que me desprecie; o a lo menos hablar bien de él y tenerlo presente en mis oraciones. Desde ahora os ruego que colméis de gracias a todos los que me han injuriado. Os amo, bondad infinita, y quiero siempre amaros cuanto pueda. Amén.

CAPITULO VIII

DE LA FLAGELACIÓN DE JESUCRISTO.

I. La flagelación, monstruosa injusticia. — Entremos en el pretorio de Pilatos, convertido un día en horrendo teatro de las ignominias y de los dolores de JESUCRISTO, y veamos cuán injusto, ignominioso y cruel fue el suplicio que padeció el Salvador del mundo.

Viendo Pilatos que los judíos proseguían amotinándose contra JESÚS, el juez, con notoria injusticia, lo condenó a ser azotado. *Tomó entonces Pilatos a JESÚS y mandó azotarle* (1). Pensó el inicuo juez que con este bárbaro proceder se granjearía el Salvador la compasión de sus enemigos, y lograría por este medio librarse de la muerte. *Así que después de castigarlo, dijo, le daré por libre* (2). Era la flagelación castigo propio de esclavos, y nuestro amoroso Redentor, como lo advierte SAN BERNARDO, quiso no sólo tomar forma de esclavo, para sujetarse a la voluntad de otro, sino también la forma de un esclavo rebelde y malvado, para ser castigado con azotes y pagar la pena que los hombres merecían por haberse hecho esclavos del pecado (3).

¡Oh Hijo de Dios y amante apasionado de mi alma!, ¿cómo es posible que siendo Vos Señor de ma-

(1) Io., XIX, 1.

(2) Luc., XXIII, 22.

(3) Serm. de Pass. n. 10.

jestad infinita hayáis podido amar con tan entrañable amor a una criatura tan vil e ingrata como yo soy, y que hayáis padecido tantos trabajos para librar-me de lo que mis pecados merecían? ¡Un Dios azotado!... Esto de sufrir el Señor el más pequeño golpe debiera sorprendernos más que si en un momento fueran destruidos y aniquilados todos los ángeles y todos los hombres. ¡Oh JESÚS mío!, perdonadme mis pecados y después castigadme como os agrade. Con que Vos me améis y yo os ame, me doy por contento y estoy dispuesto a obedecer todos los trabajos que me sobrevinieren.

II. La flagelación, suplicio ignominioso. — Luego que hubieron llegado al Pretorio, los verdugos mandaron a JESÚS despojarse de sus vestidos, y nuestro amoroso Redentor, según fue revelado a Santa Brígida, se desnudó por sí mismo, se abrazó a la columna y alargó las manos para que le maniataran (4). ¡Oh Dios mío!, ya comienza el suplicio cruel. ¡Angeles del cielo!, venid a presenciar esta dolorosa escena; y si no podéis librar a vuestro augusto Rey del bárbaro ultraje que los hombres le preparan, venid, al menos, a llorar conmigo de compasión.

Y tú, alma mía, figúrate que te hallas presente al terrible suplicio de tu amable Redentor; mira a tu afligido Jesús con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el suelo por la vergüenza que le causa el singular tormento que le aguarda; mira a los bárbaros verdugos que, como perros rabiosos, se lanzan armados de látigos sobre el inocente Cordero; mira cómo uno le hiere en el pecho, otro le azota las espaldas, otros des-

(4) Revelaciones, Colonia, 1628, l. IV; cap. LXX.

cargan sus látigos sobre las piernas y costados, sin que su cabeza sagrada y su divino rostro se vean libres de los golpes. La sangre de JESÚS corre por todas partes, quedando bañados en sangre divina los azotes, las manos de los verdugos, la columna y hasta la tierra. «Hiérenle, exclama llorando SAN LORENZO JUSTINIANO; los azotes despedazan todo su cuerpo; unas veces alcanzan sus piernas, otras cruzan sus espaldas, añadiendo a unas heridas otras heridas, y llagas más crueles a la primeras llagas» (5).

¡Verdugos crueles!, ¿qué estáis haciendo? Deteneos, deteneos; mirad que andáis equivocados; mirad que este hombre a quien atormentáis es inocente y santo; el culpable soy yo; yo, que he pecado, soy merecedor de los azotes y de los demás suplicios. —Pues qué, ¿os hacéis sordos a mis ruegos? —Padre Eterno, ¿cómo podéis tolerar tan grande injusticia?; ¿cómo podéis ver a vuestro amadísimo Hijo padeciendo tan fieros tormentos sin socorrerlo? ¿Qué delito ha cometido para merecer castigo tan cruel y vergonzoso?

Le he herido para expiar las maldades de mi pueblo (6). Bien sé, dice el Eterno Padre, que mi Hijo es inocente; mas ya que se ha ofrecido a satisfacer a mi justicia por los pecados de todos los hombres, conviene que le abandone al furor de sus enemigos.

¡Oh adorable Salvador mío!, para expiar nuestros pecados y, sobre todo, los pecados de impureza, que son los más frecuentes entre los hombres, habéis querido ver despedazada vuestra carne purísima. ¿Quién, pues, no exclamaría con SAN ANSELMO: «¡Oh inefable caridad del Hijo de Dios para con los pecadores!» (7).

(5) De Tr. Chr. Ag. c. XIV.

(6) Is., LIII, 8.

(7) Orationes 2.

¡O JESÚS mío azotado!; gracias os doy por tanto amor, y deploro que mis pecados hayan contribuido a hacer más cruel el suplicio de vuestra flagelación. Detesto, JESÚS mío, todos mis culpables placeres, que tantos dolores os han causado. ¡Cuántos años ha que debiera estar ardiendo en el infierno! ¿Por qué, Señor, me habéis esperado con tanta paciencia? Para que vencido al fin de las finezas de vuestro amor, me entregara a Vos, abandonando el pecado. Amado Redentor mío, no quiero resistir por más tiempo a vuestro cariño; en adelante quiero amaros con toda la ternura de mi corazón. Pero ya conocéis mi debilidad, que bien la están pregonando mis pasadas traiciones; por eso os suplico que me desprendáis de todos los afectos terrenos que me impiden el ser enteramente vuestro. Recordadme con frecuencia el amor que me habéis tenido y lo negligente que he sido en corresponder a vuestro amor. En Vos, Dios mío, mi amor y mi todo, deposito toda mi esperanza.

«Ya corre la sangre divina, exclama SAN BUENAVENTURA; a las llagas se añaden otras llagas, y a las heridas otras nuevas» (8). Sin embargo, aquellos bárbaros verdugos no se cansan, cumpliéndose lo que dijo el Profeta: *y aumentaron más y más el dolor de mis llagas* (9). Los azotes ya no sólo desgarran los miembros del Salvador, sino que le arrancan pedazos de carne que van a caer a lo lejos.

Finalmente, las carnes sacrosantas de Cristo que daron tan desgarradas y deshechas, que a través de las heridas, dice un piadoso escritor, se le podían contar los huesos (10), y CORNELIO ALAPIDE añade: que

(8) *Med. V. Chr.*, c. 76. *Obras*, Lyon, IV, p. 387; año 1668.

(9) *Ps. LXVIII*, 27.

(10) *CONTENSON*, L. X, d. 4, c. 1.

Jesucristo debía naturalmente perder la vida en este suplicio; pero que la virtud divina alentó su natural flaqueza a fin de que pudiera sufrir mayores tormentos por nuestro amor, que es lo que ya había dicho SAN LORENZO JUSTINIANO (11).

¡Amadísimo Señor mío!, digno de infinito amor, ya que habéis padecido tanto para ganaros mi corazón, no permitáis que en vez de amaros torne a ofenderos e injuriaros. ¿Qué tormentos serían para mí bastantes en el infierno, si después de haber conocido el amor que me tenéis, miserablemente me condenase por haber ofendido a un Dios que por mi amor se ha dejado ultrajar, abofetear y azotar, y que, no obstante haberle ofendido tantas veces, me ha perdonado con tan inefable piedad? No lo permitáis, Jesús mío, no lo permitáis, porque el amor y la paciencia que conmigo habéis ejercido, sería para mí en el infierno un suplicio más cruel y espantoso.

III. La flagelación, suplicio cruel. — La flagelación de nuestro Redentor fue un tormento harto cruel. Primeramente fueron muchos los verdugos que tomaron parte en este atroz suplicio, pues, según la revelación hecha a Santa María Magdalena de Pazzi, no bajaron de sesenta (12). Y después estos sesenta verdugos, instigados por los demonios y también por los sacerdotes, los cuales andaban temerosos de que Pilatos, después de haber azotado al Señor, le pusiera en libertad, como ya se lo había insinuado, le descargaban fieros azotes, que tiraban a quitarle la vida. Conviene, además, todos los doctores, con San Buena-ventura, que para el caso buscaron los instrumentos

(11) **De Tr. Chr. Ag.**, c. 14. **Obras**, Venecia, 1721, p. 260.

(12) **PUCCINI, Vida**; Florencia, 1611, p. VI; cap. II.

más crueles y fieros; de suerte que, como asegura San Anselmo, se contaban las llagas por los golpes, contándose éstos por millares, pues, como escribe el Padre Crasset, los verdugos azotaron a JESÚS a la usanza de los romanos, que no tenían número en los golpes, y no según la costumbre de los hebreos, que no podían pasar de cuarenta, como se lee en el Deuteronomio, que dice: *Los azotes, que no pasen de cuarenta, a fin de que tu hermano no salga a tu vista ignominiosamente llagado* (13).

Por eso el historiador JOSEFO, que vivió poco después de JESUCRISTO, dice que el Salvador fue de tal suerte llagado en la flagelación, que los huesos de las costillas quedaron al descubierto. La Virgen Santísima reveló esto mismo a Santa Brígida cuando le dijo: «Yo que estaba allí presente, vi las costillas de JESÚS descarnadas por la crueldad de los azotes; y lo más cruel era que, al retirar los azotes, quedaban surcadas sus carnes» (14). A Santa Teresa se le apareció en cierta ocasión JESUCRISTO en este paso de la flagelación; y quiso la Santa que se lo pintaran tan al natural como la había visto, y dijo al pintor que se lo pintara desprendiéndose un pedazo de carne del brazo izquierdo; mas como el artista le preguntase en qué forma debía trasladarlos al lienzo, volvióse al cuadro y lo halló pintado (15).

¡Adorado JESÚS mío!, ¡cuánto habéis padecido por mi amor! Haced que no resulten para mí estériles tantos dolores sufridos y tanta sangre derramada.

IV. La flagelación, suplicio inhumano. — Por las

(13) Deut. XXV, 3.

(14) Rev., l. I, c. 10.

(14) Rev., l. I, c. 10.

(15) Vida, cap. VII. Obras, Burgos, 1915.

solas Escrituras podemos venir en conocimiento de lo cruel e inhumana que fue la flagelación de JESUCRISTO. En efecto, ¿por qué Pilatos, después de haberlo azotado mostró a JESÚS al pueblo diciendo: *Ecce Homo?* porque creyó que, al ver el lamentable estado en que le habían dejado los azotes, se moverían a compasión sus mismos enemigos y acabarían por perdonarle la vida.

¿Por qué en el camino del Calvario *seguíale gran muchedumbre de pueblo y de mujeres, las cuales se deshacían en llanto y le plañían?* (16). ¿Acaso las mujeres le amaban y le creían inocente? No; porque de ordinario la mujer participa de los sentimientos del marido, y por esto también ellas lo creían culpable; pero como JESUCRISTO, después de la flagelación, presentaba un aspecto tan horrible y lastimoso que inspiraba compasión aun a los que le aborrecían, por eso lloraban las mujeres y se lamentaban.

Además, ¿por qué en el doloroso viaje que hizo JESÚS al Calvario le quitaron la cruz los judíos y obligaron al Cirineo a llevarla sobre sus hombros? Pues ésta es la opinión más probable, y se desprende del texto de SAN MATEO y de SAN LUCAS, que dicen: *Le obligaron a cargar con la cruz de JESÚS* (17). *Le cargaron la cruz para que la llevara en pos de JESÚS* (18). La compasión, ¿les obligó a obrar así?, ¿les movió a aligerar la carga? No; porque aquellos malvados le odiaban a muerte y buscaban nuevas maneras de atormentarle. Pero, como dice DIONISIO CARTUJANO, «temieron que se les muriese en el camino» (19).

(16) Luc., XXIII, 27.

(17) Matth., XXVII, 32.

(18) Luc., XXIII, 26.

(19) In Cap., 23, Luc, m art. XLIX.

Veían, en efecto, que Nuestro Señor, después de la flagelación había quedado desangrado y tan exhausto de fuerzas, que no podía tenerse en pie, de suerte que a cada paso caía bajo el peso de la cruz y, al parecer, iba a exhalar el último suspiro. Mas como los judíos querían que llegase vivo al Calvario, para tener el gusto de verlo morir crucificado, por eso obligaron al Cirineo a llevar la cruz; porque muriendo en ella pretendían que quedaría para siempre maldito su nombre, como predijo el Profeta: *Exterminémosle de la tierra de los vivientes, y no quede ya más memoria de su nombre* (20).

¡Oh Señor!, grande es la alegría que experimenta mi corazón al entender lo mucho que me habéis amado y al saber que todavía me conserváis el mismo amor que me teníais durante vuestra Pasión; pero, al mismo tiempo, mi dolor es también grande al recordar lo mucho que he ofendido a un Dios tan bueno. JESÚS mío, por los méritos de vuestra flagelación, os suplico que me perdonéis. Me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido; y propongo no ofenderos más; perdonadme las ofensas que os he hecho, dadme la gracia de amaros siempre durante toda mi vida.

El Profeta ISAÍAS es, entre otros, el que con más vivos colores nos pinta el lamentable estado a que, de antemano, vio reducido a nuestro adorable Redentor. Predijo este Profeta que la carne sacrosanta de JESÚS sería en la Pasión no sólo llagada, sino también desgarrada y despedazada: *Por causa de nuestras iniquidades, dice, fue llagado y despedazado por nuestras maldades* (21). Para dar a su justicia más cumplida satisfacción y hacer comprender a los hombres la ma-

(20) Ier., XI, 19.

(21) Is., LIII, 5.

licia del pecado, quiso el Eterno Padre que su Hijo fuese despedazado y llagado por los azotes; por esto prosigue diciendo el Profeta: *Y quiso el Señor consumirle con trabajos* (22). De suerte que el cuerpo bendito de JESÚS, como cuerpo de leproso, debía cubrirse de llagas de los pies a la cabeza. *Y lo tuvimos entonces como un leproso y como un hombre herido de Dios* (23).

He aquí, llagado Salvador mío, el lamentable estado a que os han reducido mis pecados. «¡Oh, mi buen JESÚS, os diré con SAN ANSELMO, nosotros pecamos y Tú expías nuestros crímenes! (24). Sea por siempre bendita vuestra infinita caridad y sea amada, como lo merece, de todos los pecadores, y especialmente de mí, que os he menospreciado más que todos ellos.

V. Las llagas de Cristo piden amor. — Cierta día se apareció JESÚS azotado a Sor Victoria Angelini, y, manifestándole todo su cuerpo llagado, le dijo: «Victoria, todas estas llagas piden a gritos amor». Amemos al Esposo de nuestras almas, dice el enamorado SAN AGUSTÍN, y mientras más desfigurado se nos presenta, tanto más dulce y amable le ha de parecer a la esposa (25).

¡Dulcísimo Salvador, si miro vuestro cuerpo y lo veo cubierto de llagas; miro vuestro hermosísimo rostro, pero ¡ay!, que ha perdido la belleza, ennegrecido por la sangre, la palidez y los esputos. *No es de aspecto bello, dice ISAÍAS, ni esplendoroso; le he-*

(22) Ib., 10.

(23) Ib., 4.

(24) Orat. 2.

(25) Serm. 44, cap. II.

mos visto y nada hay que atraiga nuestros ojos (26). Pero, amadísimo Señor mío, mientras más afeado os veo, tanto más hermoso y amable me parecéis; porque estas llagas son claro indicio y manifiesta señal del amor que me tenéis.

Os amo, JESÚS mío, llagado y herido por mí. También yo quisiera verme llagado por vuestro amor, como tantos mártires que han tenido esta dicha. Pero si en este momento no puedo ofreceros sangre y llagas, os ofrezco al menos, todos los trabajos que tenga que sufrir; os ofrezco también mi corazón, para que os ame con la ternura de que es capaz. Y ¿a quién he de amar con más tierno afecto que a un Dios azotado y desangrado por mi amor? Os amo, Dios de amor; os amo, bondad infinita; os amo, mi amor y mi todo; os amo tanto, que ni en ésta ni en la otra vida quiero cesar de exclamar: os amo, os amo, os amo. Amén.

CAPITULO IX

DE LA CORONACIÓN DE ESPINAS.

I. La coronación. — Mientras que los soldados proseguían azotando cruelmente al inocente Cordero, adelantóse uno de los asistentes, como le fue revelado a Santa Brígida, y con ánimo resuelto cortó las cuerdas que ataban a JESÚS, diciendo: «Vosotros no habéis recibido orden de matar a este hombre, como lo pretendéis.»

Mas apenas había terminado la flagelación, los bárbaros verdugos, instigados por los judíos y corrompidos por su dinero, como atestigua SAN JUAN CRISÓSTOMO, hicieron sufrir a JESUCRISTO un nuevo género de tormento. *En seguida los soldados del presidente, dice SAN MATEO, cogiendo a JESÚS y poniéndole en el pórtico del pretorio, juntaron alrededor de El a toda la cohorte; y desnudándose, le cubrieron con un manto de grana, y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña por cetro en su mano derecha (1).*

Los soldados desnudaron de nuevo a JESÚS y, tratándole como a un rey de teatro, le pusieron sobre los hombros una a manera de capa de color carmesí, o un trozo de la clámide que usaban los soldados romanos. En la mano le pusieron una caña a guisa de

(1) Matth., XXVII, 27-29.

cetro y un haz de espinas en la cabeza, a manera de imperial diadema.

¡Oh JESÚS mío!, ¿no sois Vos por ventura, verdadero rey del mundo? ¿Cómo toleráis ahora el pasar por rey de oprobios y de dolores? Mirad, Señor, a qué extremos os ha llevado el amor. ¡Oh Dios mío amabilísimo!, ¿cuándo llegará el día en que yo me una a Vos con tan estrecho lazo de amor, que jamás cese de amaros y jamás viva separado de Vos? ¡Ah, Señor!, bien sé que mientras viva en el mundo estoy siempre en peligro de abandonaros y renegar de vuestro amor, como he tenido la desgracia de hacerlo en lo pasado. ¡JESÚS mío!, si prevéis que viviendo mucho tiempo he de padecer tamaña desgracia, enviadme hoy mismo la muerte, pues confío vivir unido a Vos con los lazos de la amistad. Por los méritos de vuestra amargísima Pasión, os ruego que me libréis de caer en tan grande mal. Mis pecados me han condenado a sufrir este castigo; pero, excepto éste, impóngame vuestra piedad el que os agrade. No, JESÚS mío; no quiero, Redentor mío, verme de nuevo separado de Vos.

II. La coronación, suplicio cruel. — *Y entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza.* Este tormento de la coronación de espinas, observa el devoto LANSPERGIO, fue dolorosísimo, porque las espinas atravesaron por todas partes la sagrada cabeza del Salvador, parte sensible al dolor por todo extremo, porque de la cabeza se extienden por el cuerpo los nervios, y a ella van a parar todas las sensaciones. Este fenómeno fue también el más prolongado de su Pasión, porque JESUCRISTO llevó clavadas las espinas en la cabeza hasta su muerte; de suerte que cada vez que le tocaban la cabeza o las espinas se le

renovaba todo el dolor. Son de opinión los autores, entre los cuales se cuenta SAN VICENTE FERRER, que la corona fue hecha de varias ramas erizadas de espinas, entrelazadas en forma de yelmo; y, según fue revelado a Santa Brígida, se la ajustaron tan estrechamente a la cabeza, que le bajaba hasta la mitad de la frente (2). SAN LORENZO JUSTINIANO y SAN PEDRO DAMIANO añaden que las espinas eran tan largas y punzantes, que llegaron a penetrar en el cerebro del Salvador (3).

Y esto no obstante, el mansísimo Cordero se dejaba atormentar sin oponer resistencia, sin proferir una palabra, sin exhalar una queja; sólo de cuando en cuando la violencia del dolor le obligaba a cerrar los ojos, como fue revelado a la Beata Agueda de la Cruz, y a lanzar amargos suspiros como un mártir próximo a la muerte (4). La sangre corría en tanta abundancia de las llagas de la sagrada cabeza, que, según una revelación hecha a Santa Brígida, el rostro, los cabellos, los ojos y la barba de JESÚS estaban bañados en sangre (5). De manera que, como dice SAN BUENAVENTURA, «aquel rostro ya no parecía el del Señor, sino el rostro de un hombre desollado».

«¡Oh, amor divino!, exclama SALVIANO, no sé cómo llamarte, si dulce o cruel, porque ambas cosas pareces al mismo tiempo» (6). ¡Oh JESÚS mío, el amor que tenéis a nuestras almas manifiesta la gran ternura de vuestro corazón; pero al mismo tiempo declara el rigor con que os tratáis, moviéndoos a padecer dolores tan espantosos». Hebéis querido ser coronado de

(2) Rev., l. 4, c. 70.

(3) De Tr. Chr. Ag., cap. XIV.

(4) Año dominic. Lyon, Jevain, 1889, abril; p. 563.

(5) Rey., l. 4, c. 70.

(6) Epist., l.

espinas, dice DIONISIO CARTUJANO, para coronaros después en el cielo con la corona de los predestinados» (7). Amadísimo Salvador mío, salvándome por los méritos de vuestros dolores, espero ser vuestra corona en el Paraíso, y alabaré por eternidades sin fin vuestro amor y vuestra misericordia.

III. Causa de tan crueles tormentos. — ¡Espinass crueles!, ¡ingratas criaturas!, ¿por qué atormentáis de este modo a vuestro Creador? Mas, ¿a qué acusar a las espinas, dice SAN AGUSTÍN, si fueron meros instrumentos en la Pasión de Cristo? Nuestros pecados, y sobre todo nuestros malos pensamientos, fueron las crueles espinas que traspasaron la cabeza de nuestro adorable Salvador! Apareciéndose cierto día a Santa Teresa coronado de espinas, «comencé a pensar, dice, qué gran tormento deberá ser, pues había hecho tantas heridas, y a darme pena. Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban (8).

También tú, alma mía, atormentaste entonces la veneranda cabeza de tu adorable Redentor con tus criminales pensamientos. *Reconoce, pues, y advierte ahora cuán mala y amarga cosa es el haber abandonado al Señor, Dios tuyo* (9). Abre los ojos y mira y llora amargamente durante toda tu vida el mal que has hecho abandonando con tanta ingratitud a tu Dios y Señor. Bien lo sé, JESÚS mío, que no merecías ser tratado como lo he hecho. he obrado mal; mi conducta es digna de represión; pero ya me arrepiento con toda mi alma; perdonadme y dadme un dolor que me haga

(7) In Io., 17.

(8) Relación XI. Obras II, 44, 45.

(9) Ier., II, 19.

llorar durante toda mi vida los disgustos que os he dado. JESÚS mío, perdonadme, que deseo amaros con todo mi corazón.

IV. Jesús, rey de burlas. — *Con la rodilla hincada en tierra, le escarnecían diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos. Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían en la cabeza (10), y le daban bofetadas, añade SAN JUAN (11). Después que los bárbaros verdugos pusieron sobre la cabeza de JESÚS aquella cruel corona, no se contentaron con introducírsela en la cabeza con toda la fuerza de sus brazos, sino que tomaron la capa y blandiéndola a guisa de martillo le clavaban más las espinas.*

Luego comenzaron a burlarse de El, como de un supuesto Rey; lo saludaban como a rey de los judíos, y levantándose después le escupían en el rostro y le daban bofetadas, mezcladas con alaridos y voces de desprecio. ¡Oh, JESÚS mío!, ¡a qué estado os veis reducido!

Si en aquel momento hubiera alguien pasado por aquel lugar y se hubiera detenido a mirar a Cristo, derramando sangre, cubierto con aquel andrajo de color de púrpura, con aquel cetro en la mano y con aquel género de corona en la cabeza, escarnecido y maltratado por aquella vil canalla, ¿no le hubieran tomado por el hombre más criminal y despreciable del mundo? He aquí al Hijo de Dios hecho ludibrio y escarnio de Jerusalén. «¡Oh hombres!, exclama DIONISIO CARTUJANO, si no amamos a JESUCRISTO por ser bueno y por ser Dios, amémosle a lo menos por lo mucho que padeció por salvarnos» (12).

(10) **Matth.**, XXVII, 29, 30.

(11) **Io.**, XIX, 3.

(12) **In Matth.**, 27.

¡Amadísimo Redentor mío!, no rechazéis a un siervo rebelde que después de haberos abandonado vuelve a Vos arrepentido. Cuando me alejaba de Vos y menospreciaba vuestro amor, no habéis cesado de atraerme con los lazos de vuestro amor; por eso no puedo temer que me desechéis ahora que os busco y os amo sobre todas las cosas. Dadme a entender lo que debo hacer para agradaros, que estoy dispuesto a ello. ¡Oh, Dios amabilísimo!, quiero amaros con todo mi corazón, resuelto a no ofenderos más. Ayudadme con vuestra gracia, y no permitáis que en lo porvenir os abandone.

María, esperanza mía, rogad a JESÚS por mí. Amén.

CAPITULO X

DEL ECCE HOMO.

I. Jesús presentado al pueblo. — Viendo Pilatos el estado lastimoso en que había quedado nuestro adorable Redentor después de la flagelación, creyó que su sola presencia movería los judíos a compasión, por lo cual lo sacó a un balcón de palacio, levantó una punta del andrajo de púrpura que le cubría, para que el pueblo viese el cuerpo del Salvador todo cubierto de llagas. *Salió de nuevo Pilatos fuera, dice SAN JUAN, y díjoles: He aquí que os le saco afuera para que conozcáis que yo no hallo en El delito alguno. Salió, pues, JESÚS coronado de espinas y revestido del manto de púrpura, y Pilatos les dijo: Ved aquí al hombre* (1). Quería decir: Aquí tenéis al hombre a quien habéis acusado de querer alzarse con el cetro y la corona de rey; yo estaba convencido de su inocencia; pero, para satisfacer vuestros deseos, lo he condenado a ser azotado. «Ved aquí al hombre, más bien cubierto de oprobios que honrado con la gloria de su imperio y señorío» (2)^a. Vedlo, porque ha quedado en tal estado, que, más que rey, parece un hombre desollado, próximo a exhalar el postrer suspiro. Si esto no obstante pretendéis que le condene a muerte,

(1) **Io.**, XIX, 4, 5.

(2) **In Io.**, tr. 116.

os advierto que no puedo hacerlo, porque no hallo razón ni motivo para condenarlo. Al verle tan maltratado, *los ministros y los pontífices alzaron el grito diciendo: Crucifícale, crucifícale* (3). Al ver Pilatos que no se calmaban, se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo: *Inocente soy de la sangre de este justo; allá os lo veáis vosotros*. Y ellos respondieron: *Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (4).

¡Amado Salvador mío!, sois el más grande de todos los reyes; pero ahora os veo ultrajado por todos los hombres; si este pueblo ingrato no os conoce, yo os reconozco y os adoro por mi Dios y Señor. Gracias os doy, Redentor mío, por haber sufrido por mí tantos ultrajes; ruégoos que me hagáis amar las humillaciones y los trabajos, puesto que Vos os habéis abrazado a ellos con tanto amor. Avergüénzome de haber amado en mi pasada vida los honores y los placeres, que me arrastraron a renunciar tantas veces vuestra gracia y vuestro amor. Acepto, Señor, todos los dolores e ignominias que me vengan de vuestras manos; dadme, pues, la resignación que necesito para sobrellevarlas. Os amo, JESÚS mío, mi amor y mi todo.

II. El Padre Eterno nos convida a amar al Hijo. — Mientras que Pilatos sacaba a JESÚS al balcón para que lo viese el pueblo, el Eterno Padre nos presentaba desde el cielo a su amadísimo Hijo, diciendo también: *Ved aquí al hombre. Este es aquel Hijo mío querido en quien tengo puestas todas mis complacencias* (5). He aquí al Hombre, al Salvador que os había

(3) Io., XIX, 6.

(4) Matth., XXVII, 24, 25.

(5) Matth., XVIII, 5.

prometido, y al cual habéis esperado por espacio de tanto tiempo. Ved aquí al Hombre, el más noble de todos ellos, trocado hoy en varón de dolores; aquí lo tenéis, miradlo y veréis a qué estado tan lamentable lo ha reducido el amor; amadle siquiera por compasión. Miradle y amadlo, y si no os mueven a ello sus palabras, virtudes y atributos, que a lo menos os muevan a amarle los dolores y las ignominias que por vosotros está padeciendo.

¡Oh Dios mío y Padre de mi Redentor!, amo a vuestro Hijo, que padece por mi amor, y os amo también a Vos, que os habéis dignado ofrecerle a las penas y trabajos por mi amor. No hagáis cuenta de mis pecados, que tanto os han disgustado a Vos y a vuestro Hijo; *pon los ojos en el rostro de tu Cristo* (6); dirigid vuestras miradas sobre vuestro unigénito Hijo, cubierto de llagas y saciado de oprobios para perdonar mis pecados; por sus méritos, perdonádmelos y no permitáis que os ofenda de nuevo. La sangre de este Hombre, tan amado de vuestro corazón, que os pide y os demanda misericordia por mí, descienda sobre nuestras almas y nos inunde en el piélago de vuestras gracias. Aborrezco, Dios mío, y maldigo todos los disgustos que os he causado, y os amo a Vos, bondad infinita, más que a mí mismo. Por los méritos de vuestro Hijo amadísimo. Dadme vuestro amor, que me haga vencer mis pasiones y sufrir toda suerte de trabajos para agradaros.

Salid afuera, ¡oh hijas de Sión!, y veréis al Rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre en el día de sus desposorios, día en que quedó colmado de júbilo su corazón (7). Venid, ¡oh almas res-

(6) **Psalmus**, LXXXIII, 10.

(7) **Cant.**, III, 11.

catadas por la sangre de Cristo y hechas hijas de la gracia!, venid a contemplar a vuestro amadísimo Rey en el día de su muerte, que para El es día de gran regocijo, por conseguir haceros esposas suyas, dando su vida por vosotras en la cruz; venid y lo veréis coronado por su madre, la ingrata Sinagoga, no con la corona de gloria y majestad, sino con corona de dolor y de ignominia. «Salid, dice SAN BERNARDO, y ved a vuestro Rey llevando la corona de pobreza y de miseria» (8).

Señor, ¿cómo siendo Vos el más hermoso de todos los hombres, el más poderoso de todos los reyes, el más amable de todos los esposos, permitís que os cubran de llagas y os colmen de desprecios? Sois esposo, pero esposo de sangre (9), porque habéis querido desposaros con nuestras almas derramando vuestra sangre y padeciendo muerte afrentosa: sois Rey, pero rey de dolores y rey de amor, puesto que habéis querido ganar mi corazón a fuerza de tormentos.

Esposo amantísimo de mi alma, ojalá que nunca me olvide de lo mucho que por mí habéis padecido, a fin de que no deje de amaros y complaceros; tened compasión de mí, ya que a tanta costa me habéis comprado. En pago de tantos trabajos como por mí habéis padecido, os contentáis con que responda con mi amor; pues bien, yo os amo, amabilidad infinita, os amo sobre todas las cosas; pero aunque deseo amaros con todo mi corazón, todavía os amo poco; dadme más amor, amadísimo JESÚS mío, si queréis que os ame con todo mi corazón. Yo, miserable pecador, debería arder en el infierno desde que me atreví a ofenderos gravemente; pero me habéis soportado hasta

(8) S. 2.

(9) Ex., IV, 25.

ahora para que arda, no en aquel fuego devorador, sino en las abrasadas llamas de vuestro amor. Que este pensamiento, ¡oh Dios de mi alma!, me inflame en deseos de hacer cuanto pueda por complaceros. Ayudadme, JESÚS mío, y ya que habéis hecho tanto por mí, acabad la obra comenzada, uniéndome a Vos con los estrechos lazos del amor.

III. Los judíos piden la muerte de Jesús. — Como prosiguiesen los judíos insultando al presidente y gritando: *Quita, quítale de enmedio, crucifícale*, díjoles Pilatos: *¿A vuestro Rey tengo yo de crucificar?* Y ellos respondieron: *No tenemos rey, sino a César* (10). Los mundanos que van en pos de las riquezas, de los honores y de los placeres de la tierra, niegan a JESUCRISTO su soberanía, porque mientras vivió en la tierra se declaró por rey de miseria, de ignominias y dolores.

Pero si los mundanos rehúsan prestaros vasallaje, nosotros, JESÚS mío, os elegimos por nuestro único Rey y delcaramos que JESÚS *es nuestro Rey*. Sí, amabilísimo Salvador, Vos sois y seréis siempre mi único Señor.

Vos sois el verdadero Rey de nuestras almas por haberlas criado y redimido de la esclavitud de Satanás. *Venga a nos tu reino*. Dominad, pues, y reinad siempre sobre nuestros corazones; que siempre os estén rendidos y obedientes. Entren otros al servicio de los reyes de la tierra con la vana esperanza de atesorar bienes mundanos, que nosotros queremos únicamente servir a Vos, Rey afligido y menospreciado, con el solo intento de agradaros a Vos, sin buscar consuelos terrenos. De aquí en adelante pondré todo mi contento en abrazarme con los dolores y las humilla-

(10) Io., XIX, 15.

ciones, ya que Vos habéis querido padecer tanto por nuestro amor. Concedednos la gracia de permanecer fieles a vuestra bandera, y para ello dadnos el don precioso de vuestro amor. Amándoos a Vos amaremos también los desprecios y los trabajos por Vos tan amados, y al dirigirnos a Vos os pediremos lo que os pedía vuestro amante y fiel servidor SAN JUAN DE LA CRUZ: «Padecer, Señor, y ser por Vos despreciado» (11).

¡Oh María Madre mía; interceded por mí. Amén.

(11) Marcos de S. Francisco, **Vida de San Juan de la Cruz**, l. III, cap. I, n. 10. **Obras del Santo**, p. III, Venecia; 1747.

CAPITULO XI

JESÚS, CONDENADO Y CONDUCTO AL CALVARIO.

I. Jesús, condenado a muerte. — Pilatos, disputando con los judíos, proseguía sosteniendo que no podía condenar a un inocente; pero al oír estas palabras: *Si sueltas a ése no eres amigo del César*, quedó aterrado y temeroso de perder la gracia del Emperador, condenó a JESÚS a morir en la cruz, después de haber proclamado tantas veces su inocencia. *Entonces, dice SAN JUAN, se lo entregó para que lo crucificasen* (1).

«Inocentísimo Redentor mío, exclama bañado en lágrimas SAN BERNARDO, ¿qué has hecho para ser tan duramente juzgado?, ¿qué crimen has cometido para ser condenado a muerte de cruz?» «Ah, ya comprendo, prosigue diciendo el Santo, cuál es la causa de tu muerte; ya entiendo el crimen que has cometido; es el crimen de haber amado a los hombres con infinito amor; más bien que Pilatos, es el amor quien te condena a muerte» (2). «Yo no veo, añade SAN BUENAVENTURA, otra causa más justa de vuestra muerte, ¡Oh JESÚS mío!, que el exceso de vuestro amor» (3). «Tal exceso de amor, torna a decir SAN

(1) Io., XIX, 12 y 16.

(2) Oratio 2.

(3) Stim. div. am., p. I, c. II.

BERNARDO, nos fuerza a consagrarnos, amadísimo Señor, todos los afectos de nuestro corazón» (4).

Amado Salvador mío, el entender que me amáis con tan entrañable amor, debiera bastar para olvidarme de todo y consagrarme únicamente a amaros y complaceros en todo. *Si el amor es fuerte como la muerte* (5), dadme, Señor, tan grande amor, que me haga olvidar de todos los afectos terrenos. Hacedme comprender que todo mi bien consiste en agradaros a Vos, Dios de amor y de bondad. Maldito sea el tiempo que he vivido sin amaros, y os doy gracias porque todavía me dais espacio de reparar lo pasado. Os amo, JESÚS mío, infinitamente amante e infinitamente amable; os amo con todas mis fuerzas y os prometo morir mil veces antes que dejar de amaros.

II. Jesús acepta la sentencia que le condena a muerte. — JESÚS oye la inicua sentencia que le condena a muerte, y la acepta con humildad. No se lamenta de la manifiesta injusticia del juez, ni apela al César, como lo hizo después San Pablo, sino que, lleno de mansedumbre y resignación, se somete al decreto del Eterno Padre, que le condena a morir en la cruz por nuestros pecados. *Se humilló a sí mismo*, dice SAN PABLO, *haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (6). Y por amor al hombre se resignó a padecer tan cruel suplicio. *Nos amó y se ofreció a sí mismo por nosotros* (7).

Piadosísimo Salvador mío, por los muchos favores que os debo, os doy millones de gracias. Mi deseo,

(4) In Cant., S. 20.

(5) Cant., VII, 6.

(6) Phil., II, 8.

(7) Eph., V, 2.

JESÚS mío, es morir por Vos, ya que con tanta generosidad habéis aceptado la muerte por mi amor. Pero si no me es dado derramar mi sangre y sacrificar mi vida a manos de verdugo, suerte que han tenido tantos mártires, acepto al menos con resignación la muerte que me tengáis deparada; y la acepto en el tiempo y del modo que os sirváis enviármela. Desde ahora os la ofrezco como homenaje debido a vuestra majestad y en descargo de mis pecados, y por los méritos de vuestra muerte afrentosísima os ruego que me concedáis la dicha de morir en vuestra gracia y en vuestro amor.

Y abandonó a JESÚS, dice SAN LUCAS, al arbitrio de ellos (8). Pilatos puso al inocente Cordero en manos de aquellos furiosos lobos para que hicieran de El lo que se les antojase. Los desalmados ministros arremetieron con El, *le quitaron el manto, y habiéndole puesto otra vez sus propios vestidos, le sacaron a crucificar* (9). «Obraron así, dice SAN AMBROSIO, para que JESUCRISTO fuese conocido al menos por sus vestiduras, puesto que su hermoso rostro estaba tan desfigurado por la sangre derramada y las heridas recibidas, que no podía ser fácilmente de todos conocido». Luego tomaron dos toscos maderos, formaron con ellos una cruz de quince pies de largo, según el testimonio de SAN ANSELMO y SAN BUENAVENTURA, y la colocaron sobre las espaldas del Redentor.

Dice SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA que JESUCRISTO no esperó a que el verdugo le cargara la cruz sobre los hombros, sino que, alargando los brazos, la tomó valerosamente y la colocó sobre sus llagados hombros (10). Ven, dijo, ven cruz amada; hace treinta

(8) Luc., XXIII, 25.

(9) Mattheus, XXVII, 31.

(10) De uno Mart., Con. 3. Milán, 1760.

y tres años que te busco y estoy suspirando por ti; abrázome contigo y te estrecho contra mi corazón, porque tú serás el altar en el cual voy a sacrificar mi vida por amor de mis ovejas.

¡Oh JESÚS mío!, ¿cómo habéis podido hacer tanto bien al que tanto mal os ha hecho? Cuando considero que habéis expirado a fuerza de tormentos para obtenerme la amistad divina, y que yo, por culpa mía, la he perdido tantas veces, quisiera morir de dolor. ¡Cuántas veces me habéis perdonado y yo he tornado a ofenderos! ¿Cómo podría esperar confiado el perdón, si no supiera que habéis muerto para perdonarme? Por esta vuestra muerte espero, pues, el perdón y la perseverancia en vuestro amor. Me arrepiento, Redentor mío, de haberos ofendido; perdonadme por vuestros merecimientos; que yo os prometo no volver a disgustaros. Aprecio y amo más vuestra amistad que todos los tesoros del mundo; no permitáis que tenga la desgracia de volverla a perder; antes que éste, enviadme cualquier otro castigo. No, JESÚS mío, no quiero perder más vuestra amistad; antes quiero perder hasta la misma vida; quiero amaros siempre.

III. Jesús conducido al calvario. — Los ministros de justicia llevan al suplicio a los ya condenados reos, caminando entre ellos el Rey del Cielo, el Unigénito de Dios; *y llevando El mismo a cuestras su cruz, fue abandonado hacia el lugar llamado Calvario* (11). Serafines bienaventurados, salid también vosotros de los tabernáculos de la gloria y venid a acompañar a vuestro Rey y Señor, que se dirige al Calvario para ser ajusticiado entre dos ladrones en un infame patíbulo.

(11) Io., XIX, 17.

¡Espectáculo por todo extremo espantoso!; ¡un Dios ajusticiado! Ved al Mesías aclamado pocos días antes como Salvador del mundo y recibido por el pueblo con grandes demostraciones de alborozo y alegría a los gritos mil veces repetidos de *Hosanna al hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor* (12), vedlo ahora maniatado, escarnecido y de todos maldecido, llevando la cruz sobre los hombros para morir en ella como un malvado. ¡Oh exceso del amor divino!; ¡un Dios ajusticiado por los hombres!; ¿y habrá todavía un hombre que rehusé darse de corazón a Dios?

¡Oh amante eterno de mi alma!, ya que he comenzado a amaros demasiado tarde, haced que en lo que me resta de vida recobre el tiempo perdido. Bien sé que cuanto haga por Vos es hartó poco en comparación del amor que me habéis manifestado; pero, al menos, deseo amaros con todo mi corazón; porque sería insigne villanía si después de tantas finezas vuestras dividiera mi corazón entre vuestro amor y el amor de las criaturas. De hoy en adelante os consagro mi vida, mi voluntad y mi libertad; disponed de mí como os agrade. Si os pido la gracia de entrar en la gloria, es para amaros también mucho por toda la eternidad. Ayudadme con toda vuestra gracia; por vuestros méritos os la pido y espero alcanzarla.

Imagínate, alma mía, que ves a JESUCRISTO andar por esta vida dolorosa. *Como va la oveja al matadero* (13), así es conducido a la muerte nuestro adorable Redentor. Ha perdido tanta sangre en los anteriores tormentos, y está tan acabado, que la natural flaqueza apenas le permite tenerse en pie. Mírale cubierto de

(12) **Matth.**, XXI, 9.

(13) **Is.**, LIII, 7.

heridas, con el haz de espinas sobre la cabeza, con el pesado madero cargado sobre los hombros y con un verdugo a la vista, que le tira de una cuerda con que lo lleva atado. Mira cómo va con el cuerpo inclinado, con paso vacilante, derramando sangre, y camina con tan gran trabajo que a cada paso parece que va a exhalar el último suspiro.

Procura detenerle en su carrera y preguntale: ¡Cordero divino!, ¿no estáis ya saciado de oprobios? Si pretendes con tus dolores ganar mi corazón, ¡ea!, basta ya de padecer, que quiero amaros conforme a la medida de vuestros deseos. —No, responde, todavía no estoy contento; solamente lo estaré cuando haya logrado morir por tu amor.— Y ¿dónde vas ahora, amado JESÚS mío? —Voy, contesta, voy a morir por ti; no me detengas; lo único que te pido y te recomiendo es que, cuando me veas expirar por ti en la cruz, te acuerdes del amor que te he tenido; no lo eches en olvido y ámame.

¡Oh afligido JESÚS mío!, ¡cuán a costa vuestra me habéis manifestado el amor que ardía en vuestro pecho! Mas, decidme, ¿qué provecho sacáis de mi amor cuando para conquistarlo habéis querido dar toda vuestra sangre y vuestra vida? ¿Y cómo después de tantas maravillas obradas por vuestro amor he podido vivir tanto tiempo sin amaros, olvidado de vuestras bondades? Gracias os doy por las luces que ahora me comunicáis, y que me dan a entender cuán admirable es vuestro amor. Os amo, bondad infinita, os amo sobre todo bien; y quisiera sacrificar por Vos mil vidas si las tuviera, ya que Vos por mi amor habéis sacrificado vuestra vida divina; y a fin de amaros con todo mi corazón, dadme las gracias que con tantos trabajos me habéis merecido. Comunicadme una chispa de aquel santo fuego que al morir

por nosotros habéis prendido en toda la tierra. Haced que jamás se caiga de mi memoria el recuerdo de vuestra muerte, a fin de que jamás me olvide de amaros.

IV. Jesús nos redimió por la Cruz. — JESÚS *lleva sobre sus hombros*, dice ISAIAS, *la divisa de rey* (14). La cruz, añade TERTULIANO, fue el noble instrumento de que se sirvió JESUCRISTO para conquistar tantas almas, puesto que muriendo en ella pagó la pena merecida por nuestros pecados, nos libro del infierno y nos hizo propiedad suya. *El es el que llevó*, dice SAN PEDRO, *la pena de nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz* (15).

Siendo así que vuestro Padre, como dice ISAIAS, cargó sobre vuestras espaldas todas nuestras iniquidades, yo con mis pecados hice más pesada la cruz que llevasteis al Calvario. ¡Dulcísimo Salvador mío!, aunque ya entonces preveíais todas las injurias que os había de hacer, no por eso se entibió vuestro amor, ni me privasteis de las inefables gracias con que me habéis favorecido. Si a pesar de haber sido yo el más vil e ingrato de los pecadores, que no me he cansado de ofenderos, me habéis amado con tan entrañable amor, justo es que todo mi afán sea amaros a Vos, que sois mi Dios, belleza y bondad infinita, que tanto me habéis amado. ¡Ojalá que nunca os hubiera ofendido!, ahora conozco, JESÚS mío, el mal que os he acusado. ¡Pecados malditos!, ¿qué habéis hecho? Habéis contristado el enamorado corazón de mi Redentor, que tanto me ha amado. Perdonadme, JESÚS mío, ya me arrepiento de haberos ultrajado;

(14) Is., IX, 6.

(15) I Petr., II, 24.

en lo por venir Vos seréis el único objeto de todos mis amores. Os amo, amabilidad infinita, con todo mi corazón, y estoy resuelto a amaros únicamente a Vos, Señor, perdonadme, y si me otorgáis vuestro amor, nada más os pido. «Dadme vuestra gracia y vuestro amor, os diré con SAN IGNACIO, y seré bastante rico.»

V. Jesús nos convida a llevar la Cruz. — *Si alguno quiere venir en pos de Mi, dice JESUCRISTO, niéguese a sí mismo y sígame (16).* Ya que Vos, Redentor mío, siendo inocente, camináis delante con la cruz, invitándome a seguiros con la mía, seguid adelante, que yo no quiero abandonaros. Si en otro tiempo os abandoné, confieso que obré mal; dadme ahora la cruz que os agrada, que gustoso me abrazo con ella para llevarla en vuestra compañía hasta la muerte. *Salgamos, pues, con El, dice el APÓSTOL, fuera de la ciudad, abrazándonos con la ignominia de la cruz (17).* ¿Cómo dejaremos de amar los dolores y la ignominia, si por nuestra salvación tanto lo habéis amado?

Ya que me invitáis a seguiros, quiero hacerlo y morir por Vos; pero dadme la fuerza necesaria para ello; y os la pido y la espero apoyado en vuestros merecimientos. Os amo, JESÚS amabilísimo, os amo con toda mi alma y jamás quiero verme privado de vuestro amor. Bastante tiempo viví alejado de Vos; atadme ahora al palo de vuestra cruz; y si he despreciado vuestro amor, me arrepiento con toda mi alma, y ahora os amo sobre todas las cosas.

¡Oh JESÚS mío!, y ¿quién soy yo para que vaya

(16) Matth., XVI, 2.

(17) Hebr., XIII, 13.

en vuestro seguimiento y me impongáis el precepto de amaros amenazándome con el infierno si os niego mi amor? Pero, ¿a qué amenazarme con las penas eternas, os diré con SAN AGUSTÍN, si el mayor tormento para mí sería no poderos amar a Vos, Dios amabilísimo, mi Criador, mi Redentor, mi paraíso y mi todo? Bien sé que en justo castigo de los pecados que he cometido merecía verme condenado a no poder amaros; pero Vos proseguís amándome e intimándome el precepto de amaros insinuándoos en mi corazón con estas palabras: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente* (18). Gracias os doy, amor mío por haberme impuesto esta ley de amor, y para sujetarme a ella os amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con toda mi mente; arrepíentome de no haberos amado así en lo pasado; que al presente, antes prefiero pasar mil trabajos que vivir sin amaros y dejar de pedir os vuestro amor. Ayudadme, JESÚS mío, a hacer siempre actos de amor a Vos; concededme la misma gracia a la hora de la muerte, a fin de que vaya luego al paraíso a amaros cara a cara y sin velos, donde os amaré sin imperfección, sin tregua ni descanso, y con todas mis fuerzas, por toda la eternidad.

Oh María, Madre de Dios, rogad por mí. Amén.

(18) Mar., XII, 30.

CAPITULO XII

DE LA CRUCIFIXIÓN DE JESÚS.

I. La escena de la crucifixión. — Hemos llegado ya a la crucifixión, postrer tormento que acabó con la vida de JESÚS; subamos hoy al monte Calvario, convertido en teatro del amor divino, donde todo un Dios da la vida anegado en un piélago de dolores. *Llegados que fueron*, dice SAN LUCAS, *al lugar llamado Calvario, allí le crucificaron* (1). Después de llegar con gran trabajo a la cumbre del monte, por tercera vez le arrancaron con gran violencia los vestidos, pegados a las llagas de su lacerado cuerpo, y lo arrojaron sobre la cruz. El mansísimo Cordero se tiende sobre aquel durísimo lecho y presenta a los verdugos las manos y los pies para que se los claven, y levantando los ojos al cielo ofrece al Eterno Padre el gran sacrificio que hacía de su vida para salvar a los hombres. Al clavarle la mano se encogieron los nervios del cuerpo de JESÚS, de suerte que, según la revelación hecha a Santa Brígida (2), los verdugos se sirvieron de cuerdas para llevar la otra mano y los pies al lugar señalado para los clavos; por manera que las venas y los nervios se dilataron

(1) Luc., XXIII, 33

(2) Rev., l. I, cap. 10.

y rompieron con extremado dolor. Así se cumplió la profecía de DAVID, que dijo: *Taladraron mis manos y mis pies, contaron mis huesos uno por uno* (3).

JESÚS mío, ¿quién clavó esas manos y esos pies sobre el madero de la cruz, sino el amor que habéis tenido a los hombres? Al permitir que traspasaran vuestras manos, quisisteis expiar todos los pecados que los hombres han cometido por el tacto; y al sufrir los dolores de los pies, quisisteis satisfacer por todos los malos pasos que al ofenderos hemos dado. ¡Oh JESÚS, amor mío crucificado, bendecidme con vuestras traspasadas manos, clavad a vuestros pies mi ingrato corazón, para que no se aparte de Vos, y mi voluntad, a fin de que no vuelva a rebelarse contra vuestro amor y cariño. Haced, Señor, que sólo me mueva a obrar vuestro amor y el deseo que tengo de agradaros. Aunque os veo clavado en esa cruz, os reconozco por Señor del Universo, por verdadero Hijo de Dios y Redentor de los hombres. Por favor os pido, JESÚS mío, que no me abandonéis durante mi vida, y particularmente en la hora de mi muerte; en mi última agonía y en los postreros combates que he de sostener contra el infierno, asistidme y confortadme para que muera amándoos. Os amo, amor mío crucificado, os amo con todo mi corazón.

II. La crucifixión, suplicio cruel. — SAN AGUSTÍN es de parecer que no hay ningún género de muerte más cruel que la muerte de cruz (4). Y da la razón SANTO TOMÁS diciendo que los crucificados tienen traspasados las manos y los pies, que por estar todos ellos compuestos de nervios, músculos y venas, son

(3) Ps. XXI, 17.

(4) Tr. 36, in Io. n. 4.

por extremo sensibles al dolor. Además, el mismo peso del cuerpo, que pende de los clavos, hace que el dolor sea continuo y vaya siempre creciendo hasta acabar con la muerte.

Añádase a esto que los dolores de JESUCRISTO sobrepujaron a todos los demás, porque, como dice el Doctor Angélico, siendo Cristo de constitución delicada, era su cuerpo más sensible al dolor. El Espíritu Santo formó el cuerpo de Cristo muy a propósito para el sufrimiento, como lo había predicho el mismo Redentor y lo asegura el Apóstol diciendo: *Me has apropiado un cuerpo* (5). Dice también SANTO TOMÁS que JESUCRISTO quiso padecer un dolor tan grande, que fuese proporcionado al castigo que temporalmente merecían los pecados de la humanidad. Según el testimonio de TIEPOLI, Cristo recibió en la crucifixión veintiocho martillazos en las manos y treinta y seis en los pies.

Alma mía, mira a tu Señor, mira a tu vida pendiente de la cruz; míralo en lo alto de aquel patíbulo ignominioso, colgado de aquellos crueles clavos, sin poder hallar alivio ni descanso; unas veces se apoya en las manos, otras descarga sobre los pies; pero doquiera descansa se aumenta el dolor y la agonía. Vuelve su lastimada cabeza de una parte y de otra; pero, ¡ay!, si la deja caer sobre el pecho, se dilatan con el peso las llagas de las manos; y si la inclina sobre los hombros, quedan por las espinas traspasados; si la apoya sobre la cruz, las espinas penetran despiadadas en ella. ¡Oh JESÚS mío!, ¡qué muerte más cruel estáis sufriendo!

Redentor mío crucificado, yo os adoro colocado en ese trono de ignominias y de dolores. La ins-

(5) Hebr., X, 5.

cripción puesta en lo alto de la cruz os proclama *Rey de los judíos*; pero prescindiendo del título colocado ahí por escarnio, ¿por qué señales podemos venir en conocimiento de vuestra realeza? Ah, sí, ya lo comprendo; vuestras manos traspasadas, vuestra cabeza coronada de espinas, vuestras sacrosantas carnes desgarradas y todo ese aparato de dolor os están proclamando por rey, pero rey de amor. Permitidme, pues, que con el corazón contrito y humillado me acerque a besar vuestros sagrados pies, traspasados por mi amor, y me abrace a esa cruz, en la cual, en un exceso de amor, quisisteis sacrificaros a la justicia divina, haciéndoos *obediente hasta la muerte de cruz* (6). ¡Dichosa obediencia que nos alcanza el dolor de los pecados! ¿Cuál hubiera sido mi suerte, ¡Salvador mío!, si Vos no hubierais pagado las deudas de mis pecados? Gracias os doy, amor mío, y por los méritos de esta sublime obediencia os suplico me concedáis la gracia de sujetarme en todo a la voluntad divina. Si deseo el paraíso es para poder amaros siempre y con todas mis fuerzas.

III. La Cruz, Escuela de amor. — Mira al Rey del Cielo, próximo a expirar en aquel infame patíbulo. Pregúntale con el profeta: decidme, Señor, *¿qué llagas son esas que veo en medio de tus manos?* (7). Responde por JESÚS el abad RUPERTO y dice: «Son el precio de la redención: son monumentos levantados al amor» (8). Son señales, dice el Redentor, del grande amor que te profeso; son el precio del

(6) Phil., II, 8.

(7) Zach., XIII, 6.

(8) In Zach. li. 5.

cual me serví para rescatarte de la esclavitud de tus enemigos y de la muerte eterna. Ama, pues, alma fiel, a tu Dios, que tanto te ha amado; y si alguna vez dudas de su amor, testigo es la cruz, dice SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA; testigos los dolores, testigo la muerte dolorosísima que por tí padeció, que te darán a entender a qué extremo llegó el amor de tu Redentor (9). «Clama la cruz, añade SAN BERNARDO, dan voces las llagas diciéndonos que Cristo nos amó con verdadero amor» (10).

¡Oh JESÚS mío!, ¡cuán triste y cargado de dolores os veo! Razón tenéis para ello al pensar que, después de haber padecido hasta el punto de morir en la cruz acabado de trabajos, pocos serán los corazones que respondan a vuestro amor. Aun hoy en día, ¡cuántas almas consagradas a Vos, o no os aman u os aman con muy menguado amor! ¡Oh dichosas llamas de amor, que en perfecto holocausto consumisteis en el ara de la cruz la vida de todo un Dios, extinguid también todos los afectos desordenados de mi corazón, e inflamadlo en el amor de mi amantísimo Salvador, que quiso acabar su vida en medio de los espantosos tormentos de la cruz! Amado JESÚS mío, sólo a Vos quiero amar, sólo a Vos, por ser mi Dios, mi amor y mi todo.

IV. La Cruz, Escuela de perfección. — Prometiéndose a los hombres que verían con sus propios ojos a su divino Maestro. *Tus ojos*, dijo ISAIAS, *estarán siempre viendo a tu doctor* (11). Toda la vida de JESUCRISTO fue un no interrumpido ejemplo de

(9) Dom. 17, post Pent., con. 3, n. 7.

(10) In Cant. Sermo 61, n. 4.

(11) Is., XXX, 20.

virtud y una acabada escuela de perfección; pero donde puso cátedra de las más excelsas virtudes fue en lo alto de la cruz. Desde ella nos dio lecciones de paciencia, sobre todo para el tiempo de enfermedad, porque JESUCRISTO sufrió con admirable paciencia los dolores de su acerbísima muerte. Con su ejemplo nos enseñó también a observar fielmente los preceptos divinos, a conformarnos con toda perfección a la voluntad de Dios; la mejor lección que nos dio fue la lección del amor. El Padre PABLO SEÑERI, EL JOVEN, aconsejó a una de sus penitentes que a los pies del Crucifijo escribiese estas palabras: *Ved cómo se ama* (12).

Así se ama, parece decirnos a todos desde lo alto de la cruz nuestro amoroso Redentor cuando, por no soportar algún trabajo, omitimos las obras que son de su agrado, y llegamos a las veces hasta el extremo de renunciar a su gracia y a su amor. Cristo nos amó hasta la muerte, y no bajó de la cruz hasta haber dejado en ella la vida.

¡Ah JESÚS mío!, ya que me habéis amado hasta la muerte, también yo quiero amaros hasta dar por Vos mi vida. Bien sé que en mi vida pasada os he ofendido muchas veces y hecho traición; vengaos, Señor, de mí; pero vengaos apoyado en vuestra misericordia y en vuestro amor. Infundidme tan grande dolor de mis pecados, que el recuerdo de las ofensas que contra Vos cometí me haga vivir siempre bajo el peso del dolor y de la aflicción. En lo por venir, antes que causaros el menor disgusto, prefiero padecer toda suerte de trabajos. ¿Qué penas y qué trabajos mayores podrían sobrevinirme que disgus-

(12) GALLUZZI. *Vida del P. Pablo Séñeri, el joven*, l. IV, cap. II.

taros a Vos, mi Dios, mi Redentor, mi esperanza, mi Señor y mi todo?

V. Jesús, desde la Cruz, pide nuestro amor. — *Y cuando yo seré levantado en alto*, dijo en cierta ocasión JESUCRISTO, *todo lo atraeré a mí. Esto lo decía*, añade SAN JUAN, para significar de qué muerte iba *a morir* (13). Comentando CORNELIO ALAPIDE estas palabras, dice que JESUCRISTO, al ser clavado en la cruz, se ganaría el afecto de todas las naciones del mundo con su amor, con su ejemplo y con los méritos de su preciosísima sangre (14). SAN PEDRO DAMIANO dice también «que apenas el Señor estuvo pendiente de la cruz, cautivó todos los corazones por los encantos de su amor» (15). «¿Quién, por consiguiente, añade ALAPIDE, no amará a Cristo al verle morir por nuestro amor»? (16). Mirad, almas rescatadas, mirad a vuestro Redentor clavado en la cruz; toda su figura respira amor y nos convida a amarle; la cabeza inclinada para darnos el beso de paz, los brazos extendidos para estrecharnos contra su pecho; su corazón abierto para amarnos.

Amado JESÚS mío, ¿cómo pudo ser mi alma tan agradable a vuestros ojos, previendo las injurias que de mi parte habíais de recibir? Para ganar mi corazón quisisteis darme grandes pruebas de amor: venid, pues, azotes y espinas; venid clavos y cruz que atormentasteis el sagrado cuerpo de mi JESÚS; venid y traspasad mi corazón de amor. Recordadme siempre que cuantas gracias he recibido y espero recibir, todas las debo a la Pasión de mi Redentor. ¡Oh

(13) **Io.**, Xii, 32, 33.

(14) **In Io.**, l. c.

(15) **Serm.** 18 de **Inv.** crucis.

(16) **Loc. cit.**

Maestro de amor!, los demás maestros enseñan hablando; Vos, desde la cátedra de la cruz, enseñáis padeciendo; los otros enseñan por el interés; Vos, por amor, no exigiendo más recompensa que la salvación de mi alma. Salvadme, amor mío, y para conseguirlo, dadme la gracia de amaros siempre y complaceros; porque amándoos me salvaré.

VI. La Cruz, escuela de paciencia. — Mientras que JESÚS agonizaba en la cruz, no cesaban los hombres de atormentarle con escarnios e insultos. Unos le decían: *A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo. Si es Rey de Israel*, añadían otros, *que baje de la cruz* (17). ¿Y cómo responde JESÚS desde la cruz a los insultos que le dirigen sus enemigos? ¿Pide acaso a su Eterno Padre que los castigue? Todo lo contrario: *Padre mío*, exclama, *perdónalos, porque no saben lo que hacen* (18).

Para patentizar el piélago insondable de amor que tenía en su pecho, dice SANTO TOMÁS, pidió perdón por sus verdugos; lo pidió y lo alcanzó, porque al verle muerto se arrepintieron de su pecado, y *se volvían dándose golpes de pecho* (19).

Amadísimo Salvador mío, he aquí a vuestros pies a uno de vuestros más crueles perseguidores; pedid a vuestro Padre, que también a mí me perdone. Es verdad que los judíos y los verdugos ignoraban lo que hacían al crucificaros; pero yo, al pecar, bien sabía que ofendía a un Dios crucificado y muerto por mí; pero vuestra sangre y vuestra muerte han alcanzado también misericordia para mí; y no puedo

(17) Matth., XXVII, 42.

(18) Luc., XXIII, 34.

(19) Luc., XXIII, 48.

desconfiar de alcanzar el perdón al entender que, para perdonarme, habéis muerto por mí. Amable Redentor mío, descansa sobre mi alma una de aquellas afectuosas miradas que me dirigisteis al morir en la cruz; miradme y perdonadme la ingratitud con que he correspondido a vuestro amor. Me arrepiento, JESÚS mío, de haberos menospreciado; os amo con todo mi corazón, y, movido por vuestro ejemplo, amo también a los que me han ofendido; deséoles toda suerte de bienes y propongo servirlos y socorrerlos en cuanto pueda para agradaros a Vos, Señor mío, que quisisteis morir por mí, a pesar de haberos tanto ofendido.

Acuérdate de mí, os dijo, buen JESÚS, el ladrón dichoso, y quedó consolado al oír brotar de vuestros labios estas palabras: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (20). Acordaos, Señor de mí, os digo yo también, y no olvidéis que soy una de las muchas ovejas por las cuales disteis la vida. Consoladme dándome a entender que me perdonáis todos mis pecados, infundiéndome gran dolor de todos ellos. ¡Oh Pontífice incomparable!, que sacrificasteis la vida por amor a vuestras criaturas, ten compasión de mí. De hoy en adelante os consagro mi voluntad, mis sentidos, mis satisfacciones y todos mis deseos. Creo firmemente que Vos, Dios mío, habéis muerto crucificado por mí, y os suplico que vuestra sangre divina bañe mi alma, la purifique de sus pecados, me inflame en vuestro santo amor y me haga del todo vuestro. Os amo, JESÚS mío, y deseo morir crucificado por Vos, que habéis muerto por mí crucificado.

Eterno Padre, verdad es que os he ofendido; pero mirad a vuestro Hijo crucificado en el madero

(20) Luc., XXIII, 43.

de la cruz que expía mis pecados, ofreciéndooos, en sacrificio, su vida divina. Os ofrezco sus méritos, que lo son también míos, puesto que El me los ha dado, y por el amor de este vuestro Hijo os suplico que tengáis compasión de mí. El mayor favor que os pido es que me devolváis la gracia que yo, en mi desventura, tantas veces he menospreciado; me arrepiento de haberos ultrajado y os amo; sí, os amo, mi Dios y mi todo; y por complaceros estoy pronto; a padecer todos los ultrajes y dolores y miserias, y hasta la misma muerte.

CAPITULO XIII

DE LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE JESUCRISTO EN LA CRUZ Y DE SU MUERTE.

I. Jesús muere sin consuelo humano. — Dice SAN LORENZO JUSTINIANO (1) que la muerte de JESÚS fue la más amarga y dolorosa de cuantas han podido sufrir los hombres, porque el Redentor murió en la cruz sin experimentar el más pequeño alivio. Cuando sufrimos alguna pena o quebranto, suele venir a mitigarla un pensamiento que nos alienta y consuela; pero el dolor y la tristeza de JESÚS, según el Angélico Doctor (2), fue puro dolor, fue tristeza sin consuelo. Que por esto SAN BERNARDO, contemplando a JESÚS en las agonías de la cruz, le dice suspirando: «Amadísimo Redentor mío, al veros clavado en ese madero infame, desde la planta de los pies a la cabeza, yo no hallo más que dolor y aflicción» (3).

¡Oh bondadosísimo Redentor mío, oh amor de mi alma! ¿por qué tanto afán en derramar toda vuestra sangre preciosa?, ¿por qué sacrificar vuestra vida divina por un gusano tan vil e ingrato como yo? ¡Oh JESÚS mío!, ¿cuándo llegará el día en que me

(1) *De Tr. Chr. Ag.*, c. 17. *Obras*, Venecia, 1721, p. 267.

(2) *P.* 3, g. 45, a. 6.

(3) *Obras*, Lyon, 1668. *Serm.* V.

una de tal suerte a vuestro corazón que no pueda separarme de Vos, ni dejar de amaros? ¡Ah, Señor, mientras viva en el mundo estoy expuesto a rehusaros mi amor y perder vuestra amistad, como lo hice en mi pasada vida. Amadísimo Salvador mío, si algún día he de sufrir tamaña desgracia, os ruego, por los méritos de vuestra Pasión, que me enviéis la muerte en este instante, en que espero gozar de vuestra gracia y amistad. Os amo y quiero siempre amaros.

Laméntase JESÚS, por boca de Salmista, que estando para morir en la cruz buscaba quien le consolase y no lo halló. *Esperé, dice, que alguno se condoliese de mí, mas nadie lo hizo* (4). En las agonías de la cruz, JESÚS era maldecido y blasfemado por judíos y romanos. Junto a la cruz de Cristo estaba también María, que, de haber podido, le hubiera proporcionado algún alivio; pero el dolor de esta afligida y amorosa Madre contribuía a aumentar las penas del Hijo, que tanto le amaba. De modo que, como dice SAN BERNARDO, «las penas de María, al desbordar de su corazón, iban a inundar de amargura el corazón de JESÚS (5), de tal manera, que el Redentor, al contemplar a María tan angustiada, sentía atravesada su alma más por los dolores que padecía su Madre que por los suyos propios. Por esto dice SAN BERNARDO: «¡Oh buen JESÚS!, grandes dolores padecéis en el cuerpo; pero los padecéis mayores en el corazón, espejo de angustias de vuestra Madre» (6).

¡Qué amarguras debieron inundar los amantes

(4) Ps., LXVIII, 21.

(5) Apud Siniscalchi. *Il Martirio del Cuore di M. Adol.*, cons. 39.

(6) LUDOLFO DE SAJONIA, *Vida de Jesucristo*, p. II, cap. LXIII.

corazones de JESÚS y de María cuando JESÚS, antes de expirar, tuvo que despedirse de su Madre! He aquí las últimas palabras de despedida que JESÚS dirigió a María: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*; y le señaló a Juan para que le recibiese en su lugar por hijo.

¡Oh Reina de los dolores!, las recomendaciones de un hijo moribundo a quien ama entrañablemente se tienen en tan grande estima, que jamás se caen de la memoria de una madre. Acordaos, pues, que vuestro Hijo, que tanto os amaba, os dejó por hijo, en la persona de Juan, a este pobre pecador que yace postrado a vuestros pies. Por el amor que tenéis a JESÚS, compadeceos de mí. Yo no os pido bienes de la tierra; pues al ver a vuestro Hijo que muere por mí agobiado de dolores, al veros a Vos, santísima Madre mía, que por mí sobrelleváis tantos trabajos; al considerar que por mis pecados merecía estar sepultado en el infierno, y que, esto no obstante, nada he padecido por vuestro amor, quiero sufrir por Vos algún trabajo antes de morir. Esta gracia os pido diciéndoos con SAN BUENAVENTURA: ¡Oh Señora!, si os he ofendido, herid mi corazón en justo castigo de mi culpa; y si os he amado, os pido en justa recompensa que hiráis mi corazón» (7). Alcanzadme, oh María, grande devoción y continuo recuerdo de la Pasión de vuestro Hijo. Y por las angustias que padecisteis al verlo expirar en la cruz, alcanzadme una buena muerte. Asistidme, Reina mía, en aquel angustioso trance y concededme la gracia de morir amando y pronunciando los santísimos nombres de JESÚS y de María.

(7) Stim. div. am., p. I, c. 3.

II. Jesús muere sin consuelo divino. — Viendo JESÚS que no había en la tierra quien le pudiera consolar, levantó el corazón y la mirada a su Padre en ademán de pedir consuelo. Mas al ver el Eterno Padre a su Hijo cubierto con el manto de pecador, le dice: No, Hijo mío; no te puedo consolar ahora, que estás satisfaciendo a mi justicia por todos los pecados de los hombres; conviene que yo también te abandone en tu desamparo y te deje morir sin consuelo. Entonces, según el testimonio de SAN MATEO, exclamó JESÚS con una gran voz, diciendo: *¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿por qué me habéis desamparado?* (8). Explicando DIONISIO CARTUJANO estas palabras, dice que JESÚS las profirió en alta voz para que entendiesen todos que moría agobiado por el dolor y la tristeza. Nuestro amoroso Redentor quiso morir abandonado y privado de todo consuelo «para manifestarnos el amor que nos tenía, dice SAN CIPRIANO, y ganar para sí nuestros corazones».

¡Amado JESÚS mío!, sin razón os lamentáis cuando decís: ¿Por qué, Dios mío, me habéis abandonado? ¿Por qué?, preguntáis. Y ¿por qué os responderé, os habéis comprometido a pagar la deuda de nuestros pecados por la que merecíamos ser de Dios abandonados? Con razón, pues, os abandona el Padre en vuestro desamparo y os deja morir sumergido en un mar de penas y amarguras. ¡Ah Redentor mío!, vuestro abandono me aflige y a la vez me consuela: me aflige al veros morir cercado de tantas angustias; y me consuela, porque me da fundadas esperanzas de que por vuestros merecimientos no quedaré desamparado de la misericordia divina, como lo tenía merecido por haberme separado de Vos para seguir mis capri-

(8) *Matth.*, XXVII, 46.

chos. Dadme a entender cuán grande tormento sería para mí el verme privado de Dios para siempre, cuando para Vos fueron de indecibles amarguras aquellos momentos en que os visteis privado de la presencia sensible de la divinidad. Por el cruel desamparo que entonces padecisteis, no me abandonéis, JESÚS mío, sobre todo en el momento de la muerte, cuando todos me han de abandonar. Atribulado Salvador mío, sed mi apoyo y mi consuelo en mis desolaciones y angustias. No ignoro que si padezco sin género alguno de consuelo agradaré más a vuestro adorable corazón; pero hartos conocéis mi natural flaqueza; ayudadme, pues, con vuestra gracia, y en mis postreros momentos infundidme perseverancia, paciencia y resignación.

III. Jesucristo muere sediento de nuestra salvación. — Estando JESUCRISTO para expirar, dijo: *Sed tengo*. — «Pero, Señor, pregunta LEÓN DE OSTIA, ¿Por qué tenéis sed? ¿Calláis las infinitas amarguras que padecéis en la cruz y sólo os lamentáis de la sed? (9). — «Tengo sed de vuestra salvación» le hace decir SAN AGUSTÍN. Almas queridas, responde JESÚS, la sed que me abrasa y me consume es el deseo que tengo de vuestra salvación. Nuestro amante Redentor deseaba con grande ardor ganar nuestras almas, y por eso sentía como una sed que le devoraba de entregarse a la muerte por nuestro amor. Este era el género de sed que le consumía, dice SAN LORENZO JUSTINIANO (10), y la que le movía a morir por nosotros. Y SAN BASILIO añade que JESUCRISTO se quejó de la sed para darnos a entender que su deseo era padecer

(9) S. de P. Dom.

(10) De Tr. Chr. Ag., c. 19. Obras, Venecia, 1721; p. 273.

todavía más de los que había sufrido, de suerte que el deseo aventajó a la misma pasión (11).

¡Oh Dios amabilísimo!, es tan grande vuestro amor, que suspiráis que os correspondamos con el nuestro. ¡Ah, Señor, Vos tenéis sed de que os ame este vil gusanillo, y yo, ¿no tendré ansias de amar a un Dios de infinito amor? Por los méritos de la sed que padecisteis en la cruz, dadme un gran deseo de amaros y complaceros en todo. Habéis prometido escuchar todas nuestras plegarias; yo sólo os pido una cosa: el don precioso de vuestro santo amor. Verdad es que no merezco tan gran merced; pero gloria y triunfo especial de vuestra sangre será el inflamar en llamas de amor el corazón que en otro tiempo os ha menospreciado y purificar con incendios de caridad el alma cubierta con el fango de mil géneros de pecados. Mucho más de lo que os pido habéis hecho ya muriendo por mí. ¡Oh Señor infinitamente bueno!, quisiera amaros tanto como merecéis; gózome en el amor que os tienen las almas piadosas, y más todavía en el que Vos mismo os tenéis; al uno y al otro amor uno yo el mío, por débil y flaco que sea. Os amo, Dios eterno; os amo, amabilidad infinita; haced que vaya creciendo en amor por actos con frecuencia repetidos y por los esfuerzos constantes que haga para agradaros sin reserva y complaceros en todo. Pobre y miserable soy, pero a lo menos quiero ser todo vuestro.

IV. Jesús, con su muerte, acaba la obra de la Redención. — JESUCRISTO, momentos antes de expirar, con voz trémula y moribunda, exclamó: *Todo está*

(11) Oratio 24.

consumado (12). Al pronunciar estas palabras recorrió con la mente todo el curso de su vida, los trabajos que había padecido, la pobreza, los dolores y las ignominias sufridas, ofreciendo todo de nuevo al Eterno Padre por la salvación del mundo. Luego, dirigiéndose a nosotros, pareció repetir: *Todo está consumado*. Como si dijera: Mirad, ¡oh hombres!, que todo está acabado, todo se ha cumplido; la obra de la Redención, terminada; la justicia divina, aplacada y satisfecha; el paraíso, de par en par abierto. *Ya llegó el tiempo, el tiempo de los amores* (13). Sí, ya es tiempo, pobres hijos de Adán, ya es tiempo de que comencéis a amarme. Amadme, pues, amadme, que ya no puedo hacer más para cautivar vuestro amor. Ved lo que he llevado a cabo para ganar vuestro cariño; por vosotros he vivido una vida amargada con mil tribulaciones, y al cabo de ella he consentido, antes de morir, que derramaran toda mi sangre, que me escupieran en el rostro, que azotaran todo mi cuerpo, que me coronaran de espinas, que me clavarán en esta cruz, donde estoy agonizando, como veis. ¿Qué más me queda por sufrir? Sólo me falta el morir por vosotros; pues bien, quiero morir; ven muerte, que te doy licencia para quitarme la vida por la salvación de mis ovejas. Y vosotras, amadas ovejas, amadme, amadme, con entrañable amor, porque ya no sé qué hacer para obligaros a amarme. «Todo está consumado, acaba diciendo el Padre TAULERO; todo lo que la justicia exigía, todo lo que la caridad demandaba, todo lo que podía servir para manifestar el amor (14).

(12) **Io.**, XIX, 30.

(13) **Ezech.**, XVI, 8.

(14) **De vit. et pass. Salvat**, c. 49.

¡Amado JESÚS mío!, ojalá que yo también pudiera decir en la hora de la muerte: Señor, todo está consumado; he hecho todo cuanto me habéis ordenado; he llevado con paciencia las cruces de la vida; me he esmerado por complaceros en todo. ¡Ah, Dios mío!, si tuviera que morir en este instante, no moriría contento, porque nada de esto podía decir con verdad. Pero, ¿he de corresponder siempre con ingratitud a vuestro amor? Concededme, por favor, la gracia de trabajar por agradaros los años que me restan de vida, a fin de que, en la hora de mi muerte pueda con verdad decir que, a lo menos desde hoy, he cumplido con vuestra santísima voluntad. Si en lo pasado os ofendí, vuestra muerte es mi esperanza; mas en lo por venir no quiero haceros traición; mas de Vos espero la gracia de la perseverancia; os la pido, JESÚS mío, y de Vos la espero apoyado en vuestros merecimientos.

V. Muerte de Jesús. — Nuestro divino Redentor se acerca a su fin postrero; mírale, alma mía, cómo está luchando con las agonías de la muerte; contempla sus ojos moribundos, su rostro lívido y amoratado, su corazón que late pausadamente, su cuerpo que se siente invadido por la muerte, y su alma hermosísima que está próxima a abandonar el desgarrado cuerpo. El cielo se obscurece, tiembla la tierra, se abren los sepulcros: ¿qué es lo que anuncian tan espantosas señales? La muerte del Criador del Universo.

En fin, después de haber encomendado su alma benditísima al Padre Eterno, nuestro Redentor, desde lo más íntimo del corazón, dio un gran suspiro, e inclinando la cabeza en señal de obediencia, y ofreciendo su muerte por la salvación de los hombres, expiró por la violencia del dolor, entregando su alma

en manos de su amado Padre. *Entonces JESÚS, dice SAN LUCAS, clamando con una voz muy grande, dijo: Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto expiró (15).*

Acércate, alma mía, al pie del santo madero de la cruz, donde el Cordero de Dios ha muerto sacrificado por tu salvación; acércate y medita que ha muerto por el entrañable amor que te profesaba. Pide cuanto quieras a tu amado Señor y espéralo todo de su bondad.

¡Oh JESÚS mío!, ¡oh Salvador del mundo!, ved a qué extremo os ha reducido el amor que teníais a los hombres. Gracias, porque, aun siendo Dios, quisisteis perder la vida para que no se perdiesen nuestras almas; gracias os doy por todos, pero muy señaladamente por mí; porque, ¿quién más que yo ha participado del fruto de vuestra muerte? Sin yo saberlo, y por vuestros méritos infinitos, fui hecho por el bautismo hijo de la Iglesia; y después vuestro amor me ha perdonado muchas veces mis pecados y me ha otorgado gracias especialísimas. Por Vos, finalmente, tengo la esperanza de morir en gracia de Dios y de ir a amarle en el Paraíso.

Amado Redentor mío, de ¡cuán grandes favores os soy deudor! En vuestras manos, traspasadas por los clavos, pongo mi pobre alma. Dadme a entender cuán grande ha sido el amor de un Dios que le ha llevado a morir por mí. También yo, Señor, quisiera morir por Vos; mas ¿que vale la muerte de mi Señor y mi Dios? Quisiera, al menos, amaros con todas mis fuerzas; pero ni esto ni nada puedo, JESÚS mío, sin vuestro favor y ayuda. Ayudadme, pues, y por los méritos de vuestra muerte haced que muera a

todos los amores de la tierra, a fin de que sólo a Vos ame, que sois digno de infinito amor. Os amo, bondad infinita, os amo, Soberano mío, y os diré con SAN FRANCISCO (16): «Muera yo a todo en agradecimiento, al menos, del amor infinito que os llevó a morir por mi amor y para que yo os correspondiera con el mío.»

¡Oh María, Madre mía!, interceded por mí. Amén.

(16) Obras, t. I, 1739, p. 19; 20.

CAPITULO XIV

DE LOS MOTIVOS DE ESPERANZA QUE DEBEMOS TENER EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

I. Jesucristo, nuestra única esperanza. — JESUCRISTO es la única esperanza de nuestra salvación. *Fuera de El no hay que buscar la salvación en ningún otro* (1). *Yo soy la puerta, dice; el que por mí entrare, se salvará* (2). ¿Qué pecador hubiera podido jamás esperar el perdón si JESUCRISTO no hubiera aplacado la divina Justicia derramando su sangre y dando su vida por nosotros? Por esto nos exhorta el Apóstol por estas palabras: *Si la sangre de los machos cabríos y de los toros borraba en los judíos las manchas exteriores del cuerpo, para que pudieran ser admitidos a los santos misterios, ¿cuánto más la sangre de JESUCRISTO, el cual, por impulso del Espíritu Santo, se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas de los pecados, para que tributemos verdadero culto al Dios vivo?* (3).

Nuestro amoroso Redentor vino al mundo para salvar a los pecadores; y ¿qué hizo al ver que por nuestros pecados se había lanzado contra nosotros senten-

(1) Act., IV, 12.

(2) Io., X, 9.

(3) Hebr., IX, 13, 14.

cia de condenación? Pagó con su muerte la pena que merecíamos; borró con su sangre el decreto que nos condenaba a muerte, y para que la Justicia divina no nos pidiese la debida satisfacción, lo clavó en la cruz donde murió. *Y cancelada la cédula del decreto, dice SAN PABLO, firmando contra nosotros, que nos era contrario, quitóla de en medio, clavándola en la cruz* (4). *Y Cristo entró una vez para siempre en el Santuario, habiendo obtenido una eterna redención del género humano* (5).

¡Oh JESÚS mío!, si no hubieseis hallado este medio de alcanzarnos el perdón, ¿quién hubiera podido encontrarlo? Razón tenía DAVID para exclamar: *Anunciad entre las naciones sus proezas* (6). Publicad, bienaventurados, las amorosas industrias de que se ha servido nuestro Dios para salvarnos. Dulcísimo Salvador mío, ya que tanto me habéis amado, tened compasión de mí; con vuestra muerte me habéis arrancado de las garras de Lucifer. *En tus manos encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Señor, Dios de la verdad* (7).

II. Jesucristo, nuestro abogado. — *Hijitos míos, dice SAN JUAN, estas cosas os escribo para que no pequéis; pero aun cuando alguno, por desgracia, pecare, tenemos por abogado para con el Padre a JESUCRISTO el justo, y El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados* (8). JESUCRISTO no acabó con su muerte de interceder por nosotros cerca del Eterno Padre, pues todavía sigue haciendo oficio

(4) Coloss., II, 14.

(5) Hebr., IX, 12.

(6) Ps., IX, 12.

(7) Ps., XXX, 6.

(8) Io., II, 1, 2.

de abogado nuestro y en el cielo su única ocupación parece ser excitar la misericordia del Padre en nuestro favor. *Como que está siempre vivo*, dice SAN PABLO, *para interceder por nosotros* (9). Y añade el Apóstol *que entró en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros en el acatamiento de Dios* (10). Así como los rebeldes son arrojados de la presencia del rey, así también nosotros, pecadores, no habiéramos sido dignos de presentarnos delante de Dios, ni aun para pedirle perdón, pero JESÚS, como Redentor nuestro, se presenta delante de Dios en nuestro nombre y por sus méritos nos alcanza la gracia que habíamos perdido.

Os habéis acercado, dice SAN PABLO, a JESUCRISTO, *mediador de la nueva alianza, y a la aspersion de aquella su sangre que habla mejor que la de Abel* (11). La sangre del Redentor implora con más eficacia la misericordia de Dios en nuestro favor que pide venganza contra Caín la sangre de Abel. «Mi justicia, dijo cierto día el Señor a Santa María Magdalena de Pazzi, se ha trocado en clemencia desde que tomé venganza en la carne inocente de JESÚS. La sangre de este mi Hijo no pide venganza como la de Abel; sólo reclama piedad y misericordia; y al oír estas voces, mi justicia queda aplacada. Esta sangre me ata las manos, por decirlo así, y no las puedo mover para vengarme de los pecadores como antes lo hacía» (12).

No te olvides, pues, dice el EEPÍRITU SANTO, *del beneficio que te ha hecho tu fiador, pues ha expuesto por ti su vida* (13). ¡Oh JESÚS mío!, después de haber

(9) Hebr., VII, 25.

(10) Hebr., IX, 24.

(11) Ib., XII, 22, 24.

(12) PUCCINI. *Vida*, Florencia, 1611, p. VI, cap. III.

(13) Eccli., XXXIX, 20.

pecado, era incapaz de satisfacer a la Justicia divina, mas Vos, con vuestra muerte, habéis querido dar por mí cumplida satisfacción. Por lo cual sería un monstruo de ingratitud si me olvidase de tan gran misericordia. No, Redentor mío; no quiero echar en olvido vuestros beneficios; antes por el contrario, mi intención es daros por ellos continuas acciones de gracias y manifestaros mi reconocimiento, amándoos y haciendo todo lo que en mi mano está para agradaros. Dadme alguna partecica en la gracia infinita que atesorasteis con tanto sufrir. Os amo, JESÚS mío, amor mío y esperanza mía.

III. Jesucristo, nuestro refugio. — *Ven, paloma mía, y descansa en los agujeros de las piedras* (14). No hay refugio más seguro que estos sagrados agujeros de la piedra; es decir, las llagas del Salvador. «Los agujeros de la piedra, dice SAN PEDRO DAMIANO, son las llagas del Redentor; en ellas deposita nuestra alma su esperanza» (15). En ellas encontraremos la medicina para curar la desconfianza que engendran nuestros pecados y las armas para defendernos de nuestros enemigos, que nos quieren de nuevo arrastrar al pecado. *Tened confianza*, nos dice JESUCRISTO, *que yo he vencido al mundo* (16). Si no tenéis fortaleza suficiente para resistir a los asaltos del mundo, que os brinda con sus placeres, confiad en mí, dice Nuestro Salvador, que yo he vencido al mundo y vosotros también le venceréis. Pedid, añade, al Eterno Padre que por mis méritos os dé la fortaleza que necesitáis, porque, *en verdad os digo que cuanto pidieréis al*

(14) Cant., II, 13, 14.

(15) De S. Matth., s. 3.

(16) Io., XVI, 33.

Padre en mi nombre os lo concederá (17). Y en otro lugar confirma esta promesa diciendo: Y cuanto pidiereis al Padre en mi nombre yo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo (18).

Padre eterno, apoyado en los méritos y en las promesas de JESUCRISTO, os pido, no bienes de la tierra, sino vuestra gracia; bien sé que por las injurias que os he hecho soy indigno de perdón y de gracia; pero si yo no merezco ni el uno ni la otra, lo ha merecido por mí vuestro Hijo derramando su sangre y dando su vida. Por amor, pues, de este vuestro Hijo, perdonadme; dadme gran dolor de mis pecados y grande amor. Iluminad mi entendimiento para que comprenda cuán amable es vuestra bondad y cuánto me habéis amado desde toda la eternidad. Dadme a conocer qué es lo que de mí pedís y fuerza de voluntad para cumplir lo que fuere de vuestro agrado. Os amo, Señor, y quiero hacer lo que vuestra voluntad de mí dispusiere.

IV. Jesús, nuestro Redentor. — Grande esperanza de salvación nos da la muerte de JESUCRISTO. ¿Quién osará condenarnos, pregunta el Apóstol, después que JESUCRISTO murió por nosotros en una cruz para no condenarnos a muerte eterna? (19). Y SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, alentando al pecador, exclama: «¿Qué temes, pecador, si aborreces tu pecado? ¿Cómo te condenará aquel Señor que murió para no condenarte? Y ¿te desechará si te arrojas a sus pies contrito el que bajó del cielo para buscarte cuando huías?» (20). Pero todavía nos alienta más el mismo

(17) **Io.**, XVI, 23.

(18) **Ib.**, XIV, 13.

(19) **Rom.**, VIII, 34.

(20) **In Dom. I Ad.** c. 5, n. 13.

Redentor diciéndonos por boca de ISAÍAS: *Mira cómo te llevo yo grabado en mis manos, tus muros los tengo siempre delante de mis ojos* (21). Amada oveja mía, no desconfíes; mira cuánto me has costado; aquí te llevo escrita en mis manos; en estas llagas que en mis manos abrieron; y ellas me están recordando de continuo que necesitas de mi socorro y mi favor para defenderte de tus enemigos. Amame y pon en mí tu confianza.

Sí, JESÚS mío, os amo y en vos confío; el redimirme os ha costado grandes trabajos, pero nada os cuesta el salvarme, mayormente que vuestro deseo es salvarnos a todos, sin que nadie se pierda. Si mis pecados me desalientan, aliéntame vuestra bondad que más desea hacerme bien que yo recibirlo. Amadísimo Redentor mío, os diré con el Santo JOB: *Aun cuando el Señor me quitare la vida, en El esperaré y El será mi Salvador* (22). Aun dado caso que me arrojéis de vuestra presencia, no dejaré de esperar en Vos, amor mío, que sois mi Salvador. Vuestra sangre y vuestras llagas me dan ánimo para esperar todo de vuestra misericordia. Os amo, JESÚS mío, y en Vos espero.

V. Jesús, nuestra corona. — Estando enfermo el glorioso San Bernardo, se vio trasladado delante del tribunal de Dios, donde el demonio, acusándole de sus pecados, le decía que era indigno del Paraíso. Mas el Santo respondió: Es verdad que yo no merezco el cielo; pero JESUCRISTO tiene dos títulos para entrar en la gloria: ser Hijo natural de Dios y haberla conquistado con su muerte; El se contenta con el primer

(21) Is., XLIX, 16.

(22) Iob, XIII, 15, 16.

título y me cede a mí el segundo, por el cual pido y espero alcanzar el paraíso. Lo mismo podemos decir también nosotros, pues, según SAN PABLO, JESUCRISTO quiso morir agobiado de dolores para alcanzar el Paraíso a todos los pecadores arrepentidos y resueltos a enmendarse. *Y sacrificado en la cruz*, dice el APÓSTOL, *vino a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen* (23). Y luego añade: *Corramos al término del combate, poniendo siempre los ojos en JESÚS, autor y consumador de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia* (24). Luchemos animosos contra nuestros enemigos, puestos los ojos en nuestro capitán JESUCRISTO, el cual, en virtud de los méritos de su Pasión, nos brinda con la victoria y la corona.

El salvador subió al cielo para prepararnos un asiento. *No se turbe vuestro corazón..., voy a preparar lugar para vosotros* (25). Ha dicho, y no cesa de decírselo también a su Padre, que quiere tener consigo en el cielo a los que el Padre le ha confiado. *Padre*, le dice, *yo deseo ardientemente que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy* (26). «¿Puede darse mayor misericordia, dice SAN ANSELMO, cuando el pecador, condenado ya al infierno, sin que nada ni nadie le pueda valer, oye al Padre Eterno que dice; Toma a mi Hijo unigénito y ofrécele por ti; y el Hijo le diga: Tómame a mí por rescate del infierno?» (27).

(23) Hebr., V. 9.

(24) Hebr., XII, 1, 2.

(25) Io., XIV, 1, 2.

(26) Id., XVII, 24.

(27) Cur D. H. l. 2, c. 20.

¡Oh Padre amorosísimo!, gracias os doy por haberme dado a vuestro Hijo por mi Salvador; os ofrezco su muerte y sus méritos, suplicándoos que tengáis compasión de mí. No me cansaré de daros gracias, Redentor mío, por haber dado la sangre y la vida por librarme de la muerte eterna. «Rogámoste, Señor, que vengáis en socorro de vuestros siervos, redimidos por vuestra preciosa sangre» (28). Salvad a vuestros siervos rebeldes, ya que a tanta costa los habéis redimido. ¡Oh JESÚS, única esperanza mía, ya que tanto me amáis, hacedme santo, puesto que vuestra omnipotencia lo puede hacer. Si soy flaco, dadme fortaleza; si mi alma está enferma a causa de mis pecados, sanadla con la medicina preciosa de vuestra sangre. Dadme vuestro amor; dadme la perseverancia final; dadme el singular consuelo de morir en vuestra gracia; dadme, finalmente, el Paraíso; apoyado en vuestros méritos lo pido, y de Vos lo espero. Os amo, Dios mío amabilísimo, con toda mi alma, y espero amaros por toda la eternidad. Venid en socorro de un desventurado pecador que desea amaros.

VI. Jesús, nuestro mediador. — *Teniendo, pues, por Sumo Pontífice, dice SAN PABLO, a JESUCRISTO, Hijo de Dios, que penetró hasta lo más alto de los cielos y nos abrió sus puertas, cerradas por el pecado, estamos firmes en la fe que hemos profesado, pues no es tal nuestro Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo experimentado todas las tentaciones, a excepción del pecado, por razón de la semejanza que tiene con nosotros. Lleguémonos, pues, con confianza al trono de la gracia divina, para alcanzar misericordia y socorro en tiempo*

(28) (Cant. Te Deum.)

conveniente (29). Y ¿cómo podemos temer que el Padre nos rehúse la gracia después de habernos dado a su propio Hijo? *El que ni a su propio Hijo perdonó, dice SAN PABLO, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo después de habérmolo dado a El, nos negará cualquier otra cosa?* (30). «No nos negará lo menos, es decir, la vida eterna, dice el CARDENAL HUGO comentando estas palabras, el que nos ha dado lo más, que es su propio Hijo.»

¡Oh Soberano Señor mío!, ¿qué os daré yo, pobre como soy, para corresponder al don inefable que me habéis dado dándome vuestro Hijo? *El Señor, os diré con DAVID, pagará por mí* (31). No tengo medios de corresponder a vuestras dádivas; pero vuestro Hijo sabrá hacerlo por mí con creces. Padre mío misericordiosísimo, por las llagas de JESÚS os ruego que me alcancéis la salvación. Os amo, bondad infinita, y porque os amo me arrepiento de haberos ofendido. Dios mío, Dios mío, quiero entregarme a Vos sin reserva; recibidme por amor de JESUCRISTO. ¡Oh Creador mío!, ¿será posible que después de haberme dado a vuestro Hijo me neguéis vuestros bienes, vuestra gracia, vuestro amor y vuestro Paraíso?

VII. Jesús, nuestra vida. — Asegura SAN LEÓN «que más hemos ganado por la muerte y gracia de Cristo que habíamos perdido por la envidia del demonio» (32). Queriendo con esto declarar lo que ya había escrito SAN PABLO a los romanos. *No fue el don, dice, así como el delito, porque donde abundó el deli-*

(29) Heb., IV, 14-15.

(30) Rom., VIII, 32.

(31) Ps, 137, 8.

(32) De Asc. D. S. 1.

to, sobreabundó la gracia (33). «La gracia de Cristo es de mayor eficacia, dice el CARDENAL HUGO, que el pecado.» No puede establecerse comparación, dice el Apóstol, entre el pecado del hombre y el don que Dios nos hizo dándonos a JESUCRISTO; grande fue el pecado de Adán, pero ha sido infinitamente mayor la gracia que JESUCRISTO nos ha merecido con su Pasión. *Yo he venido*, dice JESÚS, para que *mis ovejas tengan vida y la tengan en más abundancia* (34). Vine al mundo a fin de que los hombres, muertos por el pecado, no sólo tengan por mí la vida de la gracia, sino una vida más lozana que la que por la culpa perdieron. Por eso la Iglesia, en los transportes de alegría exclama: «¡Feliz culpa, que nos has merecido tan excelso y preclaro Redentor! (35).

He aquí que Dios es mi Salvador, os diré con ISAÍAS; *viviré lleno de confianza y no temeré* (36). Aunque Vos, JESÚS mío, sois un Dios omnipotente, sois también mi Salvador; siendo esto así, ¿por qué temer mi condenación? Y si en lo pasado os he ofendido, me arrepiento de ello con todo mi corazón; en lo por venir quiero serviros, obedeceros y amaros. Espero firmemente de Vos, Redentor mío, que tanto habéis hecho y sufrido por mi salvación, que no me neguéis ninguna gracia de las que necesito para salvarme. «Sí. dice SAN BUENAVENTURA, iré a El fundado en toda esperanza, pues nada me negará que sea conducente a mi salvación el que tanto ha hecho y sufrido por salvarme» (37).

(33) Rom., V, 15-20.

(34) Io., X, 10.

(35) Oficio del Sábado Santo, en la bendición del cirio.

(36) Is., XII, 2.

(37) Obras, 1898, p. 8.

VIII. Jesús, fuente de gracia. — *Sacaréis agua, dice ISAÍAS, de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Dad gracias al Señor e invocad su nombre (38). Las llagas de JESÚS son esas fuentes dichosas, de las cuales podemos recibir toda suerte de gracias si las pedimos con fe. De la casa del Señor, dice el Profeta, brotará una fuente que regará el valle de las espinas (39). La muerte de JESÚS es la fuente que aquí se promete que inundará nuestras almas con las aguas de la gracia: y las espinas de los pecados se trocarán en flores y frutos de vida eterna. JESUCRISTO, siendo rico, dice SAN PABLO, se hizo pobre por nosotros, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza (40). Nosotros, pecando, nos habíamos hecho ignorantes, injustos, malvados, esclavos del infierno; Pero JESUCRISTO, muriendo por nosotros y satisfaciendo por nuestros pecados, fue constituido por Dios para nosotros por fuente de sabiduría y justicia, y por santificación y redención nuestra (41). He aquí cómo explica SAN BERNARDO estas palabras: «Es nuestra sabiduría, porque nos instruye; nuestra justicia, porque nos perdona; nuestra santificación, edificándonos con sus ejemplos, y nuestra redención, librándonos de las asechanzas de Lucifer por los méritos de su Pasión» (42). En una palabra, los méritos de JESUCRISTO, concluye diciendo el Apóstol, nos han enriquecido con todo linaje de bienes, de tal manera que nada nos falte en ninguna suerte de gracia (43).*

(38) Is., XII, 3, 4.

(39) Joel, III, 18.

(40) II Cor., VIII, 9.

(41) I Cor., I, 30.

(42) In Cant., V, 22.

(43) I Cor., I, 5, 7.

¡Oh JESÚS mío, amadísimo JESÚS mío!, ¡qué esperanzas tan bien fundadas tengo en vuestra Pasión! ¡Cuántos favores os debo, amado Señor mío!, ¡ojalá que jamás os hubiera ofendido! Perdonadme las ofensas que os he hecho; inflamadme en vuestro santo amor y salvadme por toda la eternidad. ¿Cómo puedo temer que me niegue el perdón, la salvación eterna, y todo género de gracias aquel Dios todo poderoso que me ha dado su sangre? ¡Oh JESÚS mío y esperanza mía!, habéis perdido vuestra vida por no perderme a mí toda la eternidad; por eso no quiero perderos a Vos, que sois bien infinito. Si en otro tiempo os ofendí, me arrepiento por ello, prometiéndoo no ofenderos más en adelante; pero en esto Vos me habéis de ayudar, a fin de que consiga mi intento. Os amo, Señor, y quiero siempre amaros.

¡Oh María!, después de JESÚS, Vos sois toda mi esperanza; decid a vuestro Hijo que sois mi amparo y mi protección y me salvaré. Amén, así sea.

CAPITULO XV

DEL AMOR QUE NOS HA MANIFESTADO EL PADRE ETERNO DÁNDONOS A SU HIJO.

I. El Padre nos dio a su Hijo. — *De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su único Hijo* (1). Tres cosas debemos considerar en este don: quién lo da, qué es lo que da y el amor con que lo da. Sabido es que mientras más noble es el donador, tanto más estimable y digno de aprecio es el don. El que recibe una flor de manos de un rey, estimará la flor más que un gran tesoro. ¿Quién podrá, por consiguiente, apreciar en su justo valor el don que nos viene de la mano de Dios? Y ¿qué es lo que nos ha dado? A su propio Hijo. No contento con prodigarnos tantos bienes como hay sobre la tierra, lo llevó su amor a darse por entero a sí mismo en la persona del Verbo encarnado. «No nos dio a un siervo, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO, ni a un ángel, sino a su mismo Hijo (2). Por eso la Iglesia, henchida de gozo, exclama: «¡Oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros!, ¡oh inefable y nunca bastante ponderado amor!, ¡para rescatar al esclavo entregaste el Hijo a la muerte!» (3).

(1) **Io.**, III, 16.

(2) **Hom.**, 26 in **Io.**

(3) **Exultet.** en el Sábado Santo.

¡Oh Dios de infinito amor! ¿Cómo os llevó vuestro corazón a usar con nosotros de una piedad tan admirable? ¿Quién jamás acertará a sondear este profundo abismo de amor, que para redimir al esclavo hayáis querido entregar a vuestro único Hijo? ¡Oh benignísimo Señor!, ya que me habéis dado lo que más estimáis, justo es que yo os dé lo mejor que tuviere. Vos me pedís que os ame, y yo sólo os pido la gracia de amaros. Aquí tenéis mi corazón, que lo consagro todo entero a vuestro amor. Criaturas viles, salid todas de mi corazón y dad lugar a mi Dios, que, además de merecerlo quiere tomar posesión completa de él, sin compartir con nadie este derecho. Os amo, oh Dios de amor, os amo sobre todas las cosas; y sólo a Vos quiero amar, por ser mi Criador, mi tesoro y mi todo.

II. El Padre nos dio a su Hijo por amor. — Dios nos ha dado a su Hijo, y ¿por qué? Únicamente por amor. Pilatos, por temor a los judíos, *abandonó a JESÚS al arbitrio de ellos* (4), mientras que el Eterno Padre, por el amor que nos tenía, *lo entregó a la muerte por todos nosotros* (5). «El amor, dice SANTO TOMÁS, es lo primero que hay que tener en cuenta en el don» (6). En el don, lo primero que se recibe es el amor, que el donante ofrece envuelto en la cosa que da. Por esto nos advierte SANTO TOMÁS que el amor es la única razón del don gratuito, puesto que cuando se da por otro fin distinto del puro afecto, el don pierde su mérito y su esencia. Por esto al darnos el Eterno Padre a su Hijo nos hizo un don de buena ley, por ser gratuito, sin que interviniera mérito al-

(4) Luc., XXIII, 25.

(5) Rom., VIII, 32.

(6) P. 1, q. 38, a. 2.

guno por nuestra parte; que por esto se dice que la Encarnación del Verbo es obra del Espíritu Santo; es decir, por puro amor, como dice el mismo Angélico Doctor. «Que el Hijo de Dios tomase carne, fue efecto del grande amor que el Señor nos tenía» (7).

Mas no sólo el Eterno Padre nos dio a su Hijo por puro amor, sino que también nos le dio con amor inmenso e infinito. Esto fue cabalmente lo que quiso darnos a entender JESUCRISTO cuando dijo: *De tal manera amó Dios al mundo, que le dio su único Hijo*. Esta palabra *de tal manera*, supone, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO, el infinito amor con que Dios nos hizo este gran don (8). En efecto, ¿qué mayor prueba de amor podía darnos el Señor que condenar a muerte a su Hijo inocente para salvar a miserables pecadores? *No perdonó*, dice SAN PABLO, *ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros* (9). Si el Padre Eterno hubiera podido sufrir, ¿cuál no hubiera sido su quebranto al verse precisado a condenar a su Hijo, que ama tanto como a sí mismo, a morir con muerte tan cruel e ignominiosa? *Y quiso el Señor*, dice el profeta ISAÍAS, *consumirle con trabajos* (10), *dolores y tormentos*.

Imagínate ver al Eterno Padre con JESÚS muerto en sus brazos que te dice: Mira, hombre, *éste es mi Hijo amadísimo en quien he puesto todas mis complacencias* (11). Y, sin embargo, *lo he entregado a la muerte, para expiar las maldades de mi pueblo* (12). Y para ganar vuestro amor lo he condenado a ser

(7) P. 3, q. 32, a. 1.

(8) Hom. 26 in Io. Obras, Venecia, 1574. III.

(9) Rom., VIII, 32.

(10) Is., LIII, 10.

(11) Matth., XVIII, 5.

(12) Is., LIII, 8.

clavado en esa cruz, afligido y abandonado hasta de mí mismo, que tanto le amo.

¡Oh bondad infinita; oh misericordia infinita; oh amor infinito! ¡Oh Dios del alma mía! Ya que habéis querido entregar a la muerte al objeto más querido de vuestro corazón, os ofrezco el sacrificio que de sí mismo hizo este vuestro Hijo, y por sus méritos os suplico que me alcancéis el perdón de mis pecados, vuestro santo amor y el paraíso. De muy subido precio son las gracias que os pido; pero mayor es todavía la ofrenda que os presento. Padre mío, por el amor de JESUCRISTO, perdonadme y salvadme. Si en lo pasado os ofendí, me arrepiento de todo corazón; mas ahora os amo sobre todas las cosas.

III. El Padre, dándonos a Jesús, nos dio la vida. — ¿Quién sino un Dios de infinito amor podía amarnos con tanto extremo? *Dios, que es rico en misericordia, como dice SAN PABLO, movido por el excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo* (13). El apóstol llama *excesiva* la caridad que el Padre manifestó a los hombres, haciendo que muriera el Hijo para devolverles la vida de la gracia, que por el pecado habían perdido. Pero advirtamos que *Dios es caridad* (14), es el mismo amor, y por eso no fue excesivo el que manifestó a los hombres. *En esto se demostró la caridad de Dios para nosotros, dice SAN JUAN: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que por El tengamos la vida* (15), el perdón de los pecados y la vida eterna.

(13) Eph., II, 4, 5.

(14) I Jo., IV, 16.

(15) Ib., 9.

La culpa nos había quitado la vida de la gracia, y JESUCRISTO, muriendo, nos la devolvió. Eramos miserables, desgraciados y abominables a los ojos de Dios; mas por los méritos de JESUCRISTO hemos sido hallados hermosos y agradables en su divina presencia. *Nos hizo gratos*, escribe el Apóstol; es decir, según el texto griego, *nos hizo graciosos en su querido Hijo* (16). A este propósito dice SAN JUAN CRISÓSTOMO que si hubiera un pobre leproso, cubierto de úlceras y de aspecto repugnante, y una mano cariñosa le curase la lepra, devolviéndole riquezas juntamente con la hermosura corporal, ¿no quedaría aquel desventurado agradecido a su bienhechor? Ahora bien, ¿cuánto mayor agradecimiento debemos manifestar a Dios, que por los méritos de JESUCRISTO no sólo ha librado a nuestras almas del pecado que las desfiguraba y las hacía aborrecibles a sus ojos, sino que también las ha tornado hermosas y agradables? *Dios*, dice SAN PABLO, *nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo* (7). Según CORNELIO ALAPIDE (18), este pasaje de SAN PABLO quiere decir que Dios nos ha enriquecido con toda suerte de bienes; porque el bendecir del Señor es hacer bien; y el Eterno Padre, al darnos a JESUCRISTO, nos ha colmado de toda suerte de dones, no corporales y terrenos, sino celestiales y divinos, haciéndonos llevar en la tierra vida celestial, para comunicarnos en el cielo una gloria divina.

Benedicidme, pues, Dios amantísimo, bendecidme, y que vuestra bendición consista en cautivarme con los vínculos de vuestro amor. Haced que la considera-

(16) Eph., I, 6.

(17) Eph., I, 3.

(18) In Ep. ad Eph., cap. I, 3.

ción del amor que me habéis tenido me enamore de vuestra hermosura; merecéis ser amado con amor infinito; os amo, pues, con todo mi corazón, os amo sobre todas las cosas, os amo más que a mí mismo. Os entrego mi voluntad, y en pago, la única gracia que os pido es que de hoy en adelante me hagáis obrar según vuestra voluntad santísima, que sólo quiere para mí el bien y mi eterna salvación.

IV. El Padre nos dio al Hijo para ganar nuestros corazones. — *Introdújome en la pieza en que tiene el vino más exquisito y ordenó en mí el amor* (19). Mi Señor, dice la sagrada Esposa, ha puesto a mi vista todo el cúmulo de beneficios que me ha hecho, para ganar mi corazón. Dice a este propósito un autor que Dios, para conquistar nuestro amor, ordenó contra nosotros uno a manera de ejército de gracias y beneficios (20). Pero el darnos a JESUCRISTO fue como disparar contra nosotros la saeta que tenía reservada, como dice ISAÍAS: *Hizo en mí como una saeta bien afilada y me ha tenido guardado dentro de su aljaba* (21). Así como el cazador, dice el CARDENAL HUGO, guarda para el fin la mejor flecha para rematar la presa, así también el Padre, entre todos los beneficios hechos a la humanidad, se reservó a su Hijo, hasta que, llegando la plenitud de los tiempos, lo envió al mundo para herir con este último golpe de amor los corazones de los hombres (22). Herido SAN PEDRO, por esta saeta vencedora, dijo a su Maestro: *Señor, tú sabes que te amo* (23).

(19) Cant., II, 4.

(20) Com. in Cant., II, 4, 19. Lyon, 1616, p. 93.

(21) Is., XLIX, 2.

(22) In Is. Obras, Venecia, 1703.

(23) Io., XXI, 15.

¡Oh Dios mío!, por todas partes me veo rodeado de las finezas de vuestro amor; yo también os amo, y no se me oculta que, si os amo, Vos me correspondéis con vuestro amor. ¿Y quién podrá privarme de vuestro amor? Sólo el pecado; pero Vos me habéis de librar de este monstruo infernal. Vengan sobre mí toda suerte de males, hasta la muerte más cruel, antes que ofenderos con pecado mortal; pero no habéis olvidado mis pasadas caídas y harto conocéis mi actual debilidad; ayudadme, pues, Dios mío, por amor de JESUCRISTO; *no desprecies*, os diré con DAVID, la *obra de tus manos*, Vos me habéis dado el ser que tengo; no me despreciéis. Aunque por mis culpas merezco ser abandonado, también soy acreedor a vuestra misericordia por los méritos de JESUCRISTO, que dio su vida por mi salvación. os ofrezco sus méritos, que son también míos, y apoyado en ellos os pido y de Vos espero que me déis la santa perseverancia junto con una buena muerte, y entretanto os suplico que lo que me resta de vida lo emplee en honraros y glorificaros. Basta ya de ofensas, de las cuales me arrepiento con todo mi corazón, y quiero amaros con toda mi alma. No quiero resistir a vuestro amor; a Vos me doy por entero. Dadme vuestra gracia y vuestro amor y haced de mí lo que os agrade. os amo, Dios mío, y mi deseo y todo mi afán es amaros siempre; oíd mis ruegos por los méritos de JESUCRISTO.

¡Oh María, Madre mía, rogad a Dios por mí. Amén. Así sea.

CAPITULO XVI

DEL AMOR QUE NOS HA DEMOSTRADO JESUCRISTO QUERIENDO MORIR POR NOSOTROS.

I. Jesús murió por amor. — *He aquí tu tiempo, tiempo de los amantes*, dice el Señor por EZEQUIEL, y *viniste a ser extremadamente bella* (1). Nosotros los cristianos somos a Dios deudores de inmensos beneficios por habernos hecho nacer después de la venida de JESUCRISTO. Nuestro tiempo no es ya el del temor, como era el de los judíos, sino tiempo de amor, pues hemos sido testigos de la muerte de un Dios, que dio la vida por salvarnos y conquistar nuestro amor. Es de fe que *Cristo nos amó y se entregó a la muerte por nosotros* (2). Y ¿quién jamás hubiera podido quitar la vida a un Dios omnipotente, si voluntariamente no la hubiera querido El dar por nosotros? *Yo doy mi vida*, dice el mismo JESUCRISTO, *nadie me la arranca; la doy por mi propia voluntad* (3). Por eso nos advierte SAN JUAN que el Señor al morir nos dio la última prueba de su amor. *Como hubiese amado a los suyos*, dice, *los amó hasta el fin* (4). Dice a este propósito un devoto autor que JESUCRISTO hizo en su muerte

(1) Ezech., XVI, 8, 13.

(2) Eph., V, 2.

(3) Io., X, 17, 18.

(4) Io., XIII, 1.

tan grandes demostraciones de amor, que después nada le quedaba ya por manifestarnos lo mucho que nos amaba (5). «Estando para morir en la cruz nos dio el más evidente testimonio de su amor.»

Amado Redentor mío, Vos por amor os habéis entregado del todo a mí, y yo por amor también me entrego a Vos. Vos por mi salvación habéis dado la vida, yo por vuestra gloria quiero morir cuando y como os agrade; Vos habéis agotado los medios de cautivar mi amor, y yo, ingrato, lo he vendido por una nonada. JESÚS mío, me arrepiento de ello con todo mi corazón; perdonadme por los méritos de vuestra Pasión; y en señal de que me otorgáis el perdón dadme la gracia de amaros. Siento renacer en mi corazón gran deseo de amaros, y con vuestro favor espero llegar a ser todo vuestro; pero conozco mi debilidad; no puedo olvidarme de mis pasadas caídas; por eso a Vos acudo, porque podéis valerme y sostener mi fidelidad. Amor mío, ayudadme, dadme amor y nada más os pido.

II. Al amor de Jesucristo debemos corresponder con el nuestro. — Dice DIONISIO CARTUJANO «que la Pasión de JESUCRISTO fue llamada un exceso (6) porque fue en efecto un exceso de piedad y amor» (7). ¿Qué alma fiel podía vivir sin amar a JESUCRISTO si meditase con frecuencia su Pasión? «Las llagas de JESÚS, dice SAN BUENAVENTURA, son a manera de dardos que traspasan los más duros corazones, y de llamas que inflaman en amor a las almas más frías que el hielo» (8). El BEATO ENRIQUE SUSÓN, para

(5) Th. m. et c. l. 10, d. 4, c. 1, sp. 1.

(6) Luc., IX, 31.

(7) In Ev. S. Luc.

(8) Stim., div. am., p. 1, c. 1. Obras, Lyon, 1668.

imprimir en el fondo de su corazón el amor a JESÚS crucificado, tomó cierto día un tajante cuchillo y grabó con él en su pecho el nombre augusto de su amado Señor; bañado todavía en sangre, se fue a la iglesia, y puesto de rodillas ante un crucifijo exclamó: ¡Oh JESÚS!, único amor de mi alma, ved mi deseo: yo hubiera querido escribir vuestro nombre en el fondo de mi corazón, pero no puedo; Vos, que todo lo podéis, suplid lo que falta a mis fuerzas, e imprimid vuestro adorado nombre en lo más hondo de mi corazón, a fin de que jamás se puedan borrar de él ni vuestro nombre, ni vuestro amor.

Mi amado, dice la Esposa, *es blanco y rubio escogido entre miles* (9). ¡Oh JESÚS mío!, sois blanco por vuestra inmaculada inocencia; mas en la cruz os veo cubierto de llagas que habéis por mi amor recibido. Desde hoy os elijo por el último objeto de mi amor. ¿Y a quién he de amar, si a Vos no amo? ¿Podría yo encontrar en el mundo a un ser más digno de amor que Vos, que sois mi redentor, mi amor, mi todo? Os amo, Señor amabilísimo, os amo sobre todas las cosas; haced que os ame sin reserva y con todas las energías de mi corazón.

«¡Oh si tú conocieras el misterio de la cruz!» (10), dice SAN ANDRÉS al tirano. Es decir: si entendieses el amor que te ha demostrado JESUCRISTO muriendo en la cruz para salvarte, abandonarías al punto tus bienes y esperanzas terrenas, para consagrarte por entero al amor de tu Salvador. Lo mismo se puede decir de los cristianos que si bien creen en la Pasión de Cristo no piensan en ella. Si todos los hombres meditaran en el amor que JESUCRISTO les ha mani-

(9) Cant., V. 10.

(10) Ep. de martirio S. Andreae.

festado en la cruz, ¿quién dejaría de amarle? *A este fin murió Cristo, dice SAN PABLO, y resucitó, para redimirnos y adquirir un soberano dominio sobre vivos y muertos. Ora, pues, vivamos, ora muramos, del Señor somos* (11), que tanto ha padecido por salvarnos. ¿Quién pudiera decir lo que decía en los transportes de su amor SAN IGNACIO, mártir, cuando caminaba al suplicio para dar la vida por JESUCRISTO? «Vengan contra mí las llamas, la cruz, las fieras y todo género de tormentos, con tal que yo conquiste a mi JESÚS y goce de El» (12).

¡Amadísimo Señor mío!, os habéis dignado morir para rescatar mi alma, ¿y qué es lo que he hecho yo para ganaros a Vos, bien infinito? ¡Ah JESÚS mío!, ¡cuántas veces os he perdido por una nonada! ¡Desventurado de mí!; yo bien sabía que pecando perdía vuestra gracia, sabía que os causaba un gran disgusto, y, sin embargo, pequé. Lo que me consuela es que trato con una bondad infinita, que se olvida de las ofensas recibidas cuando el ofensor se arrepiente y le ama. Sí, Dios mío, yo me arrepiento de mis pecados y os amo; perdonadme y tomad posesión de hoy en adelante de este mi rebelde corazón; a Vos lo entrego, a Vos enteramente lo consagro. Decidme qué es lo que de mí pedís, que todo lo haré. Sí, Dios mío, os quiero amar, os quiero complacer en todo; no me neguéis vuestro auxilio, y presto conseguiré mi intento.

III. Manifestaremos a Dios nuestro amor llevando la cruz — JESÚS no acabó de amarnos cuando acabó de padecer; prosigue todavía amándonos y nos busca con el mismo amor que le movió a bajar del

(11) Rom., XIV. 9,8.

(12) Ep. ad. Rom., c.5.

cielo a la tierra para rescatarnos y morir por nosotros. Es digna de admiración la fineza de amor que nuestro Redentor dio a SAN FRANCISCO JAVIER en uno de sus viajes. Navegando por el mar se levantó furiosa borrasca, y una ola le arrebató el crucifijo de las manos. Al anclar en el puerto, el Santo misionero, triste y apesadumbrado, suspiraba por recobrar la imagen de su amado Señor; de repente vio que se acercaba a la orilla un cangrejo de mar llevando enarbolada la enseña del crucifijo. Adelantóse Francisco y derramando lágrimas de ternura y de amor, recibió el crucifijo y lo estrechó contra su pecho (13).

¡Con qué amor sale JESUCRISTO al encuentro de las almas que le buscan! *Bueno es el Señor*, dice JEREMÍAS. *para las almas que le buscan* (14) pero que le buscan con sincero amor. Mas, ¿pueden gloriarse de buscarle con amor verdadero los que rehúsan llevar la cruz que el Señor les ofrece? *Cristo*, dice SAN PABLO, *no buscó su propia satisfacción* (15); «ni tomó por regla de su conducta, dice CORNELIO ALAPIDE (16), el seguir su propia voluntad o buscar sus personales intereses, sino que por salvarnos lo sacrificó todo, hasta la misma vida». JESÚS, por amor nuestro, no buscó placeres terrenos, sino tormentos y muerte, no obstante ser la misma inocencia, y nosotros, ¿qué es lo que buscamos por amor de Cristo? Estando San Pedro mártir encarcelado, se lamentaba cierto día de la injusta acusación que padecía: «Pero, Señor, exclamaba, ¿qué he hecho yo para ser de esta suerte perseguido?» A lo que respondió una voz que salía del

(13) JOSÉ MASSEI, *Vida de San Francisco Javier*, l. II, cap. IX.

(14) *Thr.*, III, 25.

(15) *Rom.*, XV, 3.

(16) *Commentar*, in *Rom.*, XV, 3.

crucifijo: «¡Y qué mal hice yo para que me clavarán en este madero infame? (18).

¿Preguntáis, Salvador mío, qué mal habéis hecho? El habernos amado en demasía, pues el amor es el que os inclinó a padecer tantos tormentos. Y nosotros, que por nuestros pecados hemos merecido el infierno, ¿rehusaremos aceptar los trabajos que nos enviáis para nuestro bien? Vos, JESÚS mío, sois todo bondad para el que os busca, yo no busco vuestras caricias y vuestros consuelos, sólo quiero hallar la manera de cumplir con vuestra voluntad. Dadme vuestro amor, y luego tratadme como os agrade. Abrazo todas las cruces que me enviéis: pobreza, enfermedades, dolores; todo lo acepto con tal que me libréis de la desgracia de pecar; porque, por mucho que padezca, siempre será poco en comparación de los trabajos que Vos por mí habéis padecido.

IV. Corresponderemos al amor de Jesús entregándole nuestro corazón. — «Para rescatar al esclavo, dice SAN BERNARDO, ni el Padre perdonó al Hijo, ni el Hijo se perdonó a sí mismo» (18). Y después de tan acendrado amor, ¿habrá todavía corazones ingratos que no amen a un Dios tan amante? *Cristo murió por todos*, dice SAN PABLO, *para que los que viven no vivan para sí, sino para el que murió por ellos* (19). Pero, ¡ay!, que la mayor parte de los hombres, lejos de entregarse al servicio de JESUCRISTO, son esclavos del pecado y del demonio. Decía PLATÓN que el amor es el imán de los corazones (20), y SÉNECA añadía:

(17) Tomás de Cantimbro, *Vida*, cap. I, n. 6; cap. III, n. 24.

(18) S. de Pass. D. n.4.

(19) II Cor., V, 15.

(20) Fedro, o de Pulcro. Obras, Venecia, 1556, p. 309; col. 2.

«Si quieres ser amado, ama tú primero» (21). Habiéndonos, pues, amado JESUCRISTO hasta la locura de la cruz, pues se tuvo por gran locura, como observa SAN GREGORIO (22), que el autor de la vida muriera por los hombres, ¿cómo es posible que no pueda ganar vuestros corazones, después de tantas manifestaciones de amor?; ¿cómo no ha logrado que le amemos, después de habernos amado con tan entrañable amor?

¡Oh JESÚS mío amabilísimo!, ¡cuándo llegarán a amaros todos los hombres! Sois digno de infinito amor; sois infinitamente amable, habéis padecido mucho para ganaros el amor de los hombres, pero, pobre JESÚS mío (permitidme que os hable con esta libertad), ¡cuán pocos son los que de veras os aman! Veo que unos aman a sus parientes y amigos, otros van en pos de las riquezas, honores y placeres, y no falta quien ponga su cariño hasta en los animales; pero, ¿cuántos son los que os aman a Vos, amabilidad infinita? Son bien pocos, mas entre estos pocos quiero contarme yo, miserable pecador. Hubo un tiempo en que yo también os ofendí, apartándome de Vos, para ir en busca de las criaturas; pero ahora os amo y aprecio vuestra gracia y vuestro amor más que todos los bienes de la tierra. Perdonadme, JESÚS mío, y venid en mi socorro.

Alma cristiana, Dios te ha amado hasta el extremo de morir por granjearse tu amor, ¿y rehusarás tú entregar tu corazón a Dios, por darlo a las criaturas? «Dios pone en ti sus complacencias, dice SAN CIPRIANO, ¿y tú no pondrás en Dios tu gozo y todo tu contento?» (23).

(21) Ep., IX.

(22) Hom. 6, in Ev. n. 1.

(23) CONTENSON. *Theologia mentis et cordis*, l. 10, dissert. 4; cap. 1.

¡Ah, no!, ¡amado JESÚS mío! No quiero alimentar en mi corazón más amor que el vuestro; renuncio a todos los demás; bástame amaros a Vos. Oigo que me decís: *Ponme por sello sobre tu corazón* (24). Sí, JESÚS mío crucificado, os pongo como sello sobre mi corazón, a fin de que quede cerrado como sello a todos los amores opuestos al vuestro. En otro tiempo os disgusté poniendo mi amor en objetos terrenos; mas al presente no hay pena que así me aflija como el recuerdo de haber perdido vuestra amistad por mis pecados. Mas de hoy en adelante, *¿quién me separará de la caridad de Cristo?*

Señor mío amabilísimo, desde que me habéis dado a conocer el amor que me tenéis, no sabré vivir sin amaros. Os amo, amor mío crucificado, os amo con todo mi corazón, y os entrego mi alma, por Vos tan buscada y amada. Por los méritos de vuestra muerte, que con tanto dolor separó de vuestro cuerpo vuestra benditísima alma, arrancad de mi corazón todos los afectos que puedan estorbarme el amaros con toda mi alma y con todas mis fuerzas.

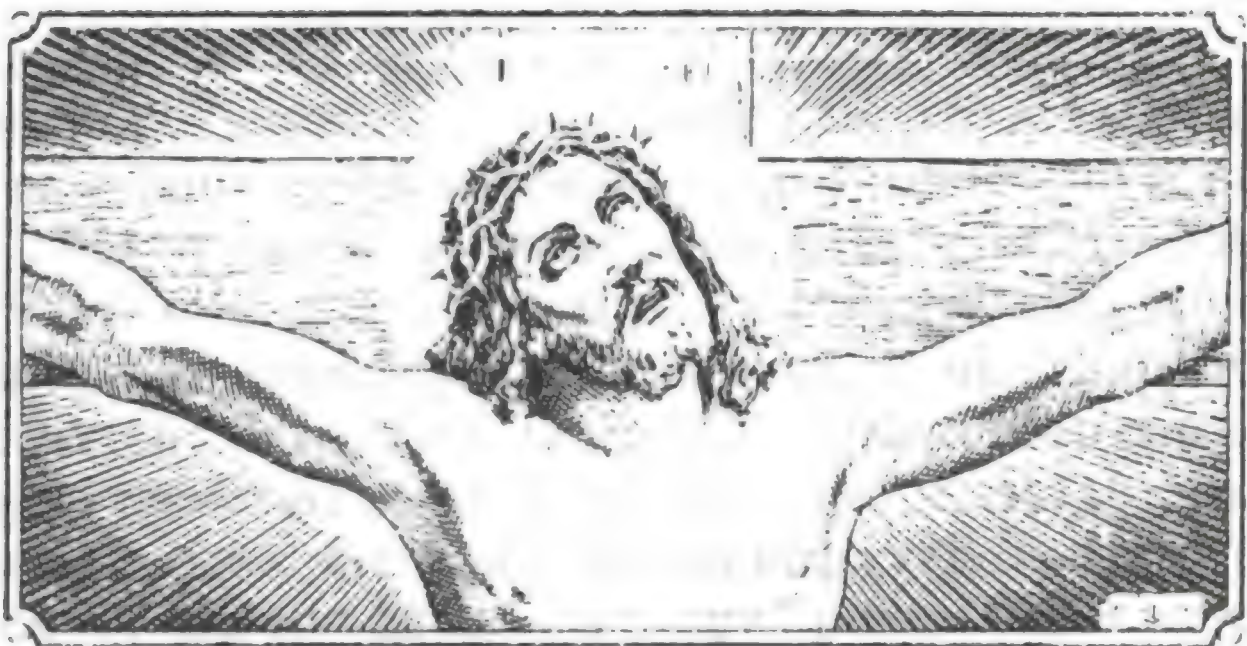
¡Oh María, esperanza mía! ayudadme a amar a vuestro amadísimo Hijo, de tal suerte que pueda decir con verdad toda mi vida: ¡Mi amor ha sido crucificado; mi amor ha sido crucificado! Amén.

ORACIÓN DE SAN BUENAVENTURA (25).

¡Oh JESÚS mío!, que por salvarme no os habéis perdonado a Vos mismo, grabad en mi alma vuestra Pasión, de suerte que a donde quiera que vuelva mis ojos vea vuestras llagas, y sólo en Vos halle descanso y en la meditación de vuestros trabajos. Amén.

(24) Cant., VIII, 6.

(25) Obras, Lyon, 1668. VII. P. 196.



PRACTICA DEL VIA CRUCIS

Ofrecimiento

¡Soberano Señor y Dios mío!, yo consagro a vuestra divina Majestad lo que en este santo ejercicio, caminando tras las sangrientas huellas de mi Redentor Jesús, rezare y meditare. Todo lo ofrezco por la intención, fines y motivos que tuvieron los sumos pontífices al conceder las indulgencias que pretendo y espero ganar; y asimismo por la remisión de mis pecados y de las penas merecidas por ellos; y por el descanso de las benditas almas del purgatorio, según el orden de caridad y justicia, o como sea más del agrado de vuestra Majestad.

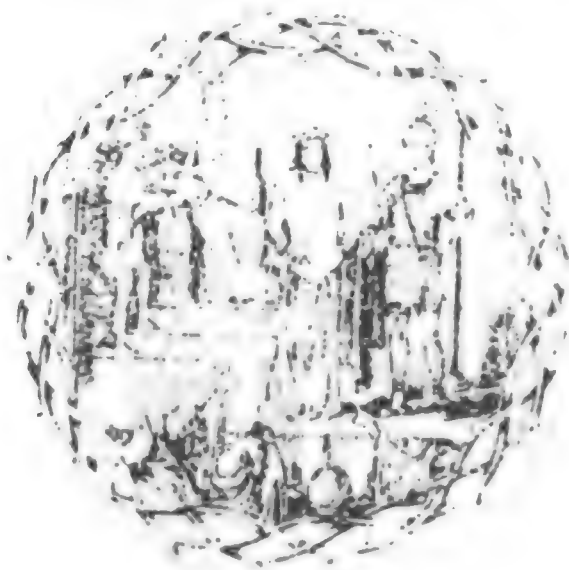
¡Oh, María, madre afligidísima, que con el corazón herido con espada de dolor, fuiste acompañando a tu divino Hijo en el camino del Calvario y estuviste de pie junto a la cruz!, dignate permitir que yo también te acompañe y siga los pasos de Jesús en este piadoso ejercicio del vía crucis, y llena ahora, a mi alma arrepentida, de los mismos sentimientos que penetraron tu espíritu y le hicieron semejante al Corazón santísimo de Jesús en la tarde del viernes santo. Amén.

Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos; porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Alabada sea la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su santísima Madre, Amén.

Madre llena de aflixión
de Jesucristo las llagas
grabad en mi corazón.

PRIMERA ESTACION

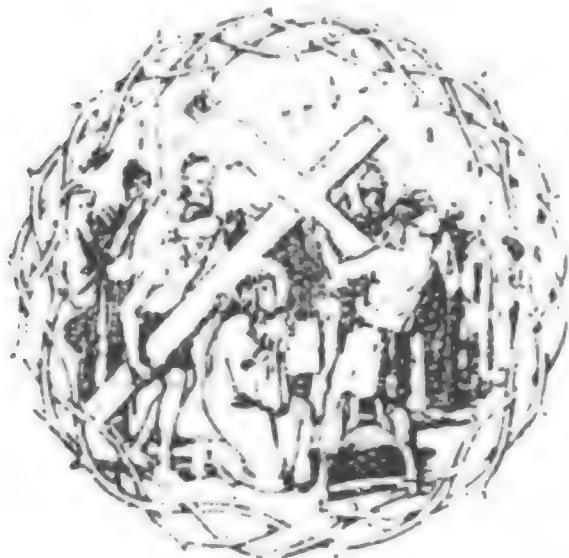


Jesús es sentenciado a muerte

Sellados los labios,
la frente rendida,
espera maniatado el Juez eterno
ante el juez de un día.

Pudiera anonadarle, — y mudo escucha
la sentencia inicua.

SEGUNDA ESTACION



Jesús es cargado con la cruz

¡La cruz! La ve venir... sabe que en ella
ha de rendir el alma...
mas al sayón que se la muestra, mira
con suavidad divinamente mansa.

TERCERA ESTACION



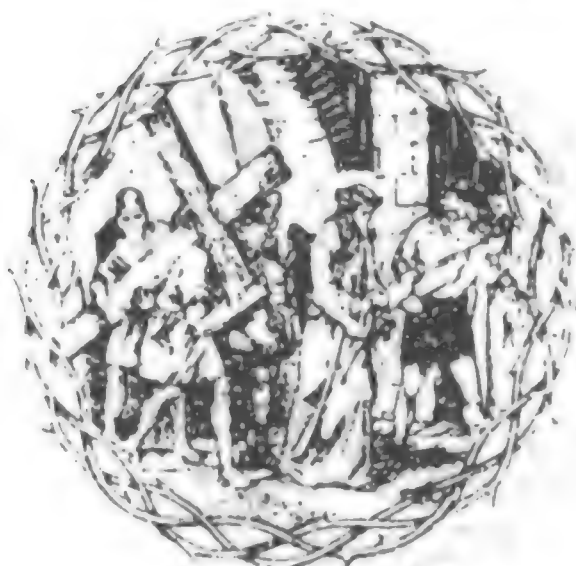
Jesús cae la primera vez
A los pocos pasos
se desploma en tierra...
Han cedido al peso
las rodillas trémulas...

CUARTA ESTACION



Jesús encuentra a su Madre en la calle de la amargura
Mas cómo no buscarle si era madre...
El no dijo palabra,
Frente a frente se hallaron de improviso,
y ella sólo: ¡Hijo mío!

QUINTA ESTACION



El Cireneo lleva la cruz de Jesús

En el cielo los ángeles se miran
y le envidian su suerte.

¡Oh, si supieran el don de Dios...! De súbito
la luz brilla, y comprende
... cuando sobre él se fijan
unos divinos ojos que agradecen.

SEXTA ESTACION



Jesús imprime su rostro en el velo de la Verónica

En la blanca tersura de su velo
le ha dado El su rostro,
su rostro divino,
abiertos los ojos.

SEPTIMA ESTACION



Jesús cae segunda vez bajo la cruz
Mientras te contemplan
mis pupilas mudas,
de lágrimas se llenan que son tuyas;
...las que tú vertías,
suprema angustia,
al dar esas caídas por mis culpas...

OCTAVA ESTACION



Jesús instruye a las mujeres de Jerusalén
Las vio. Sus mudos labios
al paso se abrieron:
¡no por mí —murmuraban— por vosotras
llorad, llorad y por los hijos vuestros...!

NOVENA ESTACION



Cae Jesús por tercera vez

Tercera vez bajo la cruz... El alma
parece que ya rinde.
En sus labios exangües el aliento
se ahoga y gime.

DECIMA ESTACION



Despojan a Jesús de sus vestiduras

¡Oh, carne virginal, la que aparece
a la luz desnuda...
desnuda, dolorida y desangrada,
ruborosa y pura!

UNDECIMA ESTACION



Jesús es clavado en la cruz

Tiende la mano que el sayón le pide,
la da para los clavos...
... Seco y brutal, estalla en el silencio
el primer martillazo.

DUODECIMA ESTACION



Jesús muere en la cruz

¡Hasta el fin nos amaste... que a tus plantas
la humanidad se postre,
y a ti, Dios nuestro, hoy vivo por los siglos,
cante su eterna gratitud y adore!

DECIMATERCIA ESTACION



Jesús es desclavado de la cruz

Pasada la tormenta arriba al puerto
la rota nave.

El puerto son tus brazos, dolorosa
divina Madre.

DECIMACUARTA ESTACION



Jesús es colocado en el sepulcro

Manos amigas aromadas de áloe
pías le ungieron, y la Madre puso
en la lívida frente
el largo beso del adiós, el último.

INDICE

Introducción	6
Aviso al lector	11
Invocación a Jesús y a María	13
Capítulo preliminar. — Del gran provecho que se saca meditando la Pasión de Jesucristo	16
I. Del amor que Jesucristo nos ha manifestado, queriendo satisfacer él mismo a la justicia divina por nuestros pecados	23
II. Jesucristo quiso padecer tantos trabajos por nuestro amor para manifestarnos el grande amor que nos tiene	32
III. Jesucristo quiso por nuestro amor padecer desde el principio de su vida todas las penas de su Pasión..	41
IV. Del gran deseo que tuvo Jesucristo de padecer y morir por nuestro amor	47
V. Del amor que Jesucristo nos manifestó al instituir la Eucaristía antes de morir	53
VI. Del sudor de sangre y de la agonía que padeció Jesús en el huerto	63
VII. Del amor que Jesús nos ha manifestado sufriendo tantos menosprecios durante su Pasión	71
VIII. De la flagelación de Jesucristo	82
IX. De la coronación de espinas	92
X. Del Ecce Homo	98
XI. Jesús, condenado y conducido al Calvario	104
XII. De la crucifixión de Jesús	113
XIII. De las últimas palabras de Cristo en la cruz y de su muerte	123
XIV. De los motivos de esperanza que debemos tener en la muerte de Jesucristo	133
XV. Del amor que nos ha manifestado el Padre Eterno dándonos a su Hijo	145
XVI. Del amor que nos ha demostrado Jesucristo queriendo morir por nosotros	152